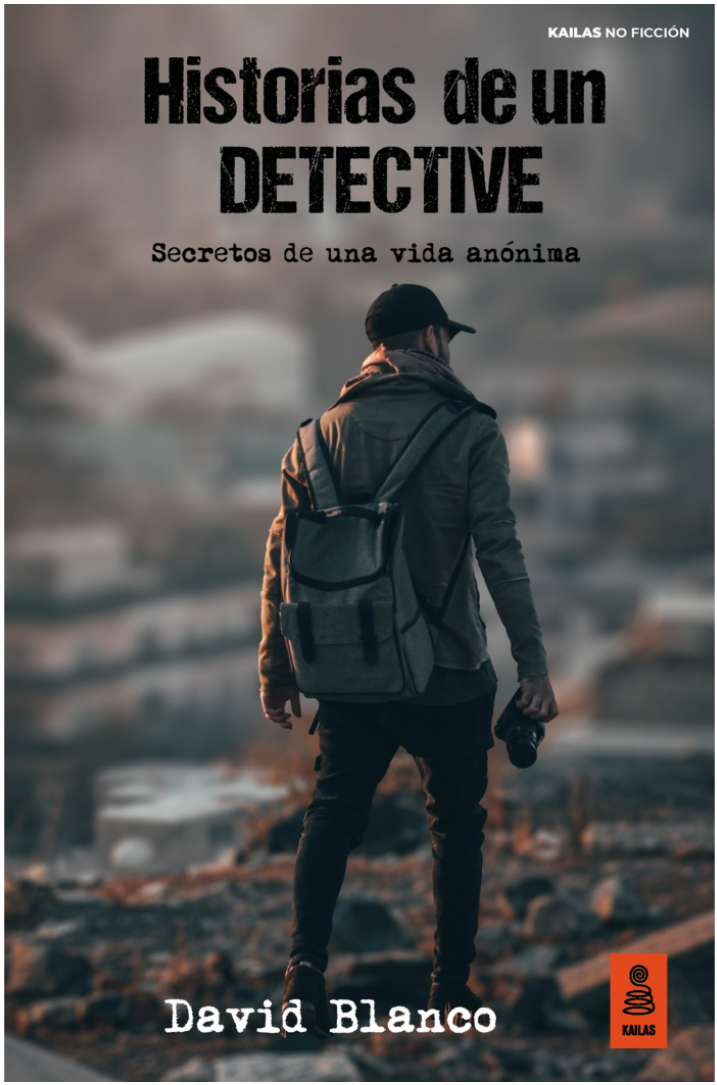
KAILAS NO FICCIÓN
Historias de un DETECTIVE
Secretos de una vida anónima
David Blanco
KAILAS

David Blanco

Historias de un detective

Secretos de una vida anónima

KNF43

Historias de un detective

© 2022, David Blanco
© 2022, Kailas Editorial, S. L.
Calle Tutor, 51
28008 Madrid
kailas@kailas.es
www.kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Primera edición: *octubre de 2022*

ISBN: 978-84-18345-51-7
ISBN edición impresa: 978-84-18345-50-0

Todos los derechos reservados.

Índice

Prólogo

1. La soledad buscada, la soledad encontrada
2. El abismo de la incertidumbre
3. El límite de lo imposible
4. Suerte para una vida improvisada
5. Mentiras, engaños y traiciones… con cariño
6. Amar (y estafar) en tiempos de Tinder
7. De la locura y la ética
8. Oscuras intenciones: juegos de espía
9. Luces, cámara, acción…
10. El éxito invisible, el triunfo anónimo

Epílogo

A mi amor, Elsa. Por muchísimas cosas,
pero sobre todo por su paciencia y generosidad
al haber cogido el timón de nuestra vida
para que yo pueda escribir este libro.
A mis pequeños detectives, Bruno, Leo
y Patricia, y a sus tres sabuesos.
A mi equipo de trabajo y buenos compañeros,
que no nombro porque son muchos
y no quiero dejarme a nadie.
A mi familia y amigos, y en especial a mi madre,
cuya alma espero haber heredado.

Prólogo

Él es un tipo sagaz, valiente y audaz que acostumbra a vivir aventuras por encargo de empresas y particulares. Un agente privado implacable que resuelve problemas, que adopta distintas personalidades, que se introduce en los lugares más insospechados jugándose el pellejo cada día. Que se infiltra entre los toxicómanos de un poblado marginal por la mañana y por la tarde se desenvuelve con la misma soltura en una fiesta de la alta aristocracia. Camaleónico, extrovertido y osado, capaz de sonsacarte hasta el último secreto; de hipnotizarte con su verborrea y conducirte a ese rincón oculto de tu mente donde se encuentra la verdad que solo tú conoces. Experto en meterse en líos, y escapar astutamente de ellos con su asombrosa capacidad de improvisación. ¿Yo? Yo soy otra cosa.

Si algo he aprendido de este oficio es que, cuando trabajas como *detective privado,* te transformas. Un investigador profesional debe dejar atrás sus debilidades y afrontar el encargo con gallardía, sin miedos ni barreras psicológicas. Hay que ser eficaz, eficiente y resolutivo. Ser frío e implacable, al estilo *ninja*.

En realidad, soy un tipo introvertido y sensible, más bien despistado. Huyo de los conflictos y de mis propios problemas, pero curiosamente me paso la vida resolviendo los de los demás. Amo la música, la creatividad y me encanta soñar y pensar en mejorar el mundo que me rodea. No tengo gustos sofisticados y disfruto compartiendo las cosas que consigo en esta vida con mi familia y amigos.

Sin embargo, ambos habitamos en el mismo cuerpo, cara y cruz de la misma moneda; David Blanco, el personaje y la persona.

El libro que tienes en tus manos es mi primer ensayo autobiográfico. No es un análisis científico-técnico como el que publiqué en 2020: *Investigación privada, teoría y práctica,* en el que teorizaba sobre cada una de las cuestiones que suceden en nuestro trabajo para contribuir al desarrollo académico de esta profesión. En este libro espero mostrarte algo más profundo. Se trata de un trabajo retrospectivo e introspectivo; una ojeada a mi pasado, para enseñarte cómo ha sido mi desarrollo profesional los últimos veinte años de mi vida, casi la mitad de mi existencia.

Quiero compartir contigo algunas de las cosas que he aprendido y cómo he evolucionado personal y laboralmente dedicándome a una profesión diferente; en un ámbito que causa mucha curiosidad al público. Que, visto desde fuera, resulta tan misterioso y enigmático como puede ser el de un mago, el de un espía o el de un *hacker*… pero que, como en todas las profesiones, si suprimimos el glamour que la envuelve, queda un trabajo más sencillo y terrenal de lo que parece.

Creo, y así espero que sea, que este libro puede ser leído por cualquiera. No tiene por qué ser aspirante a detective, o profesional del gremio, tampoco un fanático del género. Cualquier persona puede encontrar inspiración en estas páginas, pues reflexiono sobre cuestiones elementales de la vida con mi propia experiencia profesional como telón de fondo.

Los casos que narro no son necesariamente los más peligrosos a los que me he enfrentado, ni mucho menos los más elaborados. Los he escogido, sencillamente, porque trabajando en ellos he experimentado sensaciones que me han hecho pensar en conceptos que hoy día ya son muy familiares para mí, como la soledad, la suerte, la

recompensa del esfuerzo, el valor, la mentira, la fe, el miedo, etc. Cuestiones que me hicieron anotar algunos pensamientos en mi *Mi cuaderno de reflexiones*.

Es importante recalcar que he respetado al máximo la identidad de las personas que aparecen en el libro, cambiando fechas, lugares, nombres, e incluso sexo, para que estas no puedan sentirse identificadas. Y también debo mostrar mis respetos a los auténticos escritores. Escribir para quien no está experimentado en este arte es un suplicio. Combinar mi vida familiar y profesional con la escritura ha sido muy complicado. De hecho, las páginas que leerás han sido escritas en soledad desde recónditos lugares, pues solo alejándome de mis quehaceres y distracciones conseguía la paz e inspiración necesaria para construir una obra como esta.

Escribo, redacto y corrijo informes cada día desde hace más de veinte años, pero mi público es un cliente con problemas, un par de abogados enfrentados y un juez al que, generalmente, no le gusta que te andes con rodeos. De modo que, para mí, el esfuerzo ha sido relatar de forma atractiva las cosas que he querido contarte. Pido disculpas de antemano si no cumplen con las reglas de la escritura literaria. Me consuela pensar que, como leí en alguna ocasión, el género de ensayo literario no requiere necesariamente grandes adornos retóricos, es más bien una narrativa personal del autor, cuyo propósito es educar, entretener o ilustrar las lecciones aprendidas retrospectivamente, desde su particular punto de vista; justo lo que pretendo en estas páginas.

A la investigación privada le debo todo. Gracias a este trabajo hoy tengo una vida abundante, en el sentido genérico de la palabra. Mi agenda está llena de tareas que hacer a diario, retos, desafíos, etc. En mi día a día aparecen constantemente personas a las que amar y odiar por igual, algunas de ellas ya quedan para siempre, bien como socios, clientes recurrentes, o lo mejor de todo, como amigos. Y situaciones que me llevan al límite de mis posibilidades, que me desafían intelectual y físicamente. Sin embargo, mentiría si dijera que todo es positivo, alcanzo éxitos y fracasos por igual. Supongo que esto es algo normal cuando el valor de tu trabajo se mide en la forma en que resuelves las contingencias que surgen a cada rato.

El detective que soy hoy no es el mismo que el de ayer, ni el que será mañana. Empecé siendo un aprendiz del oficio, que acompañaba a un veterano en sus servicios. Las cuestiones que entonces me preocupaban no tienen nada que ver con las que me preocupan hoy. Ahora dirijo mi propia empresa, lidero equipos de trabajo, gestiono proyectos, imparto clases en la universidad, doy conferencias, etc. Pienso con morriña en todos esos problemas que antes me perturbaban y veía como enormes rocas en el camino, y que ahora, con la perspectiva del tiempo y de la experiencia, me parecen simpáticas eventualidades a resolver, obstáculos sin importancia. Parte de mi trabajo ahora es trasladar a mis equipos esa experiencia, que aprendan a relativizar los problemas y a superar con calma cada dificultad con la que se encuentran en su trabajo.

Me preguntan frecuentemente si gano mucho dinero como detective. Debo decir que gano más de lo que ganaría dedicándome a otra cosa más simple, y menos de lo que ganan muchas personas que no se esfuerzan ni la mitad. Es decir, un juego de palabras que me permite escapar hábilmente de tan incómoda cuestión. Pero si me lo preguntan es porque interesa, y es de ley responderla en este libro. La de detective es una profesión bien pagada, pero no exenta de esfuerzos y preocupaciones. Si uno pone en valor cuestiones tan elementales como poder quedar un fin de semana con tus amigos, o planificar las vacaciones con tiempo, esta profesión no está pagada. Si eres capaz de sacrificar esa organización y acostumbrarte a vivir sobre la marcha,

improvisando constantemente, entonces pensarás que sí lo está. Igualmente, si te incomodan las preocupaciones, no verás remunerada, ni de lejos, esta profesión. En cambio, si interpretas estas como retos, verás tu trabajo como un emocionante pasatiempo, y pensarás que te están pagando por vivir en un estimulante y permanente *escape room*.

Conozco detectives que no han conseguido lograr un estatus de comodidad económica en su vida, y a otros que se han hecho ricos con esto. En mi caso, gano el dinero justo para pagar todas las facturas y vivir holgadamente, y, según qué mes, aún puedo permitirme algún capricho. Sin embargo, tengo los mismos problemas económicos que puede tener cualquier trabajador autónomo o pequeño empresario.

Sin duda, lo que más me gusta de mi trabajo es que está hecho a mi medida. Es la profesión ideal para personas con una mente inquieta y, por qué no decirlo, un tanto dispersa, porque te trae al mundo, te baja a la tierra. Te obliga a centrarte en lo esencial, a eliminar lo accesorio, a fijarte en los detalles, a concentrarte en las pequeñas cosas que te llevan después a otras más grandes. Es un desafío para la inteligencia, un ejercicio mental constante que entrena todas tus capacidades intelectuales.

Es el trabajo ideal para aquellos que aman la libertad y odian la rutina, como yo. Cada servicio se desarrolla en un lugar distinto, cada caso tiene sus peculiaridades, y cada problemática te aporta nuevos conocimientos que, sumados, producen un bagaje impagable.

Y la aventura. Cada vez que te enfrentas a esa encrucijada y la superas con éxito… aparece un nuevo desafío que te lleva al lado opuesto del planeta, donde te espera otro reto... Esa descarga de adrenalina creo que es lo que nos engancha. Te pone en situaciones que la mayoría de los mortales jamás tendrá que experimentar en esta vida. Pero esto no es gratis, produce un desgaste de energía, a veces mina la salud y las relaciones personales. Lo difícil es salir ileso de todo esto, sobre todo mentalmente. No creerte más de lo que eres, ser prudente y sensato. Si lo eres, puedes extraer lo positivo de cada una de estas situaciones y evolucionar para completarte y convertirte no solo en un buen profesional, sino en algo mucho más importante: una buena persona.

Espero que este viaje por mi *backstage* te resulte interesante, sirva para desmitificar, si es el caso, la imagen errónea que tiene la gente de los detectives privados, y que conozcas un poco mejor en qué consiste mi trabajo. Saber cuánto hay de ficción, cuánto de realidad, cuánto de glamour y… sobre todo, cuánto de «alma».

1. La soledad buscada, la soledad encontrada

Era mi primer día de trabajo. Una agencia de detectives había confiado en mí y me había brindado la oportunidad de acompañar a un veterano en una investigación. Estaba entusiasmado, por fin iba a conocer la profesión para la que había estudiado tanto tiempo; era mi oportunidad para experimentar un mundo que me apasionaba y para poner en práctica todo lo aprendido en la universidad.

Me citaron en la oficina a las seis y media de madrugada; esa noche apenas había pegado ojo por los nervios del «debut» y llegué media hora antes. Recuerdo la calle tranquila, silenciosa, aún de noche. Al rato llegó Javier, mi nuevo compañero, quien se sorprendió al verme ya esperando en penumbra ante la puerta de la oficina. Parecía enérgico, supongo que él ya estaba acostumbrado a madrugar mucho más que yo en esa época.

La oficina se encontraba en la primera planta de un edificio de viviendas. Accedimos al interior y entramos al despacho del director: una enorme habitación forrada de madera, un cómodo sillón de piel junto a la ventana y una gran mesa de aspecto señorial que ocupaba casi toda la sala. Sobre el tablero, una muralla de carpetas, expedientes llenos de información confidencial, ¡habría matado por poder ojear unos instantes todos esos archivos!

Apenas pude ver con detalle el resto de la oficina, pero me llamó la atención un pequeño cuarto que había al fondo. Una habitación roja que antiguamente funcionaba como estudio de revelado fotográfico y donde se encontraban todos los dispositivos técnicos de trabajo: cámaras, videocámaras, cables y diría que varios cientos de carretes de fotos.

Debíamos marchar inmediatamente, la investigación se desarrollaba en un barrio de la periferia y no podíamos arriesgarnos a quedar atrapados en un atasco. Javier cogió una carpeta amarilla del despacho del director, una cámara fotográfica y un puñado de carretes. Me entregó una de las mochilas con una videocámara dentro y bajamos al parking del edificio.

Entre los vehículos de la oficina se encontraba una furgoneta de color blanco muy «castigada», tenía unas pequeñas ventanas en la parte trasera, con los cristales tintados a modo de espejo, y un sistema de cortinas bastante rudimentario, pero muy efectivo para evitar ser visto desde el exterior. Lo peor, el olor nauseabundo que había en el interior, una mezcla entre sudor, tabaco y gasolina que había quedado impregnado en todo el vehículo, creando una extraña textura plástica sobre la superficie. Ese olor a «humanidad» se metió hasta lo más profundo de mi ser. Más tarde, mi compañero me contó que esa furgoneta llevaba siendo utilizada durante los últimos veinte años una media de diez horas diarias. Calculé mentalmente y deduje que toda esa suciedad, esa extraña costra brillante que había sobre los asientos formaba parte del legado dejado por cada uno de los detectives que había pasado por allí a lo largo de unas cincuenta mil horas.

Pusimos rumbo a la zona y mi compañero aprovechó para explicarme en qué

consistía la investigación. Se trataba de algo sencillo: íbamos a observar a una profesora que se encontraba de baja por haber sufrido un accidente de tráfico. Alegaba padecer una *cervicalgia severa*, y así lo corroboraban los informes médicos. La mujer, de unos cuarenta y cinco años de edad, esperaba ser indemnizada por la compañía de seguros.

Nuestra misión consistía sencillamente en esperar su salida, grabar y fotografiar todos sus movimientos para comprobar si la citada lesión era cierta.

Llegamos a la zona, tomamos café en un bar de un polígono cercano y procedimos a buscar el domicilio de la señora. En esa época todavía no existían los GPS, debíamos hacerlo con un callejero de papel que pesaba más de medio kilo y ocupaba la mitad de la guantera.

Una vez encontrado el portal buscamos aparcamiento, ni muy lejos ni muy cerca, huyendo de la mirada indiscreta de los vecinos y en el lugar idóneo para poder tener un buen ángulo de visión, además de tener capacidad de respuesta en caso de tener que seguir a nuestro objetivo.

Eran las 7.30 am y nos dispusimos a observar el portal a la vez que charlábamos sobre varios temas; mantuvimos una conversación por espacio de dos horas, y a las 9.30 am ya nos habíamos contado nuestras vidas. En ese instante, Javier se percató de que existía una salida peatonal en la parte posterior del inmueble y me sugirió que yo permaneciera controlando la entrada principal desde la furgoneta mientras él lo hacía a pie desde el otro lado de la manzana. Por supuesto, obedecí órdenes, me escondí en la parte trasera y nos despedimos temporalmente.

En cuanto mi compañero salió del coche sentí la necesidad de llamar por teléfono y contarle a mi familia cómo estaba siendo mi primer día de trabajo. Llamé desde mi recién comprado Nokia 5110 y le conté a mis padres lo peculiar de mi tarea. Tal era mi entusiasmo que llamé también a varios de mis amigos. No podía parar de hablar, hasta que me saltó el aviso de que apenas quedaba saldo en mi tarjeta de Movistar. Entonces comencé a enviar mensajes SMS a discreción. Antes de las 12.00 ya me había quedado sin saldo y debía enfrentarme a la aburrida soledad. Yo solo conmigo mismo, escondido en la parte trasera de una furgoneta vieja y maloliente, con los ojos puestos en un portal del que apenas salía gente, en una zona marginal de la periferia.

La radio no funcionaba, y no tenía más entretenimiento que una libreta y un bolígrafo. Ese taco de papel se convirtió en mi mejor amigo, y lo bauticé en ese mismo instante como *Mi cuaderno de reflexiones*.

Mi mente, desasosegada, no paraba, me asaltaban pensamientos de todo tipo, con tal virulencia que me costaba centrarme en lo esencial en ese momento: la vigilancia. Cada minuto parecía una hora, no pasaba el tiempo en el reloj y mi impaciencia aumentaba por momentos. Entonces me percaté de que ese trabajo no tenía nada que ver con lo que había estudiado en la universidad. No alcanzaba a entender qué tenía que ver el derecho administrativo, civil, penal, la sociología, la ciencia policial, etc., con el hecho de estar escondido en una furgoneta al acecho de una señora que poco tenía de delincuente. (Con los años, sí he comprendido la importancia de estas materias).

Llené varias hojas de «garabatos neuróticos», intenté matar el tiempo como pude escribiendo y dibujando todo lo que se me ocurría, pero mi impaciencia crecía por momentos y la inquietud se hacía cada vez mas insoportable.

A veces me entraba sueño y pegaba un «cabezazo», a veces me distraía… pero inmediatamente hacía un esfuerzo para reconducir mi atención al portal objeto de vigilancia. *¿Cuándo habrá algo de acción?,* me preguntaba todo el rato, al mismo

tiempo que me quedaba sin uñas.

En ese momento me di cuenta de la cantidad de ruido que había en mi vida. Jamás había tenido que enfrentarme a la tarea de aguantarme a mí mismo durante tantas horas. Entendí que no estaba acostumbrado a estar solo, y mucho menos en silencio. Mi vida ocupaba cada rincón de mi mente como un gas que se expande, tendía a llenar cada espacio con tareas, propósitos, anhelos o problemas, pero nunca me había visto en la tesitura de tener que *no hacer nada* durante horas.

Pronto supe que la primera habilidad que tiene que desarrollar un detective privado es una *paciencia infinita*. Saber estar un número indeterminado de horas quieto, parado, esperar por tiempo indefinido, pero a la vez sin poder relajarte del todo, ya que en el momento en el que sale tu objetivo tienes que pasar «de 0 a 100» en segundos; y, de repente, activar todos tus sentidos para no perder al sujeto. Reflexioné durante horas sobre ello, y encontré el termino que define claramente ese estado en el que tienen que estar necesariamente todos los detectives, policías investigadores, o agentes de inteligencia que se dedican a realizar vigilancias encubiertas: *stand by*. Estar tranquilo, pero atento, relajado pero no apagado. Difícil empresa para el primer día de trabajo.

Calmar el ruido mental y permanecer ecuánime es una de las tareas más difíciles, sobre todo hoy que tenemos entretenimientos de todo tipo, y principalmente los *smartphones*, donde existe una oferta infinita de aplicaciones para ocupar nuestra mente insaciable (antiguamente «tirábamos» de *pasatiempos*). Si viajas en el metro o en el autobús puedes observar a tu alrededor: ¿cuántas personas están sin hacer nada? Me atrevo a decirte que al menos el 90% de la gente que te rodea está utilizando su teléfono móvil, otros leyendo o escuchando música. Pero muy pocos tranquilos sin hacer nada, disfrutando en soledad y en silencio de la travesía.

Cuando dejamos a la mente en *piloto automático* surgen todo tipo de imágenes, se desarrollan ideas que buscan dar sentido a su existencia, mezclándose unas con otras, muchas veces sin venir a cuento. Cuando tomamos conciencia de esta situación, podemos decidir cuáles de estas imágenes merecen nuestra atención y cuáles debemos desechar porque no nos aportan nada en este momento y consumen sutil y lentamente nuestra energía. Podemos afirmar que lo primero que debemos hacer para poder soportarnos a nosotros mismos es una *limpieza de pensamientos*. Del mismo modo que arreglamos nuestro cuarto, hacemos la cama y recogemos y guardamos la ropa en el armario, así debemos tratar a nuestros pensamientos cuando están revueltos: ordenarlos, sacar lo que vamos a ponernos hoy, y guardar el resto para otro día. Pensar en cosas que no necesitamos sería como cargar siempre un chubasquero y un paraguas en verano por si llueve.

Comprender todo esto sería el primer paso para alcanzar ese estado de quietud que necesitamos para soportar las horas de soledad. Y no solo eso, sino para disfrutar en ese estado de tranquilidad. Para ello es importante aceptarte tal cual eres, estar en paz, perdonarte por las cosas que no te gustan de ti, reconectar contigo y convertirte en tu mejor amigo. La meditación, en cierto modo, persigue, entre otros, ese fin. Alcanzar la quietud autoconsciente, eliminar el ansia mental, la tormenta de pensamientos que nos asalta cada día.

Generamos hábitos mentales para mantener nuestra mente ocupada que terminamos normalizando. No podemos hacer deporte sin escuchar música, cuando salimos a caminar aprovechamos para mantener una conversación telefónica, cuando estamos en casa descansando encendemos la televisión o la radio para generar ruido a

nuestro alrededor. Raramente permanecemos en silencio, disfrutando de nada, observando el horizonte, atentos y conscientes de lo que nos rodea.

Ese día aprendí que la calma tiene un valor incalculable en la vida de cualquier persona, mas aún en la de un detective privado.

Apunté en *Mi cuaderno de reflexiones* la siguiente frase:

> En el silencio aparece tu verdad. En la soledad te enfrentas a tu peor enemigo: tú «yo» inconsciente.

Ese primer servicio duró varios días, a cada cual más aburrido. Una media de diez horas diarias esperando en soledad algún movimiento desde el interior de una furgoneta maloliente que, por no tener, no tenía ni aire acondicionado. Hasta que, el tercer o cuarto día salió del portal una mujer cuyas características físicas coincidían con la descripción facilitada por el cliente. ¡Era nuestra investigada!

Verla salir de casa fue algo muy excitante para mí. «¡Por fin algo de acción!», grité emocionado.

Entonces, la profesora nos regaló una maravillosa jornada de idas y venidas. Pasó la mañana haciendo recados, fue al banco, al supermercado, al centro de salud, etc. Movimientos cotidianos que perfectamente puede hacer una persona estando de baja médica, pero que añadieron a mi trabajo la emoción justa que necesitaba para no morir de aburrimiento.

Pude poner en práctica varias técnicas de seguimiento que me iba dictando mi compañero según surgían los acontecimientos. También tuve la oportunidad de hacer varias fotografías desde el interior de la furgoneta, y conseguimos unos treinta minutos de vídeo y un par de carretes completos.

Empecé a comprender que merecía la pena la espera. Sin todas esas horas aguardando al acecho, no habríamos podido conseguir el material que necesitábamos.

Redactamos a mano un informe sobre una plantilla que nos facilitaba el despacho. En ella debíamos indicar la fecha, la hora de inicio y fin, las personas que habíamos intervenido, el kilometraje recorrido y una descripción cronológica de todos los movimientos observados durante la investigación.

De camino al despacho pasamos por una tienda de fotografía con la que la empresa mantenía un acuerdo, para dejar revelando el material fotográfico y recoger una bolsa llena de sobres de papel con tacos y tacos de fotografías reveladas de otros trabajos en curso, en los que paralelamente estaba trabajando la agencia. Ver todas esas imágenes realizadas por otros compañeros me emocionó. Me sentí parte importante del equipo, y solo esperaba que el contenido de mis carretes estuviese a la altura, para no defraudar a la empresa en mi primer servicio.

Pasaron los meses e iba acumulando experiencia en la agencia. Prácticamente el trabajo era siempre el mismo: amanecer temprano, localizar el domicilio de la persona que teníamos que investigar, escoger un buen punto de observación discreto y cómodo, y aguardar a la espera por tiempo indefinido hasta que nuestro objetivo se dignase a salir. Después de eso, darlo todo para conseguir el máximo material foto o videográfico, de la forma más discreta posible, y sin que se nos perdiese el investigado. Lo interesante era que cada lugar era distinto. Cada tres o cuatro días cambiábamos de escenario, los retos operativos a los que nos teníamos que enfrentar eran diferentes y la vida de la persona a quien seguíamos no tenía nada que ver con la del investigado anterior.

Trabajábamos principalmente para compañías aseguradoras. Nuestra tarea consistía en comprobar la veracidad de las lesiones declaradas por los asegurados que habían sufrido algún accidente de tráfico, con el fin de descubrir y, en su caso acreditar, los posibles engaños.

En los últimos años había aumentado la siniestralidad y existía un altísimo porcentaje de sospechas de fraude. Apenas llevaba trabajando tres meses en la agencia y ya habían pasado por mis manos más de veinte expedientes.

Entonces no existía la información que hay ahora, la gente era mucho más confiada, y la estafa al seguro se estaba convirtiendo casi en el deporte nacional. La gente actuaba con total impunidad, muchos estaban deseando tener un accidente para reclamar a la compañía su indemnización. Sabían que había dolencias fáciles de simular, como la lumbalgia y el latigazo cervical, etc., este fenómeno empezaba a ser conocido como el *cuponazo cervical*. Esta se había convertido en la lesión por excelencia después de sufrir el mínimo altercado con el coche.

Dedicábamos una media de tres o cuatro días a cada investigación, y en muchas ocasiones nos sobraban dos. Sobre todo en aquellos casos en los que el investigado nos lo ponía fácil. Recuerdo casos tan flagrantes como el del transportista que hacía mudanzas y dejaba el collarín en el salpicadero del camión, el chico que entraba con muletas a pasar el tribunal médico y salía con ellas en los hombros corriendo hacia la parada del autobús, o la tenista que ganaba torneos con una dolencia supuestamente invalidante en su brazo derecho.

A lo largo de todos estos años he podido clasificar las tipologías de fraude en tres tipos: *circunstancial, premeditado* y *organizado*.

El fraude *circunstancial* es el más habitual, consiste en aprovechar un siniestro real para exagerar los daños producidos, y con ello recuperar el máximo dinero invertido en el pago de las pólizas. A veces se engordan los daños en el coche, otras, en la salud física e incluso mental. Desde esta óptica todos tenemos un poco de estafadores. ¿Quién no conoce a alguien que haya sido tentado alguna vez por un taller para arreglar otras zonas del coche aprovechando un parte por un pequeño rasguño? ¿Quién no conoce a alguien que haya prolongado unos días su baja laboral sabiendo que está perfectamente recuperado para incorporarse a su puesto de trabajo?

El fraude *premeditado* es otra cosa. Es crear una situación adrede para amortizar la póliza. Es decir, simular, por ejemplo, la existencia de un accidente de tráfico para reclamar una indemnización por unos daños o lesiones completamente inventados, o provocados intencionadamente.

La situación más llamativa en este sentido es la del *fraude organizado*. Bandas que viven del fraude al seguro, familias al completo que han encontrado en las *pólizas de auto* una lucrativa forma de vida. Organizaciones internacionales que traen del extranjero a lesionados, que incluso se automutilan, para tramitar su indemnización en España simulando falsos accidentes de tráfico.

A medida que pasaban los años, mi vida operativa continuaba desarrollándose de la misma forma. Un 90% de mi día lo pasaba escondido en un vehículo tras los cristales tintados, esperando movimientos que a veces nunca se producían. Muchas veces veía amanecer y anochecer en una misma jornada, y ya me había acostumbrado a la soledad, hasta tal punto que prefería realizar los trabajos sin compañero. Algo que solo puedes hacer cuando alcanzas cierto nivel de dominio en la actividad.

Un buen día, cuando ya había asimilado que esa podría ser mi forma de vida para el

resto de mis días, me horroricé pensando en la cantidad de horas que se pierden en la espera. Decidí encajar la soledad desde otra perspectiva, y me propuse aprovechar cada minuto para hacer algo productivo; fue cuando empezó la fase más intelectual de mi vida.

Aprovechando que los trabajos que realizaba eran muy básicos: madrugar, encontrar un sitio para esperar, grabar, redactar un parte y fin; solo me faltaba adquirir un estado que me permitiese hacer otras cosas sin perder la atención sobre el sujeto investigado. Al principio fue difícil, pues cuando intentaba realizar cualquier tarea distinta a la vigilancia quedaba sin darme cuenta ensimismado, absorto en la tarea, y perdía la conexión por completo con el lugar objeto de observación. Pero con el tiempo logré establecer un patrón. A base de muchas horas de práctica ya era capaz de vigilar una salida, estar pendiente de todo lo que me rodeaba, y al mismo tiempo leer un libro, bajando y subiendo la mirada cada dos segundos.

Empecé a leer muchísimo, gracias a ese estado de plena atención. Me interesé, primero, por los libros relacionados con mi profesión, como los de Eugenio Vélez Troya, decano de la profesión, y Juan Carlos Arias, cuyo trabajo literario admiro profundamente; y después por aquellos que me aportaban conocimientos sobre el comportamiento humano, sabiendo que esto añadiría valor a mi trabajo como profesional en el futuro. Devoraba los libros de psicología y de filosofía, y en todos encontraba paralelismos con mi profesión, o cuestiones aplicables a mi día a día. Fue entonces cuando decidí matricularme en la carrera de criminología, que más tarde me llevaría a cursar el máster e iniciar mi periodo de investigación doctoral. Al mismo tiempo hice varios cursos relacionados con la gestión y administración de empresas.

Habiendo sido siempre un estudiante regular, me había convertido sin darme cuenta en un intelectual, ávido de conocimientos y adicto a la lectura. La soledad ya formaba parte esencial de mi vida, la reflexión superaba con creces a la acción, y buscaba ansiosamente esos momentos de introspección incluso más allá de mi jornada laboral.

Empecé a buscar respuestas universales a cuestiones cotidianas, a tratar de comprender el mundo que me rodeaba y mi relación con este. Exploré todas las religiones conocidas y, especialmente, el budismo, donde encontraba consuelo y la mayoría de las respuestas a las preguntas que me hacía constantemente sobre la existencia, el bien, el mal, el destino, el éxito, el dinero, etc. Me apasionaba leer a los sabios, Pitágoras, Sócrates, Epicteto… Saber qué pensaban sobre las cosas elementales se convirtió no solo en mi mejor pasatiempo, sino en todo un trabajo de realización personal.

De aquello extraje grandes conclusiones. Sobre todo porque cada página leída, cada duda planteada, me enseñaba algo sobre mí mismo.

Leí una frase de Blaise Pascal (1623-1662) que iluminó mi presente en aquel momento:

> Aquel que duda y no investiga se torna
> no solo infeliz, sino también injusto.

Sin darme cuenta me había convertido en un auténtico investigador. Me hacía preguntas constantemente, planteaba hipótesis y, después, comprobaba el marco teórico existente sobre la cuestión. Resuelta la duda, añadía mi propia conclusión y pasaba a la siguiente. Esto una y otra vez, día tras día, rebuscando entre teorías y disertaciones

filosóficas que no hacían más que enredarme en una duda infinita, hasta que escribí en *Mi cuaderno de reflexiones* la siguiente frase:

HAY PREGUNTAS A LAS JAMÁS ENCONTRAREMOS
RESPUESTA EN ESTA VIDA.

Aunque parece una obviedad, es algo en lo que han pensado todos los filósofos a lo largo de la historia. La inmortalidad del alma, el sentido de la vida, la existencia de Dios, etc. Grandes preguntas sin respuesta que conviene aceptar cuanto antes. De acuerdo nuevamente, comulgué con los pensamientos de Blaise Pascal, para quien era más fácil creer en Dios que intentar probar su existencia.

Todo esto cambió mi manera de entender muchas cosas, entre ellas la fe, la ignorancia, la necedad humana, etc.

Claramente, la soledad es un arma de doble filo. La soledad buscada puede ser un espacio maravilloso, un oasis de paz donde encontrarse con uno mismo, un lugar para la reflexión y la autorrealización, pero tiene sus riesgos. La soledad también puede crear adicción e influir negativamente en tu carácter. Si utilizamos la soledad solo para la introspección, puede hacer que nos anclemos en el pasado, o que vivamos solo en el futuro, olvidando lo que es realmente la existencia, saborear el instante presente.

Puede que uno llegue a encontrarse tan a gusto en soledad que rechace toda compañía, toda opinión, y a esto le sigue una rigidez absoluta.

La soledad encontrada es diferente. Hay un tipo de soledad muy dolorosa que ciertamente no existe como tal, es un sentimiento que procede de nuestra mente y de nuestro corazón, de nuestras emociones. Hay personas que se sienten solas aunque estén rodeadas de gente, su vida está llena de tristeza e inseguridad, sienten incomprensión allá donde estén. Esta desagradable experiencia suele generar angustia y ansiedad, y está más cerca de la patología clínica que de la realidad.

Reflexionando sobre ello estando de servicio, desde una esquina de la madrileña calle Gran Vía, viendo pasar al tumulto de personas que abarrotaban la calle, rechazándose al mismo tiempo unas a otras, apunté en *Mi cuaderno de reflexiones* la siguiente frase:

PARA SENTIRSE SOLO NO HAY NADA COMO
MEZCLARSE EN UNA MULTITUD.

Y recordé una de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) que aún hoy tengo muy presente:

LA SOLEDAD ES MUY HERMOSA…
CUANDO TIENES ALGUIEN A QUIEN CONTÁRSELA.

2. El abismo de la incertidumbre

Llevaba unos cuatro años en la agencia y ya había participado en más de doscientas investigaciones. Había adquirido un gran dominio en mi trabajo y tenía un sueldo más o menos decente. Sin embargo, sentía que en lo profesional estaba empezando a tocar techo; las investigaciones de verificación del daño corporal se me quedaban un poco cortas. Sabía que detrás de todos esos *lesionados* había un mundo mucho más interesante, intuía que había más campos que explorar y nuevas experiencias que vivir, pero tenía bastante miedo a salir de la agencia. Estaba en lo que ciertas personas definen como zona de confort y me resistía a volver a la incertidumbre.

Algunos de mis compañeros ya empezaban a dejar la empresa para montárselo por su cuenta, y yo empezaba a contraer ciertos compromisos económicos que tensaban la nómina. Sin embargo, el miedo a lo desconocido me paralizaba, y hacía que regresase una y otra vez al punto de partida.

Don Manuel, ya fallecido, el dueño del despacho, era un tipo entrañable. Había trabajado toda la vida como detective y ahora ya estaba a punto de jubilarse. Su difunto padre pudo presumir de poseer una de las primeras licencias de detective privado que se concedieron en España, allá por los años cincuenta. En su empresa trabajaban además sus dos hermanos, ya entrados en años, y algunos sobrinos. Don Manuel lucía el pelo cano, unas profundas ojeras y ese tipo de barrigas que tiene la gente que sabe vivir bien. Elegante y perfumado, acudía a diario a ocupar su gran mesa de aspecto señorial, protegida por una muralla infinita de carpetas.

Si algo podía definir a don Manuel eran su astucia y su don de gentes. En el trato cercano podría convencerte de cualquier cosa y, al mismo tiempo, sacarte toda la información que necesitase. De humor satírico y mirada granuja, no cabe duda que don Manuel había visto cosas, había vivido. Se intuía que a estas alturas ya había extraído todo lo bueno que puede darte este trabajo, y se veía que disfrutaba en esta fase en la que su misión ya solo consistía en dirigir su negocio desde el despacho.

Cuando le comenté a don Manuel mi intención de salir de la agencia en un futuro me apoyó, pero me advirtió que nunca volvería a trabajar como detective privado con esa comodidad de horario. No le faltaba razón, después de ese periodo no he vuelto a poder planificar con seguridad ningún evento.

Días después me encargaron un nuevo caso, había que comprobar el estado físico de un señor de avanzada edad que vivía en una pedanía de un pueblo de Extremadura; pleno mes de julio de un año del que preferiría no acordarme. Este sería uno de los últimos servicios en la empresa de mi compañero Paco.

A las cinco de la madrugada partimos hacia el lugar en cuestión a bordo de Carbunco, nombre con el que bautizamos a la furgoneta maloliente y destartalada con la que viajábamos de un lado a otro. (El carbunco es una enfermedad infecciosa grave, causada por la bacteria *Bacillus anthracis,* más conocida como ántrax). El viaje fue largo y penoso, pues de camino tuvimos una avería que nos obligó a pernoctar en una pequeña población. Tuvimos que esperar bastante tiempo mientras procedían a su

reparación en el taller del pueblo.

Al llegar a la aldea del investigado, dos días más tarde, encontramos un entorno mucho más rural del que esperábamos. Apenas cuatro calles definían el contorno de pueblo. Unas cuantas casas con paredes de cal blanca repartidas por la periferia, rodeando una soleada plaza central donde se encontraba el consistorio que parecía frecuentada por los paisanos del lugar, quienes mataban el tiempo charlando en los escasos espacios de sombra. Eran las 11.00 de la mañana y el calor ya se hacía insoportable, teniendo en cuenta que la furgoneta no tenía aire acondicionado; tan solo una ráfaga de aire caliente aliviaba nuestro sofoco al contacto con el sudor de nuestra piel.

Localizamos la vivienda del señor Montes en uno de los callejones próximos a la plaza. Pero nos llevamos las manos a la cabeza cuando vimos que era la única casa habitada de la calle y no teníamos ningún lugar para poder realizar la espera. Tan solo existía un pequeño espacio sobre la plaza con vistas a la vivienda, sin apenas sombra. «¡Un buen servicio para ser uno de mis últimos trabajos en la agencia!», exclamaba Paco entre risas.

«Sin duda —dije yo—, esto va a ser un reto en todos los sentidos».

Ese día lo dimos por perdido y aprovechamos para hacer el registro en un hotel de carretera del pueblo más cercano, darnos una ducha y preparar los equipos para el día siguiente.

Nuestro investigado, de ochenta y cinco años, afirmaba tener una lesión incapacitante en su espalda derivada de un accidente de tráfico, así que parecía un tema bastante sencillo de observar. Dado que el señor Montes había solicitado una pensión por invalidez permanente pensamos que no se movería demasiado; decidimos empezar la observación a las nueve de la mañana.

Habiendo descansado ya lo suficiente afrontamos el servicio con gallardía, apostándonos en el único lugar posible donde podía realizarse la espera. En ese momento la mañana estaba fresca y el lugar sombrío, pero estábamos situados a la entrada de la plaza, en un lugar poco natural, medio subidos a una acera. Nos escondimos en la parte trasera y vimos a través del cristal tintado cómo cada persona que pasaba a nuestro lado oteaba la furgoneta preguntándose qué hacia ahí ese vehículo desconocido y aparcado de forma tan poco habitual. Un manojo de cables y herramientas sobre el salpicadero nos daban cobertura para aplacar algunas inquietudes.

Dos horas después comenzaba a desaparecer la poca sombra que nos cobijaba y ya se sentía el calor en el interior de la furgoneta, la chapa empezaba a arder y la capa de suciedad brillante que cubría los asientos empezaba a derretirse produciendo su habitual desprendimiento de gases. Ese olor nauseabundo se había instalado en nuestras gargantas y aún quedaba mucho servicio por hacer.

Pasaron varias horas y ni rastro del investigado. Nuestra presencia empezaba a ser incómoda para los habitantes del pueblo, suponían que alguien estaba realizando algún trabajo en la población pero no terminaban de encajar nuestra presencia. Por suerte, nadie imaginaba que dentro del vehículo estaban escondidos dos detectives. De hecho, sería bastante improbable pensarlo, pues Carbunco se había convertido en un auténtico horno.

A las tres de la tarde vimos a quien identificamos como nuestro investigado, un hombre enjuto y cabizbajo que parecía cansado y caminaba apoyado ligeramente con

un provisional bastón de madera. Iba ataviado con la boina tradicional propia de la vestimenta popular. Si bien no salió de casa, ¡lo vimos llegar! Lógicamente había salido antes de nuestra llegada, así que nos lo habíamos perdido. Aun así, decidimos continuar toda la jornada en esa posición con la esperanza de que volviera a salir por la tarde. Pero eso no sucedió. Aguardamos hasta avanzada la tarde y tuvimos que irnos ya por necesidad, pues la plaza había incrementado su aforo y éramos la comidilla de todo el pueblo.

Aprovechando un descuido del gentío, mi compañero Paco dio un salto desde la parte trasera al asiento del conductor y nos largamos de allí. En cuanto tuvimos oportunidad paramos a la sombra para bajar del vehículo y refrigerarnos. Estábamos ya en calzoncillos y con el cuerpo sudoroso. Nos echamos por encima la poca agua que quedaba ya recalentada en el fondo de las botellas y, al sacudirme el pelo, mis gafas volaron por los aires e impactaron contra el asfalto.

Con el cuerpo pegajoso, un olor nauseabundo y el cristal de mis gafas hecho añicos regresamos al hotel, donde preferimos permanecer descansando hasta la cena. Acordamos regresar al día siguiente con mucho más tiempo de antelación, y fijamos las siete de la madrugada como una buena opción, una hora prudente para reanudar la observación.

La madrugada siguiente ocupamos la misma posición dos horas antes como habíamos previsto. Nos escondimos en la parte trasera y rezamos para que la gente del pueblo no llamase a la Guardia Civil. Mientras, arreglaba mis gafas con trozos de papel celofán. Nos dieron otra vez las nueve y el señor Montes no había salido todavía.

—¡Vaya!, hoy parece que no va a salir el anciano —exclamé.

—Eso parece —contestó Paco.

Pero nuestras predicciones fallaron: llegaron las tres de la tarde y volvimos a ver de nuevo regresar al señor Montes apoyado sobre su improvisado bastón y ataviado con su habitual boina.

La mañana nuevamente había sido dura, el calor insoportable y los paisanos ya estaban muy suspicaces. Teníamos que tomar una decisión drástica: o madrugar mucho más, o preguntarle directamente a qué hora salía de casa.

Hicimos las dos cosas. Preparamos una cobertura (excusa elaborada) para poder hablar con él. Conseguimos su teléfono y nos hicimos pasar por peritos de seguros. Le indicamos que debíamos peritar un daño en la fachada del local colindante y necesitábamos conocer si había alguna fuga en su vivienda. Para ello necesitábamos saber a qué hora poder pasar a ver el siniestro. El anciano nos dijo que mejor por la tarde, porque por la mañana salía muy temprano de casa y no llegaba hasta la hora de comer.

—¿Temprano? ¿A qué se refiere usted con temprano? —pregunté yo.

—Pues depende —contestó el anciano—, antes de las 7.00 seguro.

—Perfecto, pues ya le llamaremos más adelante, porque nuestros peritos solo trabajan por la mañana.

Conseguí así cerrar la cobertura.

Estaba claro que habíamos falllado con la predicción de la hora. Aunque no habíamos podido sacarle al anciano su hora exacta de salida, al menos ya sabíamos que el investigado tenía una rutina, madrugaba y salía antes de las 7.00 para acudir a algún sitio que desconocíamos, en el que pasaba toda la mañana.

—¿A qué hora crees conveniente empezar mañana? —pregunté a mi compañero.

—Yo empezaría a las 5.30 para que no nos vuelva a pasar lo mismo —me dijo.

—¿Las cinco y media? ¿No es muy pronto?

—¡Deja, deja!, que con este hombre no se sabe, y en este pueblo no podemos estar a la vista ni un minuto más.

Ciertamente merecía la pena amanecer muy temprano y asegurar su salida. Arrancamos a la hora acordada, dispuestos, esta vez sí, a ver al investigado salir de casa,y aclarar por fin el misterio de tal *madrugón*.

Nos dieron las 7.00 y pensamos: «¡Vaya! esta vez va a salir más tarde».

Nos dieron las 9.00 y pensamos: «¡Vaya! Verás como esta vez no va a salir».

De nuevo nos encontramos en la misma tesitura de días anteriores, apostados en un lugar nada discreto, llamando la atención del pueblo y sudando a mares.

La Guardia Civil no tardó en llegar. El agente dio varias vueltas al furgón, tomó la matrícula y comunicó los datos a través de la emisora. Debíamos haber salido para identificarnos, pero toda la plaza estaba pendiente de la escena, y nos habría puesto en evidencia, descubriendo que realmente estábamos realizando una vigilancia. A quién ya era solo deducción, la única casa sobre la que teníamos visión era la del señor Montes.

Los agentes no se percataron de que estábamos dentro, pero rellenaron uno de esos papelitos autocopiativos que hacen tanta ilusión y nos lo pusieron sobre el parabrisas. ¡Una multa por aparcar sobre la acera!

Los aldeanos hicieron un corrillo alrededor de los agentes y comentaron la jugada. Desde el interior de nuestro escondite veíamos cómo nos señalaban y encogían los hombros, tratando de encontrar una explicación a nuestra existencia. Rezábamos para que no sospechasen que estábamos dentro. Afortunadamente marcharon enseguida, y en cuanto vimos la oportunidad escapamos de la mirada crítica de los recelosos paisanos.

Por fin, al día siguiente vimos al individuo salir de su vivienda. Lo hizo a las 5.00 de la madrugada. El misterio se resolvió, el hombre caminaba cerca de una hora hacia una finca que tenía en el monte y pasaba toda la mañana trabajando en ella, regando y haciendo labores de horticultura.

Tenía una rutina muy definida, almorzaba en la finca y a las 14.00 de la tarde emprendía el camino de regreso a su vivienda, adonde llegaba una hora más tarde.

Afortunadamente pudimos completar el trabajo con éxito para la compañía de seguros. Conseguimos más de tres horas de material videográfico que demostraba que el hombre estaba fingiendo su lesión; trabajaba en el campo sin ningún tipo de limitación, manejaba las herramientas agrícolas con maestría y se agachaba y levantaba en multitud de ocasiones sin problema. También conducía un pequeño tractor al que se subía ágilmente y del que bajaba de un salto. ¿Invalidez permanente? El motivo por el que llegaba cabizbajo a su casa era por el cansancio propio de una larga jornada de trabajo en el campo y de su gran caminata diaria.

Mientras grabábamos al hombre con el teleobjetivo, agazapados entre los matorrales de la finca, Paco y yo hablamos largo y tendido sobre nuestra situación en la empresa, nos contamos nuestras frustraciones y anhelos, y él me expresó su determinación de salir del despacho y emprender su camino en solitario. Yo le confesé mi indecisión, le dije que no podía permitirme estar un mes sin cobrar; si algo salía mal, estaba perdido. Tenía una hipoteca y la letra de un coche por pagar. También que estaba asustado por la calidad de vida, ya que don Manuel me había advertido que nunca iba a estar más cómodo que aquí. «Creo que estoy en mi zona de confort», dije

yo.

Entonces Paco me miró a los ojos y me dijo: «¿Zona de confort, David? Llevas cuatro días madrugando a cuatrocientos kilómetros de tu casa, sudando a mares a cuarenta grados de temperatura dentro de un furgón maloliente, pegajoso y con las gafas rotas, nos ha puesto una multa la Guardia Civil y ahora estás tirado en el suelo entre matorrales de espino. ¿Esto te parece una zona de confort? Te recuerdo que apenas llegas a fin de mes y que lo que te espera aquí es más de lo mismo».

La verdad es que nunca lo había visto así, esas crudas palabras se clavaron en mi mente como alfileres punzantes; de repente vi que aquello a lo que me aferraba no era nada cómodo. Yo creía que tenía mucha suerte al poder trabajar en esa agencia, me proporcionaba sustento y experiencia a raudales, pero cómodo no era, no. Simplemente controlaba la situación y me había acostumbrado a ella. Ciertamente, ese trabajo tampoco ofrecía muchas posibilidades de promoción.

No tardé en deducir que sí quería algo mejor, pero lo que me asustaba era el cambio, y anoté en *Mi cuaderno de reflexiones* la siguiente frase:

Conformarse con un salario normal, un horario seguro y un trabajo estable sin posibilidad de crecimiento es una opción; desarrollarse personal y profesionalmente, explorar nuevos caminos y vivir una vida abundante y llena de experiencias diferentes es otra.

Conozco muchas personas, a las que quiero y respeto, que necesitan la seguridad y el estatus para ser felices, pero yo soy un explorador por naturaleza, nunca me conformé con lo conocido; sin embargo, en esa etapa de mi existencia yo también me había aferrado al sentimiento de seguridad que me proporcionaba ese puesto de trabajo. Mentiría si dijese que no me gustaba, disfrutaba resolviendo esos casos, viajando por todo el país en esa furgoneta destartalada. Pero no alcanzaba a mirar más allá de esos expedientes, y tampoco me sobraba energía al final del día para plantearme otro estilo de vida.

Al llegar a Madrid de nuestro viaje, Paco discutió con el jefe y se despidió de la empresa. Recriminó a don Manuel el estado de la furgoneta y las condiciones de trabajo. Este respondió tajantemente: «¡Este es mi despacho, cuando tú tengas el tuyo haz lo que te dé la gana!». Y así hizo.

Recordé una frase que leí en un libro de Eckhart Tolle:

Algunos cambios parecen negativos en la superficie, pero te darás cuenta de que se está creando espacio en tu vida para que algo nuevo emerja.

Claramente me asustaba la incertidumbre. Esta sensación la he experimentado más veces a lo largo de mi vida, sobre todo en mi reciente divorcio. Podría haber vivido toda una vida infeliz con tal de no enfrentarme a los cambios que supone una ruptura con niños. Hoy puedo escribir en *Mi cuaderno de reflexiones* lo siguiente:

Las decisiones más difíciles que he tomado en mi vida representaban los cambios más bruscos, sin embargo son las que más beneficios me han proporcionado.

Y ahora lo veo con claridad en muchos de mis clientes, algunos descubren infidelidades por parte de su pareja y continúan con ella por miedo a quedarse solos o solas. A veces aguantan cosas bastante peores que una infidelidad.

También en las empresas, me cruzo con empleados que son infelices en sus puestos de trabajo, que soportan todo tipo de calamidades con tal de no enfrentarse al cambio.

Creo que la libertad también es una opción. Reflexionando sobre ello encontré una frase de Benjamin Franklin (1706-1790) que también me ha acompañado todos estos años y me ha servido para no aflojar en los momentos más difíciles.

Aquel que cambia la libertad por la seguridad
no merece ni una cosa ni la otra.

3. El límite de lo imposible

Ya había tomado la decisión de convertirme en un profesional autónomo. Me costó mucho trabajo abandonar la agencia que había confiado en mí durante los primeros años, pero por fin di el salto. El detonante definitivo: una vida familiar llena de sacrificios personales, una hipoteca y varios préstamos me obligaban a estirar el sueldo hasta el infinito e imposibilitaban mi subsistencia como asalariado.

De pronto había cambiado una jornada definida por un horario indefinido, unas tareas determinadas por otras indeterminadas, un salario concreto por uno incierto, y un jefe simpático por cualquiera que quisiese contratar mis servicios. Ahora, toda mi energía estaba puesta en subsistir económicamente y en construir un perfil profesional sólido y consistente. Empecé a trabajar mi red de contactos y a continuar mi formación operativa con todo tipo de cursos y seminarios que se iban cruzando en mi camino. Me instruí en el mundo de la inteligencia aprendiendo técnicas de investigación de la mano de antiguos agentes de los servicios secretos. Recibí una gran formación y asistencia en todas mis dudas por parte del señor X, suboficial destinado en los servicios de información a quien debo agradecer no solo el pertenecer a este gremio, sino ser el profesional que soy hoy.

Al principio, otros despachos de detectives delegaban en mí sus tareas operativas, principalmente vigilancias y seguimiento, cámaras ocultas, etc. Gracias a la experiencia acumulada en la agencia era capaz de dar respuesta a sus necesidades con mucha soltura. Estaba orientado a resultados, tenía paciencia, osadía y recursos propios, algo que, sin duda, valoraban mucho los despachos ya consolidados. Esto me abrió las puertas a conocer a algunos profesionales que ya habían dado el salto con anterioridad; fue interesante ver que había vida más allá de la agencia y cómo cada cual llevaba el negocio a su manera. Esta etapa me enseñó a valorar la organización que había conseguido don Manuel en su agencia y la importancia de tener buenos clientes para poder hacer crecer un negocio.

En el camino me topé con Martín, también ya fallecido. Habíamos estudiado juntos en la universidad y él ya trabajaba desde hacía años como socio-director de una empresa de investigación que en ese momento estaba en auge. Reconozco que al principio no me caía bien, ni él ni sus socios. Veía en ellos algo oscuro, me parecían presuntuosos y arrogantes y sabía que cuando me hablaban no me contaban toda la verdad, siempre guardaban un interés oculto. Supongo que eran actitudes heredadas de su anterior etapa, ya que la mayoría pertenecieron a los servicios de inteligencia en el pasado.

Sin embargo, Martín vio algo en mí. Creo que intuyó mis ganas de convertirme en un buen profesional y supo ver mi espíritu de sacrificio. Empezó a incluirme como *freelance* en sus equipos de trabajo.

Las investigaciones que se hacían en esa empresa eran, como imaginaba, muy distintas a las que se hacían en la agencia de don Manuel. Trabajaban para grandes corporaciones y clientes de alto nivel. Las operaciones eran ejecutadas por equipos de varios detectives, a veces se desarrollaban en entornos de alto riesgo y requerían planificación y estrategias muy bien definidas para alcanzar los resultados que se esperaban.

También tenían una línea de trabajo con las compañías aseguradoras a las que prestaban el servicio de investigación del fraude, tanto valoración del daño corporal como reconstrucción de accidentes de tráfico, investigación de incendios, robos, etc. Pero estaba todo mucho más corporativizado que en la agencia de don Manuel, disponían de varios departamentos y una distribución de tareas más propia de una corporación empresarial que de un despacho de detectives al uso.

Todo en esa empresa era emocionante, y a pesar de los claroscuros, viví grandes momentos y aprendí un concepto de investigación privada muy diferente al que conocía. También hice grandes amigos y conocí gente muy agradable con la que aún hoy mantengo contacto.

Algunos de los objetivos más interesantes consistían en descubrir redes de fraude, control de activos con trascendencia internacional o asuntos de competencia desleal de alto nivel que te introducían en entornos muy exclusivos, de difícil acceso para el ciudadano común.

En el área de seguros se hacían trabajos verdaderamente efectivos. Disponían de personal muy experimentado que viajaba por todo el país haciendo reconstrucciones de siniestros (robo, incendio, accidentes, etc.) con un método infalible. El trabajo principalmente consistía en encerrar al asegurado sospechoso de cometer fraude en sus propias mentiras, basándose en la obtención de evidencias y testimonios sobre el evento en cuestión, y en encontrar las contradicciones necesarias que hicieran reconocer al asegurado que se trata de un engaño y tras ello renunciase a su indemnización. Era un tipo de investigación muy técnica, muy parecida a la investigación policial, y auxiliada por disciplinas muy diversas como la grafística, la dactiloscopia, la genética, la informática forense, etc.

Una vez había participado en distintos operativos, llamémoslos de élite, Martín me citó en su despacho una tarde de algún año. En la planta alta de un chalet reconvertido en oficinas, en el interior de un despacho aséptico provisto de una simple mesa redonda, cuatro sillas, un aparador y una pizarra magnética.

Él era una persona muy corpulenta, de tez morena, mirada profunda y con un carácter serio y muy reservado. De voz pausada y con las ideas muy claras. Inspiraba respeto, y su sola presencia casi intimidaba.

Martín agarró mi mano, apoyó su dedo pulgar sobre mi arteria radial y, mirándome a los ojos, me dijo con voz muy seria:

—David, me has demostrado que haces bien tu trabajo, he pensado que ha llegado el momento de darte expedientes para que saques tú mismo. Son complicados, lo sé, no espero que los resuelvas, haz lo que puedas.

Yo no sabía qué decir, aunque él ya sabía la respuesta. Parecía leerme la mente con su penetrante mirada. Lo hacía conscientemente, él sabía manejar las emociones, estaba midiendo mi reacción. Me sentí un tanto abrumado, pero al mismo tiempo emocionado, pues estaba depositando en mí una gran responsabilidad. No tuve más remedio que responder: «¡Si quiero!».

Aflojó su mano al tiempo que remitía también la tensión del momento, y con una tímida sonrisa tomó de la repisa un taco de carpetas verdes que desplegó sobre la mesa.

Me explicó que eran expedientes un tanto especiales, que no se los podía encargar a cualquiera, tenían ciertas peculiaridades que hacían que no pudieran resolverse con una simple observación o seguimiento. Pusimos precio a cada uno de ellos y comenzamos una larga sesión de *briefing,* que se prolongó hasta la noche, en la que me informó

detalladamente de la necesidad existente en cada uno.

Ciertamente no eran temas sencillos. El primero consistía en descubrir la identidad del autor de un documento anónimo. El segundo se trataba de localizar a un joven delincuente escondido en una zona hostil de una pequeña población de Andalucía, el tercero era una verificación de lesión invalidante de un expolicía que ya había sido previamente investigado y había pillado a los detectives, el cuarto consistía en identificar a los moradores de una vivienda ocupada, y el resto de naturaleza similar.

El precio pactado por cada expediente no era para jubilarme, pero resolvía con creces el mes en curso y me sostenía en la rueda productiva que debía tener como autónomo.

No era común que los detectives subcontratados empezasen y terminasen los asuntos, simplemente se les contrataba para tareas operativas muy concretas, por eso sabía que quizá podría tratarse de una prueba.

Me centraré en explicar cómo resolví el primer asunto, pues este, al parecer, definió la relación que mantendría con Martín en el futuro.

Una compañía aseguradora había recibido un anónimo por correo postal. Se trataba de un texto construido con recortes de periódico en el que su autor informaba de la comisión de un fraude, delatando así al asegurado. El cliente necesitaba localizar a la persona que lo había enviado para recabar más detalles contra ese supuesto defraudador. Rezaba así:

El robo de la calle Alameda, de Zaragoza,
es inventado, nadie ha robado, es falso.

En efecto, días antes, la compañía había recibido un parte de una póliza de hogar, cuyo asegurado, Federico Gómez, solicitaba indemnización por los daños de robo de joyas y artículos de valor en un segundo piso ubicado en esa dirección, con unas pérdidas valoradas aproximadamente en veinte mil euros. El siniestro se encontraba en trámite y no estaba marcado como sospechoso. Es decir, la compañía iba a proceder a indemnizar al asegurado si no hubiera sido por esta peculiar alerta. Pero, como es lógico, necesitaba averiguar cuáles eran los motivos por los que debía rechazar el siniestro.

Lo primero que debe hacer un detective privado cuando se enfrenta a un caso es analizar los datos y saber si es viable establecer una línea de investigación. Conocer los recursos de que dispone, definiendo, en la medida de lo posible, una ratio de probabilidad de éxito. Con los datos que tenía, ciertamente podría parecer como buscar una aguja en un pajar, pero debía encontrar una manera de dar con el autor, si quería terminar de ganarme la confianza de Martín. Pensé: «Ante un problema complejo tengo dos opciones: renunciar o intentarlo. Si renuncio, nunca tendré posibilidad de resolverlo, si lo intento, quizá la tenga», y anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

Algo solo es imposible si no se intenta.

A lo largo de mi trabajo todos estos años me he encontrado a muchos colegas, colaboradores y empleados que, ante un problema planteado, han respondido: «¡Eso es imposible!». Para mí, esa es la palabra prohibida, no puede existir en el vocabulario de un investigador profesional.

Recuerdo romperme la cabeza pensando y pensando, poniéndome en la mente del autor una y otra vez, intentando encontrar la motivación, pero había que tener mucha información sobre el asegurado para saber qué persona del entorno le podía haber delatado. Opté por confeccionar un listado planteando distintas hipótesis sobre la autoría de ese documento:

A) Debe ser alguien que sabe la verdad, bien porque se lo ha dicho el asegurado o porque lo ha visto con sus propios ojos.
B) Debe ser alguien que no tiene simpatía por el asegurado.
C) Podría ser alguien que ha sido testigo de lo que ha sucedido realmente.
D) Podría vivir en el entorno del asegurado.
E) Podría ser una venganza, quizá derivada de un desengaño amoroso o similar.
…

Y así, un buen número de posibilidades, hasta qué, de pronto, me vino a la cabeza un elemento que sería la clave para plantear la línea de investigación que necesitaba: la fotocopia.

El anónimo estaba construido con, al menos, quince recortes de papel diferentes; letras, números y palabras de distintas páginas unidas en un único documento fotocopiado.

No es usual que la gente, en el ámbito doméstico, tenga una fotocopiadora, así que deduje que debía haber ido expresamente a un centro de reprografía o similar.

Localicé todos los establecimientos que podían hacer fotocopias en un radio de tres kilómetros alrededor de la calle del asegurado, ante la hipótesis de que fuera algún testigo de la zona.

Por suerte, había solo tres comercios susceptibles: dos papelerías y un centro de reprografía.

Acudí en primer lugar al centro de reprografía:

—Buenos días, disculpe que le moleste, ¿podría usted decirme si esta fotocopia se ha hecho aquí?

—No me suena de nada —contestó el dependiente.

—No se preocupe, gracias.

Entonces visité una de las papelerías, y resultó también fallida. Sin embargo, en el último comercio, el más alejado de la vivienda, ante la misma pregunta obtuve una respuesta muy diferente:

—Buenos días, ¿le importaría decirme si esta fotocopia se ha hecho aquí?

—Sí, ha sido aquí, ¿por?

El primer paso había sido mucho más fácil de lo que me esperaba, solo había que saber dónde y a quién preguntar. Ya conocía el lugar donde se había hecho la fotocopia, ahora necesitaba datos para identificar al autor. Opté por ser sincero y contar la verdad, algo que, en según qué asuntos, puede ocasionar bastantes problemas, pero no era el caso.

—Mire, trabajo para una compañía de seguros y hemos recibido este papel. Supuse que se había fotocopiado aquí por la cercanía con esta dirección. Necesito algún detalle para ponerme en contacto con la persona que lo hizo.

—No sé si debería, pero bueno… supongo que esto es algo legal —respondió el dependiente—. Aunque la verdad yo no conocía a la persona que lo hizo, no era cliente

habitual. Me llamó la atención, porque no es normal que tenga que fotocopiar recortes de periódico, me pareció como de película y por eso me acuerdo.

—¿Podría darme al menos una descripción de cómo era?

—Era una señora mayor, de aproximadamente setenta años, entrada en carnes, pero bastante normal. No puedo decirle mucho más.

—¿La reconocería si volviera a verla?

—Supongo que sí.

—Muchas gracias por su colaboración, me ha sido de gran ayuda.

Aunque no parecía muy aclaratorio, ahora tenía mucho más que al principio: había conseguido un perfil, alguien a quien buscar, se reducían las opciones a señoras de más de setenta años y, acudiendo al sentido común, supuse que debían vivir en el barrio.

Tenía que partir de una hipótesis para pasar a un segundo nivel, así que decidí empezar la búsqueda en el mismo edificio del asegurado, ante la posibilidad de que hubiera sido una vecina.

El edificio tenía cinco alturas, dos viviendas por planta, y estaba situado en una zona humilde de un barrio de la periferia de Zaragoza. Sus paredes de cemento visto, y el estado de los materiales, sugerían que nos encontrábamos ante un inmueble antiguo, por lo que no sería extraño encontrar bastante gente mayor en el interior.

Cuando le planteé a Martín los avances en mi investigación, él me sugirió montar una vigilancia en la entrada de la vivienda para retratar a todas las personas de esa edad, y eso hice.

Me aposté en un lugar cómodo, a la sombra, dentro del coche esperando pacientemente a que abandonase la vivienda alguna señora que pudiera cumplir con las características definidas por mi confidente. Provisto de cámara fotográfica con teleobjetivo y una botella grande de agua, me dispuse a retratar a todas y cada una de las personas que abandonaban o entraban al inmueble.

Diez horas después, tan solo había podido grabar a dos señoras de edad aproximada saliendo del portal. El resto no presentaban las características descritas, así que se me ocurrió una idea mejor para amortizar el tiempo. Pensé en crear un método más eficiente, una acción más proactiva que redujese el tiempo de ejecución y al mismo tiempo me proporcionase una información más completa.

Me acerqué a un bazar y compré varios productos de limpieza de la misma marca. Elaboré una encuesta de diez preguntas y, a la mañana siguiente, me dirigí casa por casa preguntando si estarían dispuestos a probar estos productos de limpieza a cambio de responderme unas simples preguntas.

Conseguí que me abrieran casi el cien por cien de la viviendas; las vecinas se animaban unas a otras al ver que había venido un señor que regalaba artículos de limpieza a todo el vecindario.

—Buenos días, estamos haciendo un estudio sobre hábitos de compra de productos de limpieza en la gente mayor. Está dirigida a mujeres alrededor de setenta años, ¿hay alguien en la vivienda que cumpla esas características?

Provisto de cámara oculta sobre la solapa de mi chaleco conseguí una imagen de cada una de las señoras de esa edad que vivían en el inmueble. Ahora solo faltaba verificar cuál de ellas era, así que realicé una captura de cada una y me acerqué de nuevo a la papelería con un muestrario de imágenes.

El dependiente reconoció a la susodicha, se trataba de la vecina que vivía en el piso tercero, encima del asegurado, doña Manuela. No hay nada parecido a la euforia que se

siente cuando consigues un éxito en investigación privada. Anoté la siguiente frase en *Mi cuaderno de reflexiones:*

La palabra imposible no debe existir en el vocabulario de un detective privado.

Siempre existe una forma de resolver un problema, solo hay que buscar el enfoque adecuado, definir unos objetivos claros y aplicar la imaginación. Reflexioné durante horas acerca de las cualidades que debe tener un detective privado y llegué a la siguiente conclusión:

Paciencia, determinación, sentido común y una pizca de ingenio.

Más adelante supimos que la noche de los hechos declarados, doña Manuela no podía dormir y, sobre las 4.00 am, se asomó por la ventana de su cocina para fumar un cigarrillo cuando, de pronto, vio a un hombre con una gorra y jersey de rayas salir del portal en la penumbra con varios artículos envueltos en una manta. Corrió hasta la esquina y, tras dejarlos junto a la pared, regresó de nuevo al portal. Entonces doña Manuela sintió un potente ruido en el piso de abajo, y volvió a ver salir al hombre a toda prisa con varias bolsas de viaje rebosantes, doblando de nuevo la esquina.

Ante esta situación, la señora salió de su casa y vio que la cerradura de Federico había sufrido un fuerte impacto y la puerta se encontraba semiabierta. Entonces bajó a la calle y corrió hacia la esquina, donde vio al supuesto ladrón introducir todos los enseres en el maletero de un vehículo rojo. Comunicó los hechos a la policía y se fue a dormir.

A la mañana siguiente encontró a varios vecinos junto al portal comentando la situación, asustados por lo que había sucedido. En ese instante apareció don Federico al volante de un vehículo rojo, misma marca y modelo que el que vio la vecina la madrugada anterior. El asegurado se hizo el sorprendido al ver su puerta forzada y precintada, sin caer en la cuenta de que llevaba puesto el mismo jersey de rayas que el hombre que vio doña Manuela salir con los enseres, volver a entrar, golpear la cerradura y salir con más bolsas alejándose al volante del coche rojo.

Ese viaje fue muy productivo, recorrí más de tres mil kilómetros visitando varias provincias españolas, resolviendo uno a uno todos los expedientes que me había asignado Martín. Terminaba un caso, dormía unas horas en un hotel de carretera, o incluso en el coche, y ponía rumbo a otro destino para amanecer ya en el lugar de trabajo.

Utilizando un método similar al empleado en el caso del anónimo, encontré al delincuente escondido en el sur de Andalucía; con cautela conseguí acreditar la falsa lesión del funcionario suspicaz, a quien pillé montando en bicicleta con una supuesta lesión invalidante en Valencia; identifiqué a los moradores de una casa ocupada ilegalmente en Bilbao, etc.

Dos semanas después, ya en Madrid, me reuní con Martín. Él no había tenido noticias mías desde el caso del anónimo y desconocía cuál era el resultado de las investigaciones.

Saqué de mi mochila el taco de expedientes que había recibido. Dentro de cada uno

de ellos había incorporado un informe y una cinta de vídeo MINI DV (formato en el que se grababa en esa época).

Fui explicándole uno a uno lo sucedido en cada caso, las actividades que había realizado y los resultados obtenidos. Noté que él estaba asombrado. Cada vez que le leía las conclusiones de un encargo levantaba la ceja, como si no diera crédito a lo que veía. Seis expedientes resueltos en dos semanas, y no trabajos cualquiera, sino especiales.

Su profunda e intimidatoria mirada ahora había sido sustituida por una mirada diferente, más inofensiva, diría que incluso amable. La expresión de su rostro había cambiado por completo.

Giró su enorme cuerpo, rebuscó en la repisa que se encontraba a su espalda y, al volverse, tenía un nuevo taco de expedientes que extendió sobre la mesa.

Recuerdo sentir un escalofrío en la espalda, supe en ese mismo instante que me esperaba una intensa y fructífera relación profesional.

Al salir de la oficina con mi mochila llena de nuevos encargos escribí en *Mi cuaderno de reflexiones*:

Conviértete en la solución y no
te faltará trabajo.

Con el tiempo he aprendido la importancia de la determinación a la hora de afrontar cualquier encargo. El detective privado profesional debe proyectarse previamente en la solución del problema. Es lo que suelo denominar *proyección operativa*. Visitar mentalmente la zona de trabajo, imaginar que estás ya ahí resolviendo el problema y que ya estás aquí terminando el informe que da respuesta a las problemáticas planteadas por el cliente. Todo lo que sucede entre una cosa y otra es un camino que se recorrerá, sin duda, si estás dispuesto a ello. Recordé una vieja frase que leí en alguna parte:

Los problemas no existen, son soluciones
que aún no hemos encontrado.

Los siguientes años transcurrieron de forma muy intensa. Me convertí en uno de los proveedores de confianza de la empresa de Martín, lo que me sostenía económicamente y me garantizaba un buen número de experiencias.

Vivía para trabajar, atendía un encargo, realizaba el informe y ya tenía otro sobre la mesa en cualquier otro punto de la geografía. Mi familia empezaba a sentir mi ausencia y yo un importante agotamiento físico y mental.

Dado el nivel de implicación y la responsabilidad adquirida, los emolumentos pactados ya no eran tan atractivos; los trabajos no estaban exentos de gastos, y la cantidad que percibía al final no era tan interesante. Me ayudaba a mantenerme en la rueda productiva y a pagar todas mis facturas, pero no me permitían progresar. Y, desde luego, desconocía lo que era tener calidad de vida.

Años atrás había alquilado un pequeño despacho, que apenas usaba, en la Gran Vía de Madrid. Pensé que ya era el momento de atender clientes propios. Sabía que ya estaba preparado para dar respuesta a las problemáticas de todo tipo de clientes. Así que decidí seguir formándome en materias prácticas, propias del mundo de la gestión

empresarial. Me matriculé en distintos cursos de gestión de empresas, dirección de equipos, liderazgo, comunicación y atención al cliente, etc. Dispuesto a emprender mi camino como pequeño empresario.

Poco a poco fui recibiendo más y más encargos de empresas y particulares, que traté de simultanear con algunos expedientes de Martín pero, como es natural, cada vez tenía menos tiempo para dedicar a sus trabajos. Mis clientes requerían toda mi atención y, por qué no decirlo, mis trabajos estaban mejor cotizados que en la empresa a la que venía proveyendo. Así que, como no quería defraudar a Martín, decidí tener una conversación con él en sus oficinas.

—Buenos días, Martín.

—Buenos días, David. ¿Qué se te ofrece?

—En primer lugar debo agradecerte toda la confianza que has depositado en mí estos años, pero quería hablar contigo.

—Lo sé, David, no hace falta que me expliques nada, ya me he dado cuenta de que cada vez tienes menos disponibilidad para atender mis encargos. Supongo que tienes trabajo por tu cuenta.

—Efectivamente, debes saber que la energía que destino a vuestros expedientes me está pasando factura. Paso mucho tiempo fuera de casa, muchos viajes, y las condiciones económicas pactadas no compensan el esfuerzo empleado.

Martín me miró pensativo, y acariciando su barbilla con su mano izquierda me dijo:

—Podríamos hablar de mejorar tus condiciones, pero tengo la impresión de que tu decisión está tomada.

—Eso es, cada trabajo que hago para un cliente particular me supone exactamente el triple de lo que gano aquí —expliqué.

Mi familia se merece que pase más tiempo con ellos y empiece a intentar encontrar un equilibrio.

—No te preocupes, David, es natural, lo entiendo. Contaremos contigo cuando te necesitemos, y si alguna vez te falta trabajo, no dudes en llamarme.

Me levanté, nos dimos un abrazo y me marché con una extraña sensación de pérdida, como si nuestra despedida fuera para siempre. En *Mi cuaderno de reflexiones* apunté la siguiente frase:

Si tu decisión es avanzar, camina y no mires atrás.

4. Suerte para una vida improvisada

Ya no contaba con el respaldo de una gran compañía que me suministraba expedientes y asistencia, ahora tenía un despacho de detectives, un negocio en el que todos los días recibía llamadas de clientes con problemas. Debía proyectarme en su necesidad, y resolverla con todos mis recursos.

Era el propietario de un negocio que consistía en absorber las ansiedades de la gente; mi faceta introspectiva se iba desvaneciendo, dando paso a una más práctica y mucho menos espiritual. De esa etapa quedaron grabadas en mi alma algunas máximas que marcarían las líneas directrices que debía seguir en mi vida. En general, cuestiones elementales básicas, que quedaron impregnadas en mi ser. Pero ya apenas tenía tiempo para reflexionar sobre ellas.

Ahora tenía un objetivo y una responsabilidad: crear y sostener un negocio con el que ayudar a las personas.

Una vez anoté en *Mi cuaderno de reflexiones* la frase:

Caminar es fácil, cuando sabes cuál es tu camino.

A pesar de que en este momento de mi vida tenía una situación sentimental complicada, y en mi entorno había personas que me producían un importante sobresfuerzo, desgastándome energéticamente, dentro de mi había una extraña sensación de felicidad. Pocas veces me sentía cansado, siempre había una fuerza superior que me levantaba. Ya no contaba las horas que trabajaba, simplemente lo hacía. Sabía que quería construir algo grande, me había visualizado al frente de una prestigiosa firma de investigación, y eso era motivación suficiente para despertarme cada mañana, olvidar los problemas de mi vida personal y centrarme en el objetivo. Entendía que para crear algo hay que partir de cero. Así que olvidé mis arraigos, eliminé todo rastro de apego a mi pasado, soñé con un futuro mejor y me dediqué a trabajar día y noche, sin descanso. Escribí en *Mi cuaderno de reflexiones:*

Olvida tu pasado, trabaja tu presente
y confía en el futuro.

Una mañana me despertó el teléfono sonando insistentemente. Vivía en un apartamento céntrico de la capital y me había acostado bastante tarde y cansado después de una jornada de más de doce horas de seguimiento intensivo. Desperté y vi un número desconocido, lo silencié inmediatamente y colgué para evitar responder con voz espesa.

Apenas había vuelto del baño, cuando me percaté de que tenía varias llamadas perdidas de ese número, sin duda se trataba de algo importante.

Preparé un café rápido, aclaré mi garganta y devolví la llamada:

—¿Buenos días?

—¿Eres David?

—Sí, sí, soy yo. ¿Quién es? ¿Qué desea?

—Gracias a Dios que te he localizado, soy Marta, tu clienta.

—¡Ah, sí! Marta, cuéntame, pareces preocupada.

Se trataba de una de mis últimas clientas, teníamos un caso en curso. Se encontraba en un proceso de divorcio contencioso, y su marido alegaba no tener ingresos para hacer frente a la pensión de alimentos. En investigaciones anteriores no habíamos siquiera logrado encontrar su domicilio actual, necesitábamos centrar su vivienda y relacionarle con alguna actividad laboral, profesional o comercial que sospechábamos que tenía. Pero el marido era un abogado muy instruido y no nos lo puso nada fácil.

—Necesito tu ayuda urgente —susurraba la clienta con una tímida voz entrecortada.

—Mi exmarido está en casa, está recogiendo el resto de cosas suyas, las está cargando en su coche. Va muy arreglado, posiblemente pueda ir a trabajar a algún sitio. ¿Sería posible seguirlo?

Podría haber respondido: «Marta, me temo que no va a dar tiempo. Aún tengo que vestirme, coger el coche y llegar. Tardaría, como mínimo, treinta minutos».

Sin embargo, pensé en la dificultad que habíamos tenido para localizar el domicilio del investigado y que, posiblemente, fuera la única oportunidad que teníamos de saber dónde vivía y poder encontrar su fuente de ingresos. Sin dudarlo un instante más, pensé que merecía la pena intentarlo.

—Voy ya, por favor si se va antes de que yo llegue me avisas.

—De acuerdo, David, ¡gracias! De todas formas intentaré entretenerlo para ganar el mayor tiempo posible.

Terminé el café de un trago, me vestí en dos minutos con la ropa del día anterior que aún estaba sobre la cómoda del dormitorio. Olía a rancio por la dura jornada vivida el día antes, pero no podía perder ni un segundo. Cogí la videocámara que se encontraba cargando en el salón y, sin siquiera peinarme, salí corriendo hacia el garaje.

Efectivamente, la distancia que me separaba de la casa de la clienta era de aproximadamente unos veinte kilómetros, que recorrí a toda prisa. Confieso que cometí algunas infracciones de tráfico para poder llegar a tiempo, sobre todo por que la carretera empezaba a saturarse con los coches de los trabajadores que acudían a empezar su jornada.

A los veinticinco minutos me encontraba junto a la casa de Marta. No sabía si el investigado continuaba allí, lo daba por hecho al no tener llamadas perdidas de mi clienta, pero tampoco quería llamar por si estaban juntos.

Al instante, vi a don Ramón abandonar la vivienda arrastrando una maleta tipo *trolley*. Ciertamente vestía muy arreglado. Lucía un flamante flequillo engominado e iba ataviado con traje de chaqueta, abrigo de paño negro y una colorida bufanda enrollada al cuello.

Llevó la maleta hacia la parte trasera del edificio, donde tenía estacionado su BMX X3 de color gris. Mientras cargaba la maleta en los asientos traseros empecé a recibir llamadas de mi clienta. Entendí que era para avisarme de que ya salía de casa y opté por colgar para intentar capturar algunas imágenes.

Conseguí grabar a don Ramón desde mi coche y procedí al seguimiento de su vehículo. Circuló por varias calles del barrio, si bien detecté que conducía de forma extraña. Parecía que miraba el retrovisor más de la cuenta.

Al llegar a la primera rotonda dio dos vueltas a la misma y prosiguió lentamente su camino.

Esta maniobra ya la había visto otras veces. Obviamente, se trataba de una técnica de control; el investigado quería asegurar que nadie le seguía. Suerte que ya tenía mucha experiencia en estos casos y pude detectarlo a tiempo. Estacioné a un lado y le dejé marchar, viendo cómo su vehículo se alejaba lentamente en la distancia.

Por mucha rabia que nos dé, en un servicio de investigación privada debemos ponderar las variables *seguridad-efectividad*. No podemos dar continuidad a un seguimiento si sabemos que hay un alto riesgo de ser descubiertos. En caso de forzar la situación, si el investigado se da cuenta de nuestra presencia, las consecuencias pueden ser catastróficas, sobre todo para nuestro cliente.

Cuando ya daba por perdido el servicio, y contra todo pronóstico, observé cómo un taxista descargaba a su pasajero a unos metros de mí, y no dudé un instante en meterme en la parte trasera. No sabía siquiera si llevaba dinero en la cartera para pagar al taxista, pero me arriesgué igualmente.

—Buenos días, ¿dónde quiere que lo lleve? —preguntó el conductor.

—De momento, conduzca en esa dirección —dije yo.

Para no desvelar la verdad de lo que estaba sucediendo, se me ocurrió decirle que mi cuñado le estaba siendo infiel a mi hermana y que necesitaba saber a dónde iba.

—¿Podría acelerar lo máximo posible? Nos saca varios minutos de distancia. Es un BMW X3 de color gris al que he perdido de vista al final de esta avenida.

—Claro —dijo el taxista. Y aceleró su vehículo al tiempo que me confesaba que ya había hecho esto otras veces. Que una vez tuvo que llevar a un detective hasta el aeropuerto detrás de un investigado.

Ese conductor se lo tomó muy en serio. Tuvo que esquivar varios coches, y hacer algunas maniobras evasivas para no quedarse atrapado en el denso tráfico de la mañana. En ese momento vimos al BMW X3 girando a la derecha en dirección al aeropuerto, y le dije:

—Pues me parece que esta va a ser su segunda vez. Yo también soy detective, pero no he querido asustarlo —me excusé.

—Ya lo sabía —replicó el taxista—. No me he creído lo de su hermana. Además, se le ve la cámara en el bolsillo de la cazadora. Llevo muchos años… No se preocupe, lo hago encantado, ¡esto añade emoción a mi trabajo!

—Eso sí, tenga mucho cuidado por favor, mantenga la distancia porque es una persona bastante suspicaz, —le advertí.

En efecto, el taxista tenía mucha destreza. Se notaba que le gustaba y lo estaba haciendo estupendamente. No tuve que corregir ni uno de sus movimientos; además, el investigado estaba de lo más confiado. Se sentía seguro al haber salido de la zona sin ningún vehículo al acecho, y jamás se imaginaría que el taxista que va dos coches más atrás lleva a un detective como pasajero.

Llegamos al aeropuerto de Madrid-Barajas. Allí condujo hasta uno de los aparcamientos donde dejó su vehículo estacionado. A continuación sacó su *trolley* del maletero y se introdujo en el ascensor.

—¡Gracias por su ayuda! —le dije al taxista.

—¡De nada, hombre!, ¡que tengas mucha suerte! —contestó, mientras sacaba el ticket de la máquina por valor aproximado de unos 30 euros.

Saqué la cartera pensando en que tendría que inventarme alguna excusa, dejarle el

DNI, mi teléfono o algún tipo de garantía de pago, ya que entonces no era habitual pagar con tarjeta bancaria a los taxistas. Pero, por fortuna, tenía 50 euros en la cartera que había sacado el día antes del cajero, y no recordaba.

—Tome, por sus servicios. —Y le entregué alegremente el billete, antes de salir disparado.

—¡No hombre, no hace falta tanto!

—Quédeselo, por favor, me ha salvado el día —grité.

Salí corriendo hacia el ascensor. Sin embargo, no conseguí entrar con él y tuve que montarme en el siguiente. Deduje que se dirigía hacia el control de accesos.

Perdí dos o tres minutos vitales, pues cuando llegué al *hall* de entrada, había una gran afluencia de personas y no lograba alcanzar con la vista al investigado.

Busqué desesperadamente, a la vez que me dirigía hacia el control de seguridad, pero no había forma de encontrarlo entre la multitud.

Mientras esperaba que pasase por el control de accesos aproveché para llamar a la clienta, a quien había colgado cuando el investigado salió de su casa.

—Hola, Marta.

—Hola David, te he llamado varias veces —me dijo con tono de preocupación.

—Sí, he visto las llamadas, pero no podía responder

—Era para decirte que no le siguieses. Es muy listo, y sabe que le he puesto un detective. Me lo ha dicho en casa. Quise avisarte, pero no me lo cogías.

—Ya es tarde, Marta —le dije.

—¿Cómo? Pero ¿entonces te ha pillado? —exclamó con inquietud.

—No te preocupes por eso. Tomó sus medidas de control, me percaté y encontré una solución alternativa. Ahora estamos en el aeropuerto.

—¿Qué? ¿Se va de viaje?

—Sí, más bien te llamo por si sabes hacia dónde puede ir, ya que aquí hemos perdido el contacto visual.

—¡No tengo ni idea! —me dijo exaltada—. Solo sé que tiempo atrás venía trabajando para una empresa belga. Sería interesante acreditar que aún trabaja con ellos. Si tuvieras que ir con él a algún sitio, no te preocupes, cubro yo todos los gastos.

—Vale, Marta, gracias. Ahora tengo que dejarte.

Corrí hacia el mostrador de una compañía belga que operaba en el aeropuerto y, ¡*voil*à*!* Allí vi a un señor en la cola que indudablemente se trataba de don Ramón. Su reluciente flequillo engominado y su colorida bufanda eran inconfundibles.

Me pegué a su espalda, mientras él formulaba una consulta a la operadora, pero no logré escuchar nada. Sí que vi que le mostraba sus billetes a la mujer que le atendía. Ella señaló el camino por donde debía ir y se despidió muy amablemente.

Era mi turno, debía saber a dónde viajaba, y no dudé en preguntarlo.

—Disculpe, señora, ¿adónde viaja el señor que acaba de atender?

La mujer podría haberse negado a responder, pero por suerte no lo hizo, y me dijo:

—A Bruselas, en el vuelo de las 13.30 horas.

—¿Tiene billetes? —pregunté

—Déjeme ver… Sí, queda uno, en turista, el precio son 450 euros.

Sin dudarlo un instante le pedí el billete, lo pagué con mi tarjeta de crédito y salí corriendo tras su rastro.

Aún quedaba hora y media para la salida del vuelo. No me creía que hubiera podido llegar a conseguir un billete en el mismo avión que el investigado. Pero así fue.

Con el pasaje en la mano pasé el control de seguridad y me dirigí hacia la puerta de embarque correspondiente.

Allí estaba don Ramón con su pequeña maleta. Leyendo un periódico, esperando a ser llamado para embarcar. Jamás podría imaginarse que el detective al que intentó despistar en su barrio estaba allí con él, sentado a dos metros de su espalda, a punto de partir hacia Bélgica.

Yo estaba chorreando de sudor. Vestía la ropa del día anterior y como único equipaje llevaba mi cartera, mi teléfono móvil, mi videocámara y mi pequeño cuaderno.

En el avión repasé cómo había sido mi día, y aún no podía creer la cadena de acontecimientos que sucedieron por casualidad:

- Llegué a la casa del investigado justo en el instante en que salía (si hubiera llegado un minuto después, no le habría visto).
- Si le hubiera cogido el teléfono a la clienta, posiblemente habría seguido sus instrucciones y no le habría intentado seguir.
- El taxi apareció justo en el momento en que perdía el contacto visual con el investigado.
- Gracias a que era un conductor experimentado y estaba receptivo dimos alcance a don Ramón.
- Tenía un billete de cincuenta euros que había sacado el día antes del cajero automático, con el que puede pagar rápidamente la carrera del taxista.
- En el aeropuerto conseguí encontrarle, y lo que es más difícil aún, la operadora que me atendió me reveló el vuelo y la hora a la que salía.
- Increíblemente, aún quedaba un pasaje libre para mí.

Reflexioné durante el viaje, apuntando las siguientes frases en *Mi cuaderno de reflexiones:*

SIN EL FACTOR SUERTE, SERÍA IMPOSIBLE EL TRABAJO DE UN DETECTIVE PRIVADO.

Sin embargo, nada de esto habría sucedido si no hubiera tomado la decisión primera de apostar por acudir a cubrir el servicio, a pesar de la dificultad que suponía. Si cedo a la pereza, si doy por perdido el caso, si pienso que no me va a dar tiempo, jamás habría podido llegar hasta este punto.

Tres horas más tarde aterrizamos en el aeropuerto de Bruselas; estaba realmente cansado y me encontraba ante una gran zona de incertidumbre. Desconocía cuáles podrían ser los siguientes pasos del investigado, dando por hecho que debía tener mucha suerte para poder dar continuidad al seguimiento. Las variables eran inciertas: podría cogerse un taxi hasta su hotel, o ser recogido por alguien que pudiera estar esperándole, etc.

Salimos juntos hacia el exterior del recinto, se dirigió hacia el parking, donde, en efecto, le esperaba un vehículo negro. El chófer introdujo su equipaje en el maletero y marcharon hacia la salida, donde no tuve posibilidad de seguirles.

El servicio parecía haber terminado, pero un contacto me ayudó a averiguar la titularidad del vehículo que recogió a don Ramón. Estaba registrado a nombre de la empresa Petrolium Tremens, con domicilio en una población cercana a Holanda.

Tomé un vehículo de alquiler y puse rumbo a dicha localidad, donde me alojé en un

pequeño hotel rural que había en el pueblo. Recuerdo que el dueño del alojamiento quedó pasmado al ver un español sin equipaje a esas horas de la noche. Creo que el aspecto y el olor que yo presentaba en ese momento no le generaban mucha confianza.

A la mañana siguiente, tras un reparador descanso, y ya con las pilas cargadas, tomé un gran desayuno y me dirigí a la empresa en cuestión, donde pude concluir con éxito la investigación al ver a don Ramón bajar del vehículo que le recogió la noche antes para acudir a una entrevista con su cliente. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

El detective sigue al objetivo; la suerte,
al detective.

5. Mentiras, engaños y traiciones… con cariño

Mi cartera de clientes crecía poco a poco, empresas y particulares confiaban en mí sus problemas, a los que trataba de dar respuesta con todos mis recursos. Quizá, a veces, ayudado por algún compañero o colaborador *freelance*. Pero lo cierto es que me encontraba solo al frente de una marca que empezaba a conocerse en el sector de la investigación.

Estaba bien posicionado, y la formación que había recibido sobre gestión empresarial la estaba explotando al límite.

Yo me encargaba de todos los procesos del negocio: el marketing, la atención al cliente, la investigación operativa… redactaba el informe, me encargaba del cobro y el recobro, y acudía, cuando era el caso, a ratificar el contenido a los tribunales de justicia. Lo curioso es que para los clientes todo funcionaba como una gran empresa, no podían imaginar que todo lo hiciese la misma persona.

Mi vida era la investigación, no hacía otra cosa que trabajar. Tenía encargos todos los meses, que trataba de cubrir uno detrás de otro. Cuando se me solapaban buscaba ayuda a mi alrededor. Paco, mi antiguo compañero y gran amigo, me sacó de muchas. Aun así, vivía en una completa incertidumbre. No podía planificar ningún evento, y tampoco sabía cuánto iba a facturar el mes siguiente. Prever era una misión imposible en mi vida. Esto es algo muy habitual en este sector, un trabajador autónomo debe renunciar a muchas cosas si quiere sacar adelante su negocio, y acostumbrarse a vivir en la incertidumbre. Nuestras jornadas de trabajo son muy superiores a la media del resto, y la tensión que se sufre no se parece a ningún trabajo que haya conocido antes. Parece obvio, pero reflexionaba frecuentemente sobre la frase:

Sin esfuerzo ni sacrificio no hay oficio.

Me levantaba cada día dispuesto a comerme el mundo, a hacer crecer mi negocio ayudando a las personas que quisieran confiar en mí. Cuando me sentía cansado, me imaginaba en una barca, solo en medio del océano. Tenía dos opciones: dejarme llevar por la marea y quedar a merced del destino, o confiar en que todo esto tenía sentido y seguir remando con fuerza para conseguir la inercia suficiente que me llevase hasta la orilla.

De algún modo sabía que todo el esfuerzo que estaba haciendo tenía sentido, entendí la importancia de la voluntad para conseguir tus objetivos profesionales. Ya no enfermaba, si alguna vez caía resfriado me curaba en el coche, esperaba a que se me pasara la fiebre y continuaba trabajando como si nada. Me sentía invencible, me sentía inmortal.

En *Mi cuaderno de reflexiones* solía escribir frecuentemente frases como:

No hay mejor antídoto que el trabajo
y la motivación.

A veces me asaltaba una sensación de miedo. Todo dependía económicamente de mi trabajo. No podía flojear, pero no podía dejarme llevar por la duda. Debía proyectarme en la certeza y crear un negocio que perdurase en el tiempo si quería vivir tranquilo en algún momento. Convertí el sacrificio en una costumbre y escribí en *Mi cuaderno de reflexiones* la siguiente frase:

UNA BUENA TORRE SOLO SE SOSTIENE CON
UNOS SÓLIDOS CIMIENTOS.

Desbordado por la carga de trabajo, decidí sacar del cajón la carpeta donde almacenaba los currículos que solían enviarme. Me animé a contratar a un ayudante. Tenía contactos de todo tipo: detectives en paro, funcionarios de las fuerzas y cuerpos de seguridad que querían pasarse al ámbito privado, extranjeros que querían trabajar en España, un buen número de estudiantes a punto de terminar la carrera, y hasta un cura que al salir del seminario tuvo una crisis de fe y decidió cambiar de aires.

Me decanté por Julia, una estudiante motivada con ganas de aprender, de cuya formación me encargué durante un tiempo. En pocos meses ya estaba lista para descargarme de un buen número de tareas administrativas.

Ella atendía la oficina mientras yo estaba fuera trabajando en la calle. Se encargaba de elaborar contratos, facturas, de realizar gestiones en organismos y, a veces también, de buscar información en fuentes abiertas.

Ahora el esfuerzo era compartido, tenía alguien en quien descargar tareas tan improductivas como necesarias que me robaban tiempo y energía y ralentizaban mi crecimiento y el de la agencia.

Fueron tiempos de mucho trabajo. Había aumentado la contratación de servicios de ámbito personal y familiar. Cada caso me reportaba nuevas enseñanzas sobre la conducta humana y, por ende, sobre mí mismo. Con los años me di cuenta de lo presente que está la mentira en nuestra profesión. Mienten los clientes, mienten los investigados… Los engaños y las traiciones están más presentes en la vida de lo que una persona puede imaginarse.

Cierto día acudió a la oficina Carmela, una mujer de unos sesenta años que se sentía muy preocupada por la relación que mantenía su hija con su prometido Cosme.

—Señor, creo que mi futuro yerno es un impostor.

—¿Impostor?, ¿a qué se refiere? —contesté.

—Hace unos años mi hija se enamoró de un chico, a quien no tardó en presentarnos. Es muy educado y va muy bien vestido, con un nivel intelectual alto y según él negocios de desarrollo informático en el extranjero…

—¿Qué tipo de negocios?

—Nunca nos lo ha contado en concreto, soluciones tecnológicas. Dice que tiene un problema legal con sus socios y que por el momento solo recibe un sueldo mensual de la empresa, hasta que se resuelvan. El caso es que nos dice que pertenece a la realeza. Que es conde de «nosequé», y que sus padres y hermanos están repartidos entre Austria y París.

—Fingir ser un conde no debe ser sencillo —dije—, el refinamiento de la aristocracia requiere grandes dotes interpretativas…

—Sí, claro, eso es lo que más nos desconcierta —replicó la mujer—. Su aspecto

físico y su comportamiento son dignos de tal condición. Está obsesionado con el protocolo. Cuando come o cena en casa nos instruye en cuanto a la colocación de los cubiertos, etc. Tiene una vivienda en La Moraleja [una exclusiva zona de Madrid], pero está esperando a que se vayan sus inquilinos para irse a vivir allí con mi hija.

—¿Ha estado usted en esa casa? —pregunté.

—No, pero he visto las fotos. Es una casa preciosa, valorada en más de un millón y medio de euros. De momento vive con nosotros, hasta que se resuelva también esa situación. Pero lo más grave de todo esto es que mi hija y él se iban a casar la semana próxima, y hoy nos ha comunicado que no se va a poder celebrar la ceremonia por motivos de salud de su madre. Estaba todo organizado, la iglesia reservada, el banquete en uno de los mejores restaurantes de Madrid y todas las invitaciones enviadas. De hecho, muchos de los invitados por parte de nuestra familia ya les han mandado los regalos.

—¿Y por parte de la familia de él?

—Que yo sepa, no.

—¿Ustedes conocen a su familia?

—No, dice que es gente muy ocupada, y viven en el extranjero. Esperábamos conocerlos el día de la boda.

—Señora, mucho me temo que su yerno ni es aristócrata, ni tiene una casa en La Moraleja, ni ha enviado las invitaciones a su familia… no tengo ninguna duda de que todo es un montaje, pero le animo que contrate este servicio con el fin de conocer las intenciones de esta farsa.

Después de explicarle nuestro modo de trabajar y las condiciones en que aceptaríamos el encargo, la señora decidió contratarnos.

El joven les dijo que debía viajar a ver a su madre enferma a París, así que teníamos una oportunidad única para conocer a su familia y verificar su linaje. La idea, como es natural, era seguir a Cosme hasta su madre. Como el tiempo apremiaba, no sobraba ni un minuto, había que partir de inmediato, así que pospuse la tarea de verificar el presente y pasado del sujeto para más adelante.

Ese mismo día seguí a Cosme y a Sara, la hija de nuestra clienta, que desconocía que estábamos detrás, hasta el aeropuerto de Madrid-Barajas. Tras una conmovedora despedida, el joven pasó el control para tomar el vuelo a París, quedando la chica descompuesta por unos minutos, sentada en un banco, cabizbaja, ocultando el inevitable llanto bajo su larga melena negra.

Aterrizamos en el aeropuerto de París-Orly, donde esperábamos encontrarnos al chófer del chico en la puerta, tal y como le había narrado a su prometida antes de volar.

Pero no existía tal chófer, un taxi le llevó al hotel Kyriad, ubicado a escasos 3 kilómetros del aeropuerto, en una zona completamente despejada y lejos del casco urbano. Suerte que nuestro socio local ya nos tenía preparado un vehículo para dar continuidad al seguimiento desde el aeropuerto.

Nos extrañó la situación, pensábamos que se trataba de una opción improvisada que había tomado por algún tipo de imprevisto, pero que alguien acudiría a buscarle a la mañana siguiente.

Solicité a la recepcionista una habitación con vistas a la entrada principal del hotel y monté guardia desde el interior de la misma esperando su salida.

A la mañana siguiente decidí hacer la maleta y aguardar en la cafetería, con vista directa a la recepción. A los pocos minutos vi a Cosme acudir a recepción y charlar

animadamente con la recepcionista, a la vez que se disponía a tramitar el registro de salida del hotel. Aproveché que estaba entretenido para acercarme y, situándome de espaldas al investigado frente a una cristalera con unas vistas preciosas a la montaña, me dispuse a escuchar la conversación:

—¿Que tal la estancia, señor?

—Formidable, como siempre. Me gusta este hotel porque está muy cerca del aeropuerto, y cuando hay que esperar para hacer escala es muy cómodo.

—¿Adónde se dirige ahora? —preguntó la recepcionista.

—A Ginebra —respondió Cosme—. Mi vuelo sale dentro de dos horas.

* * *

Suspendí temporalmente la escucha porque tenía una prioridad: gestionar un billete de avión para el vuelo de Ginebra que partía dos horas después. Coordinado esto con Julia, retomamos la conversación justo en el momento en que Cosme le explicaba los motivos de su viaje.

—Estoy haciendo un viaje de terapia —le contaba Cosme a la recepcionista en ese momento.

—¿Cómo es un viaje de terapia? —contestó la joven entre risas.

—Un viaje para olvidar… Iba a casarme el sábado próximo, pero descubrí a mi prometida con mi mejor amigo en la cama. Tuve que fingir la enfermedad de mi madre para poder suspender la boda y no dejarla en evidencia delante de su familia. Así que me he venido a pasar unos días en soledad, no sé qué me encontraré a mi regreso, ni lo quiero pensar…

No salía de mi asombro, la historia había dado un giro novelesco. Quién parecía ser «el malo» podría resultar ser la «víctima», ¿o se trataba también todo de una gran mentira? Era el momento de hablar con mi clienta.

—Carmela, soy David, el detective. Estoy con Cosme, en París.

—¡Gracias a Dios! Pensé que habríais tenido algún problema, temía que le perdierais al llegar. Mi hija está pasándolo fatal, necesito saber la verdad de todo esto…

—No creo que te guste lo que está pasando, y menos lo que acabo de escuchar en boca de Cosme.

—Cuéntame, por favor… —suplicó la clienta.

—Llegamos a París, donde no le esperaba ningún chófer, y un taxi le trajo al hotel más próximo para hacer noche. No se trataba de su destino final, sino de una escala. En dos horas vuela para Ginebra.

—¡No me lo puedo creer! Me ha dicho mi hija que Cosme le ha llamado esta madrugada y le ha contado que ya está en casa de su madre en París. Que ha pasado la noche solo y que ahora se va a reunir con toda la familia en el hospital…

—Pero esto no es todo, Carmen —interrumpí—. Cosme le está contando a la recepcionista que este viaje lo está haciendo por culpa de tu hija. Dice que le ha sido infiel a pocos días de la boda y que la ha tenido que suspender culpándose a sí mismo para no dejarla en evidencia delante de su familia —le expliqué mientras notaba que su ansiedad aumentaba por momentos—. ¡Estate tranquila! No estamos seguros de que eso sea verdad —dije yo intentando tranquilizarla.

—¡Imposible!… ¿Mi hija?… ¿Mintiéndonos a todos? ¡Por favor, David! Confío cien por cien en ti. Necesito que continúes hasta que todo esto quede aclarado.

—Perfecto, pero no le digas nada a tu hija de momento —le advertí—. Necesito que me lo prometas. Es muy importante que nadie sepa que estamos siguiéndolo. Márchate de casa si crees que no vas a poder guardar el secreto. Pero es muy importante que no sepa nada.

Así lo hizo: la madre de Sara fingió un viaje inesperado y se marchó dos días a su pueblo para evitar que se le escapase la información que yo le iba suministrando.

Entretanto, pude seguir a Cosme hasta Ginebra. Viajó en taxi hasta el centro de esa bella ciudad y caminó durante hora y media por sus pintorescas y nevadas calles, visitando algunos lugares emblemáticos como la catedral de San Pedro, o el Parque de los Bastiones… Caminó a lo largo de la orilla del lago Lemán y visito sin prisa el jardín Inglés, tomando incluso algunas fotos del Reloj de Flores, uno de los más grandes y atractivos del mundo, construido con más de seis mil flores que, aunque nevadas, constituían una bella estampa.

Llegado el mediodía se dirigió a una estación de autobuses, donde sacó un billete en una máquina expendedora. Suerte que pude leer el destino porque subir con Cosme a ese autobús hubiese supuesto el fin del trabajo, ya que en el interior solo viajaban cuatro personas y no podía coincidir con él una vez más.

Pude leer claramente «Avoriaz». Así que conseguí un coche y me encaminé hacia esa localidad sin saber siquiera dónde se encontraba.

El navegador del móvil marcaba 150 kilómetros, pero el autobús no salía hasta una hora después, así que tenía unas tres para llegar a ese pueblo de montaña antes que el autobús.

Finalmente conseguí anticiparme a sus movimientos. El pueblo estaba situado en un valle entre blancas colinas. Caía la tarde y las luces de las casas dibujaban un paisaje de ensueño. La conducción era difícil, había que subir un puerto de montaña y las estrechas carreteras empezaban a cubrirse de blanco.

El autobús tardó mucho más de lo esperado, pero puede ver a mi investigado bajar del mismo en la primera parada.

Caminó hacia el centro de la población, dejando sus huellas en la nieve, que iba ganando consistencia. Visitó uno de los pocos bares que se encontraban abiertos a esas horas de la noche. Se trataba de una especie de hostal para esquiadores. En ese momento supe que el pueblo estaba construido a los pies de una inmensa estación de esquí. Pude adivinar entonces las intenciones de Cosme. Había viajado hasta tan lejos para practicar esquí, una de sus grandes pasiones. Y, al parecer, ese paraje perdido en medio de los Alpes era toda una referencia para esquiadores de todo el mundo que buscan deporte y sosiego.

Pero en ese hostal ocurrió algo que nuevamente me desconcertó.

El hospedero hablaba español perfectamente y mantuvo también una breve pero contundente conversación con Cosme.

—Buenas noches… ¿Español? —preguntó el hospedero.

—Sí, ¡ah, qué bien!, hablas español —contestó Cosme.

—Sí, soy de Berna, pero viví en España quince años. Luego volví para montar este negocio y aquí me he quedado.

—Vaya, qué maravilla. Vivir aquí tiene que ser fantástico, aunque supongo que a veces os quedaréis incomunicados, ¿no? Yo vivo en un pueblo de la sierra madrileña, y a nosotros nos pasa muy a menudo. La nieve no nos deja siquiera ir a trabajar en muchas ocasiones.

Este sería un buen comentario para empezar una conversación, si no fuera porque realmente Cosme ni ha vivido ni vive en la sierra de Madrid, sino en casa de su novia en el centro de la capital.

Continuó la conversación y añadió que se dedicaba al mundo de la comunicación audiovisual y que se encontraba en la zona haciendo un trabajo de localización de exteriores. Realmente se dedicaba a la informática, así que no entendí por qué contó al recepcionista tal historia.

Ante esto, ya empezaba a dudar de si la conversación escuchada en el hotel de París era cierta; Cosme parecía mentir demasiado.

Pernocté en aquel hotel, con vistas idílicas a un valle rodeado por las inmensas montañas nevadas. Conseguí alojarme en la habitación contigua a mi objetivo, lo cual me permitía intuir algunos movimientos de Cosme con solo aproximarme a la pared. Así, pude escuchar su despertador a las 8.00 am y cómo se duchó y abandonó su habitación cuarenta y cinco minutos después.

Bajó a la planta primera planta, donde puede ver cómo desayunaba solo en el restaurante, uno de esos abundantes desayunos europeos, a la vez que ojeaba un folleto del club de esquí de Avoriaz. A continuación salió del hotel y se dirigió a un establecimiento ubicado en dicho club, donde se dispuso a alquilar un equipo completo de esquí, botas, traje, gafas…

Pasó toda la mañana esquiando. Montaña arriba y montaña abajo, sin apenas descanso hasta el mediodía.

Entonces acudió a la cafetería del club, donde se sentó junto a una mesa a comer una hamburguesa y beber un par de cervezas. Utilizó su teléfono móvil, momento que aprovechamos para escuchar una última conversación que nos aclaró del todo el problema ante el que nos encontrábamos.

—Carlitos, buenas tardes, ¿a que no sabes dónde estoy?

—…

—Estoy pasando la primera etapa de mi luna de miel en Candanchú, esquiando como cuando éramos jóvenes. ¡Qué ganas tenía!

—…

—Sara está bien, un poco descompuesta por el viaje pero bien. Está durmiendo en el hotel. Estaremos cinco días aquí y después nos vamos a Tailandia diez días.

Una vez más, Cosme mentía. A Carlos, que era supuestamente su mejor amigo de la infancia y estaba residiendo actualmente en Perú, le estaba haciendo creer que ya se había casado y se encontraba disfrutando de una lujosa luna de miel.

No sabía los motivos que le hacían al joven contar esas historias a todo el mundo, pero empezábamos a sospechar que se trataba de un mentiroso compulsivo.

Tras permanecer en la zona otros dos días, comprobando que el investigado estaba disfrutando de lo que muchos años fuera su pasión, nos percatamos de que a cada persona que encontraba a su paso le contaba una historia diferente.

Regresé a Madrid, donde me esperaba Julia con una sorpresa más. Había estado investigando acerca de Cosme, y había descubierto que había vivido toda la vida en Carabanchel, un barrio humilde de Madrid. Su madre había fallecido cuando él tenía doce años y había vivido solo con su padre, pensionista, hasta cumplir la mayoría de edad.

Su propio padre nos contó, evidentemente bajo un subterfugio, que su hijo sufría delirios de grandeza desde muy joven. Nunca aceptó la muerte de su madre, y su

precaria situación le generó un grave sentimiento de inferioridad que soportaba gracias a sus fantasías.

Sus mentiras eran su mecanismo de defensa para no ser consciente de la realidad que le afligía.

Convoqué a mi clienta a una cita, donde le mostré un completo informe que recogía todos los movimientos de Cosme, un buen reportaje fotográfico e incluso testimonio de algunas de sus mentiras.

Le expliqué con todo detalle lo que nos había contado su padre, y la historia conmovió de tal modo a la clienta que rompió a llorar desconsoladamente.

A los pocos días recibí la visita de Carmela y de su hija Sara, quienes me mostraron su agradecimiento de forma muy emotiva. Les pregunté cómo habían resuelto el problema, y me dijeron que habían hablado con Cosme. Al principio él negaba todo, interpretó un gran papel de indignación por tales acusaciones, seguía defendiendo la enfermedad de su madre y su viaje a París con tal convicción que por unos segundos casi las vuelve a engañar de nuevo. Pero solo pudo mantener el tipo durante unos minutos, exactamente hasta que pusieron sobre la mesa el informe del detective.

Al verse fotografiado esquiando en Avoriaz empalideció de pronto y rompió a llorar como un bebé. Lejos de recriminarle su actitud, la familia se abalanzó sobre él y le consolaron uniéndose al llanto.

—¡Perdón!, solo puedo decir… ¡perdón! —sollozaba Cosme—.Me habéis tratado como a un hijo y os he engañado. No os merecéis esto, lo sé, pero no he podido evitarlo —gritaba entre sollozos.

Hay historias que terminan con un final feliz, y la del «falso aristócrata» es una de ellas. Cancelaron la boda y obligaron a Cosme a pedir disculpas a todos los invitados, le facilitaron una coartada para minimizar el impacto y también salvaguardar su intimidad, pero asumieron el asunto como un problema de salud, y lo pusieron en manos del mejor profesional.

Después de un severo tratamiento psicológico, está mucho más centrado, trabaja en la empresa familiar y ya ha contraído matrimonio. Una boda mucho más modesta claro… pero real.

Esta historia me hizo reflexionar sobre lo siguiente:

Las mentiras solo se sostienen con otras mentiras.

Y recordé una frase de Alexandre Pope (1688-1744) que anoté en mi cuaderno de reflexiones:

El que dice una mentira no se da cuenta del trabajo que emprende, pues tiene que inventar otras mil para sostener la primera.

Las mentiras son, generalmente, actos contrarios a la verdad. Sin embargo, existen muchos tipos de mentiras. De eso podemos hablar largo y tendido los detectives privados:

Mentiras piadosas y oficiosas: las primeras se utilizan generalmente para no causar un mal mayor o herir los sentimientos de alguien; las otras para obtener un provecho, pero sin ánimo de causar daño.

Falsas promesas: cuando el mentiroso no tiene intención alguna de cumplir su

palabra.

Mentiras intencionadas o interesadas: creadas como instrumento para conseguir un fin concreto, más cerca del engaño o el fraude.

Mentiras compulsivas: incontrolables y, generalmente, con un origen patológico.

Farsas y ciberfarsas: hoy día la mayoría de la gente miente en sus perfiles, les gusta simular que son personas de éxito o que gozan de cuerpos perfectos. En los casos más severos, detrás de estas mentiras suele haber frustración, falta de autoestima, soledad o depresión.

Autoengaños: no hay más ciego que el que no quiere ver.

Rumores y chismorreos: informaciones difundidas cuya veracidad no puede corroborarse.

Calumnias: falsas informaciones difundidas para causar daño a alguien o influir negativamente en su reputación

Exageraciones: a veces pueden ser mentiras simpáticas para dar énfasis a una historia pero, normalmente, carecen de maldad.

Plagios: apropiarse de ideas o producciones de otras personas

Estafas y fraudes: maniobras ideadas estratégicamente para obtener un provecho, generalmente económico.

No debemos confundir la *mentira* con el *engaño*. El engaño es un acto intencionado, creado por intereses propios. Es hacer creer a alguien algo siendo plenamente consciente de que no es así. Es un tipo de manipulación.

Engañar es también parte del trabajo de un detective privado. A veces debemos hacer creer que somos otras personas diferentes, o que nos dedicamos a cosas distintas, para conseguir nuestros objetivos. Pero también somos víctimas en muchas ocasiones.

Una tarde Julia me pasó una llamada que parecía urgente.

—David, llama una mujer muy nerviosa, que necesita un servicio inmediatamente.

—Ok, Julia, pásamela. —En ese tiempo la situación del despacho no estaba para rechazar llamadas.

—Buenas tardes, ¿dígame?

—Hola, me llamo Diana, vivo en Orcasitas. Mi marido me está siendo infiel y necesito que venga un detective.

—De acuerdo, en veinte minutos podría estar en el despacho. ¿Le reservo una cita?

—¡Imposible! Debería empezar de inmediato —exclamó la señora muy agitada.

Aunque no es deseable actuar de forma tan precipitada, más que nada porque la ley nos exige celebrar un contrato entre ambas partes, en este caso me encontraba cerca de ese barrio, y, por entonces, solía llevar formularios de contrato siempre en mi coche. Así que decidí acercarme al lugar donde se encontraba la clienta.

—En unos diez minutos podría estar en su zona. Deberá firmar un contrato y abonar una provisión de fondos por valor de las cinco primeras horas, ¿está de acuerdo?

—Sí, pero, por favor, vengan rápido.

Orcasitas es un barrio humilde de Madrid donde, en según qué zonas, solía haber, por entonces, bastante delincuencia. Sus calles desiertas y deterioradas, tristemente alumbradas por la tenue luz de las farolas rotas, no ofrecían ninguna seguridad.

Aparqué mi vehículo frente a la vivienda de mi nueva clienta. Diana, una mujer de unos cuarenta años, corpulenta y de carácter fuerte, salió en zapatillas de andar por casa. Me explicó que su marido la estaba siendo infiel con otra mujer, y que hoy, tras el

cierre de la tienda que regentaba se vería con ella. Le pregunté si él podía olerse algo, y me dijo que no tenía que preocuparme en ese aspecto.

Parecía un tema sencillo que podríamos incluso cubrir con las horas mínimas de servicio. Solicité los datos precisos y me puse en marcha con el nuevo caso.

Conduje hasta el comercio del investigado, que regentaba un pequeño almacén de artículos de segunda mano situado a apenas un kilómetro de la vivienda de Diana. Estaba ubicado en una calle peatonal muy estrecha, donde no se podía aparcar vehículo alguno, por lo que la vigilancia debía hacerse a pie.

En este caso no suponía un problema, pues la espera iba a ser corta, lo que solemos denominar una *espera determinada*. Eran las siete de la tarde y en apenas una hora Chester debía cerrar su comercio.

Por desgracia, esa calle no tenía ningún elemento que pudiera servirme de cobertura, una cafetería, un banco, una parada de autobús… así que me situé en el punto más lejano y seguro que encontré, apoyado en un portal, a unos trescientos metros de su local. A los pocos minutos un drogadicto se me acercó para pedirme un cigarro.

Mi presencia en la zona no era natural, pero confiaba en que Chester saliera aproximadamente en una hora, tal y como su mujer me había dicho. A veces podemos forzar un poco la situación, si sabemos que es cosa de poco tiempo, pero esto se prolongó, pasaron tres horas y el investigado no salía del local. Llamé a mi clienta:

—Diana, soy David, estoy esperando a tu marido, pero no sale. Han pasado dos horas desde que tenía que haber cerrado. ¿Sabes algo?

—Tranquilo, espera ahí que va a salir.

—De acuerdo, pero debes saber que esta zona es complicada para estar mucho tiempo.

—Vale, vale… —me dijo Diana como no queriendo escuchar mis quejas.

Dieron las once y media de la noche, habían pasado tres horas y media desde que Chester debía haber cerrado el establecimiento. En ese momento vi salir a un hombre que, a pesar de la distancia, reconocí como el investigado. Un varón no muy alto, pero muy corpulento, llevaba una camiseta blanca de tirantes que dejaba ver sus imponentes hombros y sus brazos musculosos. Cerró el local y se alejó caminando en dirección opuesta a la vivienda de Diana, así que inicié el seguimiento.

Sin duda, no era una misión sencilla, las angostas callejuelas me obligaban a acortar la distancia que, en ocasiones normales, debe mantenerse con el objetivo. Giró por varias calles, dio algunas vueltas, e hizo ademán de entrar a algunos portales, pero no parecía decidirse. Actuaba de forma extraña; se paraba cada cierto tiempo, titubeaba y se giraba en ocasiones.

Tras media hora de paseo Chester llegó a la calle de Diana, se dirigió al portal y accedió a su vivienda. Mi trabajo había terminado con resultado negativo, no se cumplía la hipótesis de mi clienta, podía estar tranquila.

Esa noche, por prudencia, no quise llamar a Diana, y esperé a la mañana siguiente para hacerlo:

—Buenos días, Diana.

—Hola, David.

—Te llamo para contarte los resultados de ayer: cerró muy tarde, a las 23:30 horas. Dio un paseo por las inmediaciones y se dirigió directamente a tu casa.

Diana parecía saber el resultado, no me hizo preguntas, pero me dijo que hoy

habría que repetir el servicio. Le advertí que el seguimiento no había estado exento de riesgo, que la zona es muy complicada, y que nuestra presencia inquieta al vecindario. También añadí que Chester parecía tener una actitud suspicaz.

—No, David, no te preocupes por eso, que él no sabe nada, por favor continúa hoy igual.

—Diana, creo que no es prudente. Mi recomendación es esperar unos días para que la zona «respire». Los vecinos queden tranquilos y él esté más relajado.

—No, por favor —suplicó ella—. ¡No puedes dejarme ahora tirada! Si ayer no se vio con ella, hoy lo hará con toda seguridad.

Tras unos minutos lidiando con la insistencia de Diana, decidí acceder, siempre y cuando me asegurase que su marido cerraría en torno a las 20.00 horas. Las consecuencias de prolongar la espera en esas condiciones podrían ser desastrosas.

A las 19.30 me situé en el único lugar posible para realizar la espera con un mínimo de discreción. En una esquina situada a unos cuatrocientos metros del negocio, cubierto ligeramente por unos cubos de basura. Los comercios iban cerrando, quedando cada vez más desierta la calle al tiempo que se hacía de noche. Los pocos que transitaban en la oscuridad de esa estrecha calle, todos sospechosos, fijaban su mirada en mí, preguntándose qué haría ese hombre esperando de pie en esa esquina de esa forma tan poco natural.

Eran las 21.00 y nos encontrábamos en la misma situación que el día anterior, así que decidí avisar a la clienta:

—Hola, Diana, tu marido no cierra la tienda y aquí no se puede estar mucho tiempo. ¿Seguro que hoy se verá con su amante?

—Sí, por favor, no te vayas, aguanta que saldrá en breve.

Decidí hacer un esfuerzo más y apostar por el pronóstico de Diana, pero todo parecía suceder como el día anterior. Pensé en la dificultad de convencer a un cliente que tiene las ideas tan claras, al fin y al cabo ella está pagando por esto, conoce los riesgos y los está asumiendo. Pero quien está expuesto es el detective. Apunté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

La ansiedad es inversamente proporcional
a la coherencia.

Un grupo de pandilleros se sentó frente a mí, no dejaban de mirarme y especular sobre mi presencia mientras bebían y fumaban unos canutos. Pensarían que solo un policía de servicio podría estar ahí, en esa calle, en esa posición, a esa hora.

De nuevo a las once y media salió Chester. Miró hacia un lado y otro de la calle, cerró como de costumbre y emprendió la marcha alejándose a ritmo de paseo, recorriendo pausadamente las angostas calles de ese conflictivo barrio.

Con disimulo, abandoné mi punto de observación, fingí una llamada de teléfono para que el grupo de chavales no adivinase que mi intención era seguir a Chester.

—Cariño, ¿por fin saliste? Llevo aquí tres horas esperanto y no tengo llaves. Me acerco a por ellas.

Caminé durante un rato siguiendo los pasos del investigado. Él presentaba la misma actitud que el día anterior. Se paraba de vez en cuando en seco, cambiaba inesperadamente de dirección, y a veces giraba el cuello al doblar las esquinas.

Caminó hasta un descampado donde se encontraban estacionados varios vehículos.

Tomó uno de ellos. Un Audi A3 de color azul bastante nuevo. Mi coche estaba como a dos manzanas, así que decidí intentar cogerlo antes de dar por perdido el servicio. Corrí a toda prisa, tomé los mandos del mismo y regresé al punto donde había dejado a Chester. Ya no estaba, pero lo encontré a los pocos minutos saliendo del barrio.

Lo seguí por los alrededores, ya era noche cerrada. Siempre dejando dos o tres vehículos entre medias para no ser descubierto. Paró en una gasolinera, repostó combustible, compró una botella de agua y regresó al mismo descampado, donde estacionó nuevamente su vehículo.

Acto seguido, caminó de regreso a su domicilio, donde supongo le esperaría Diana.

Una noche más había sudado, claramente era un servicio arriesgado, y yo no veía claro que Chester fuera a tener encuentros con nadie después del trabajo. Sus movimientos me resultaban sospechosos, caminaba sin rumbo aparente, y había repostado combustible para no ir a ninguna parte.

Estaba deseando hablar con Diana para contarle la situación y dar por cerrado definitivamente el trabajo. Esa noche reflexioné mucho sobre el asunto, el drogadicto, los pandilleros, los vecinos suspicaces…

> Si las condiciones no acompañan, hay que buscar una solución alternativa, no forzar la situación.

A la mañana siguiente, Diana me llamó, pero me sorprendió que no me preguntase por el resultado:

—Buenos días, David, necesito que esta tarde vengas de nuevo.

—¿Qué? Diana, ¿estás segura de que tu marido es infiel? Trabaja hasta tarde, da un paseo por la zona y va a casa directamente. El seguimiento de ayer fue una auténtica proeza, él mira mucho y hace movimientos extraños. La zona no acompaña en absoluto. Mi recomendación sigue siendo esperar a la semana próxima, hacer un buen planteamiento y cambiar de recursos.

—Lo sé, pero hoy va a pasar.

—¿Va a pasar qué, Diana?

—Lo que quiero que veas…

Lo dijo tan convencida que pensé que a la tercera iría la vencida. «Me lo tomaré ya como una cuestión personal —pensé—. Pero debo poner una solución a esto. No puedo volver a situarme en ese lugar a esperar tanto tiempo».

Hablé con un compañero y solicité su ayuda, le sugerí que fuera él quien esta vez esperase la salida de Chester, y yo aguardaría en una calle próxima, más despejada. Lucas presentaba un perfil más juvenil, y podría ir caracterizado con un aspecto más propio de la zona. Un chándal y una gorra era el vestuario estándar de los jóvenes que frecuentaban esa calle.

A las 19.30 nos situamos de nuevo en las proximidades.Lucas se sentó en un bordillo a unos doscientos metros del local del investigado, y yo me situé en una calle perpendicular, fuera del plano visual de Chester, pero lo suficientemente cerca como para poder emprender el seguimiento tras el aviso de mi compañero.

Esta vez sí, poco después de la 20.00 recibí la llamada de Lucas:

—David, el investigado está saliendo.

—¡Vaya, por fin se va a su hora! Quizá hoy sí tenga el dichoso encuentro al que se refiere nuestra clienta.

—Está echando el cierre metálico, pero mira mucho a un lado y a otro…

—Sí, Lucas, eso es normal, estos días también lo ha hecho. Quizá es para que no le roben.

—Pues a mí me parece actitud vigilante… —Pensaba también Lucas.

—Ya, eso le dije yo a la clienta, pero ella asegura que no sospecha absolutamente nada. De todas formas ten mucho cuidado y dime qué dirección toma.

—De acuerdo, acaba de terminar de cerrar y camina hacia tu calle…

—Ok, te dejo.

Me oculté en el chaflán que dejaba un oscuro portal, esperando ver a Chester aparecer por mi calle, pero no venía. Llamé de nuevo a Lucas.

—Oye, Lucas, ¿estás seguro de que venía hacia esta posición?

—¡Cien por cien! Yo no he querido seguirlo por lo que hemos hablado, pero se dirigía hacia tu calle.

En ese mismo instante Chester apareció por mi espalda, salía de entre dos coches con una barra de hierro y, fuera de sí, me gritó:

—¡Qué coño haces aquí! ¡Qué cojones quieres de mí! ¡Por qué me vigilas! ¡Dímelo o te reviento la cabeza!

Los ojos se le salían de las órbitas, apretaba su mandíbula con fuerza. Era como un perro rabioso, las venas de sus bíceps y de su cuello parecían a punto de reventar.

—¡Tranquilo, tranquilo! —le grité mientras retrocedía unos pasos en el pequeño chaflán del portal.

Él quería una respuesta y avanzaba amenazante con el hierro en alto al tiempo que me acorralaba en el portal.

—¡Dime si eres policía!

—¡No, no, no soy policía! Pero baja la barra y hablamos —le dije para intentar frenar su ira.

Ese hombre no atendía a razones, estaba dispuesto a descargar su rabia contra mí. Cada vez veía la barra de hierro más cerca de mi cabeza, mientras intentaba escapar del portal. En unos segundos pasaron por mi mente muchas cosas, pero sobre todo la obstinación de Diana, a pesar de las advertencias. Por primera vez pensé que en todo esto había algo oscuro. Algo que yo no sabía. Nunca le he confesado a un investigado que soy detective, pero en este caso no me quedaba más remedio, mi integridad estaba en juego, y ya desconfiaba de las intenciones de mi clienta.

—¡Está bien, relájate… soy detective privado! —grité.

Chester paró en seco, bajó la barra de hierro y, con cara de asombro, mencionó las siguientes palabras literales:

—¡Hija de puta! Esta ha sido Diana.

—No te puedo revelar mi cliente, pero en cualquier caso si fuera ella sería un gesto de amor, ¿no?… —intenté tranquilizarlo.

—¿Un gesto de amor?, ¡hija de puta! —repitió—. Te podía haber matado.

—Ya, ya veo, lo siento, como ves no quiero hacerte nada malo…

—Que sepas que no estás aquí por un gesto de amor. Diana te ha engañado. Lleva tiempo queriendo destrozarme la vida, lo que ibas a encontrar no tiene nada que ver con el amor.

Me quedé atónito. La obstinación de Diana era exagerada, a pesar de haberle ido informado de los riesgos y de que no encontraba elementos de infidelidad en la rutina de su marido. En los pocos minutos que pudimos hablar, y ya más tranquilo, Chester

me contó que en el último mes habían ya pasado por allí varias personas acechando, que les había descubierto a todos pero habían salido corriendo. Entendí que yo era un instrumento más en los planes de Diana. ¡A saber cuántos detectives había contratado ya!

Cuando había pasado la tensión y Chester ya confiaba en mí, me dijo:

—Si quieres tomamos una cerveza y te cuento, pero debes saber que lo que te ha hecho esta señora es muy grave.

—Sí, por favor, necesito saber si he sido engañado para tomar las medidas oportunas

Caminamos en dirección al almacén del investigado, para ir a un bar que había unas calles atrás. En el trayecto me confesó que había trabajado en el pasado para los servicios de inteligencia de su país y que en el momento en que advirtió mi presencia había estado intentando comprobar si le estaba siguiendo. Esto confirmaba los extraños movimientos que había presenciado esos días. Todo eran maniobras de control. De hecho, Chester para aparecer a mi lado con la barra de hierro tuvo que escamotearse entre los coches y reptar unos metros por el suelo para sorprenderme en ese portal. No cabe duda de que era un hombre experimentado.

Me repitió que lo que iba a ver ahí en esos días no tenía nada que ver con una infidelidad, que era algo grave y peligroso por lo que a él podrían meterle incluso en la cárcel. (Quizá por eso me preguntó si yo era policía). Diana quería que alguien fuera testigo para utilizarlo a su favor.

Mientras caminábamos, Diana salió de un portal de enfrente de su local. Nos interceptó y ambos cónyuges comenzaron una acalorada discusión. Se reprocharon cosas mutuamente, a gritos, en mitad de la calle. En ese momento decidí que era mejor marcharme hacia mi vehículo y dejar las cosas como estaban.

A partir de ese momento Diana se convirtió en una de mis *morosas*, nunca me cogió el teléfono ni me pagó los honorarios pendientes. De todos modos, tampoco insistí. La cuestión fue tan desagradable que preferí dejarlo correr.

Chester no era ningún santo, andaba metido en algo muy peligroso de lo que yo iba a ser testigo, pero Diana tampoco lo era. Ella sabía que no iba a verse con ninguna mujer, solo necesitaba un aliado que obtuviera pruebas de la dudosa maniobra que realizaría Chester para, quizá, extorsionarle, chantajearle, o simplemente para vengarse de él por alguna cuestión del pasado. De lo que no había duda es que yo había sido engañado. Una serie de falsedades que me pusieron en peligro. Lo más sorprendente es que Diana salió de un portal que estaba en frente del local del investigado, de modo que ella había estado vigilando todo el tiempo la *jugada*. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

SI TIENES DUDAS DE LA VERACIDAD DEL ENCARGO,
A QUIEN PRIMERO HAS DE INVESTIGAR ES A TU CLIENTE.

Esto supuso una gran lección de vida para mí. Cada cual acude a un investigador por sus propias razones. El problema es que a veces esos motivos pueden esconder intereses dudosos. La ley actual (en España) nos convierte en *garantes* de la legitimidad del encargo. Esto significa que debemos velar porque la investigación sea legal.

Los siguientes meses trabajé en un método para no repetir el mismo error, y elaboré un test que denominé la *pirámide de la legitimidad*, de modo que juré no aceptar

ningún encargo que no hubiera superado el mismo.

Dicho test está compuesto de tres cuestiones clave que intervienen en toda contratación. El *vínculo* entre el investigado y el cliente, la *razón* que motiva el encargo y la *idoneidad* del medio.

Nunca volví a aceptar un encargo en el que no quedase clara la vinculación entre el cliente y el investigado. Bien una relación consolidada, un contrato, intereses comunes, etc. La razón que lo motiva debía ser lógica y justificada. Debía tener la certeza, por mi propia seguridad, de que lo que realizaría serviría para algo legal. Y por último, mi trabajo debía tener sentido: la información que yo proporcionase debía ser la justa y necesaria para resolver la cuestión. Lo que en derecho se llama el juicio de la proporcionalidad: *idóneo, necesario y proporcional.*

Con el tiempo, un detective profesional desarrolla el súperpoder de detectar la mentira a tiempo. El caso de Diana no es más que un simple ejemplo. Pero a mi despacho han llegado cientos de personas que, bien por vergüenza, pudor, o intereses ocultos, no cuentan toda la verdad de lo que sucede en su caso. A veces es harto difícil extraer la verdadera necesidad cuando el discurso está sesgado.

La gente debe darse cuenta de que está contratando a un profesional para trabaje en su esfera íntima, cuanta más información tenga sobre ella, más fácil será poder ayudarle. Es como si una persona acude al médico a que le hagan un chequeo y le oculta sus molestias al facultativo. Lo más seguro es que el diagnóstico sea erróneo.

Hemos visto un ejemplo de un caso de mentiras compulsivas, más cerca de lo patológico, y otro de engaños, la traición es cosa distinta.

A mi juicio la traición es el estadio más grave. Traicionar es un acto contrario a la lealtad con alevosía. Lo grave de la traición es que para que se dé debe existir previamente un vinculo de confianza, esto es lo que la hace tan dolorosa. Proviene siempre de personas cercanas, y en muchas ocasiones incluye una consecución de engaños y mentiras. La infidelidad, la mayoría de las veces, puede considerarse una traición, aunque no siempre. Depende de las expectativas de lealtad del traicionado.

HAY GENTE CAPAZ DE MENTIR, INCLUSO DE ENGAÑAR,
NO TANTO DE TRAICIONAR.

Marcos y Silvia era una pareja joven de Barcelona. Ella atravesaba un momento difícil: se acababa de separar y tenía dos niñas pequeñas, y él había asumido el papel de «nuevo padre» con diligencia y compromiso. Era cariñoso con Silvia y con las niñas, y estaba dedicado a su pareja hasta el punto que decidió dejar el pequeño apartamento que tenía alquilado en el centro de la ciudad para mudarse a vivir con su nueva familia. Sin embargo, al poco tiempo de instalarse, algo enturbió su idílica relación: Silvia empezó a recibir mensajes por Instagram. Varios perfiles desconocidos, pero en concreto uno, Vane_30, le escribía recurrentemente frases de tipo:

- Tu pareja te engaña…
- No sabes con quién estás…
- Marcos es infiel…
- …

Cuando Silvia le contó a Marcos lo que estaba recibiendo, él puso cara de asombro y no dio crédito a esos mensajes. Juró y perjuró que no sabía nada de eso, y que detrás

de ese perfil solo podía estar alguien que quisiera boicotear la bonita relación que mantenían.

Silvia confiaba ciegamente en Marcos y automáticamente sospecharon de Celso, el exmarido de Silvia, que presentaba un perfil peculiar. Al parecer era una persona muy impulsiva, y agresiva en ocasiones, motivo por el cual Silvia decidió separarse de él poco tiempo atrás.

Todo les encajaba. Celso no soportaba el nuevo papel que ejercía Marcos en la familia, y mucho menos que se hubiera mudado a casa de Silvia.

Decidieron no hacer caso a los mensajes, bloquear al perfil Vane_30 y continuar su romance, pero a partir de ese momento Silvia empezó a recibir otros mensajes cada vez más violentos desde perfiles diferentes, claramente falsos. Estos, además, reportaban información mucho más detallada sobre Marcos.

- ¿Qué tal estás, cornuda?...
- ¿Qué tal cuida de tus niñas?...
- ¿A ti también te dice que te depiles?...
- ¿Qué tal se lo pasó en su viaje?...
- …

Marcos había tenido un viaje reciente, supuestamente nadie más que Silvia era conocedora de ello. Entonces ella empezó a desconfiar. Sin embargo, Marcos prometía que no sabía nada de quién podría ser. Comenzó a sospechar que alguien le estaba espiando, y le contó que en su apartamento del centro de Barcelona le ocurrió una cosa extraña. Un día apareció la cerradura forzada y notó como si alguien hubiera estado husmeando entre sus cosas.

Entraron en un cuadro de *paranoia*, pensando que había podido ser espiado. Además, los mensajes se volvieron mucho más insistentes y con información cada vez más íntima.

- Eres una cornuda y no te quieres dar cuenta…
- ¿A ti también te ha propuesto hacer un trío?, ¿o eres demasiado mojigata?…
- ¿Contigo también se acuesta sin preservativo?
- A lo mejor nos ha pegado algo a las dos…
- …

Una mañana, tras haber dejado a las niñas en la ruta, Marcos regresó a casa a despedirse de Silvia antes de marcharse a trabajar. Cuando salió al descansillo de la escalera y se disponía a bajar al parking, descubrió a alguien que parecía estar escuchando tras la puerta. Una mujer menuda de unos treinta años de edad, de pelo rubio, que corrió a ocultarse en las escaleras de emergencia, descendiendo a toda prisa. Marcos bajó por el ascensor y subió corriendo por la escalera, interceptando a la mujer en uno de los pisos.

—Pero ¿qué? ¡Raquel! ¿Qué haces aquí? —gritó. Reconoció a la persona que acechaba. Se trataba de Raquel, una chica que conoció en Tinder antes de empezar con Silvia—. ¡Como no te vayas voy a llamar a la policía! —gritó él mientras algunos vecinos salían de sus viviendas alertados por las voces.

Raquel, que se encontraba acorralada en el rellano de la escalera, se zafó como pudo y salió corriendo a empujones entre los vecinos.

Marcos se marchó a trabajar y no tardó en telefonear a Silvia para contarle lo

sucedido.

—Cariño, no te lo vas a creer, pero cuando salía de casa había una chica espiando en la puerta.

—¿Qué? —exclamó ella muy asustada—. ¿Y qué has hecho?

—La he perseguido por el portal pero se ha ido corriendo.

—¿Y quién es? —preguntó Silvia mientras entraba en pánico.

—¡Es Raquel! Una chica que conocí en Tinder antes de conocerte a ti. ¿No te he hablado de ella?

Silvia se quedó pensativa y molesta al mismo tiempo, respondió:

—¡Pues no! Nunca me habías contado eso.

—Bueno, ya te contaré después cuando vuelva del trabajo que ya llego tarde. Pero posiblemente tenga algo que ver con los mensajes que estás recibiendo.

—¡Espera! —dijo Silvia—, ¡están llamando al telefonillo!

—¡No abras! Es ella, seguro, es peligroso, por favor, ¡no abras!

Silvia no pudo soportar la curiosidad y contestó.

—¿Quién es?

—Ejem… soy Raquel, ¿puedes bajar un momento, Silvia?

—¡Marcos! Me está diciendo que baje.

—¡No bajes por favor!, ¡espera que vuelvo, estoy a dos minutos! ¡Llama a la policía!

Silvia colgó el portero automático y telefoneó inmediatamente al 112.

—Por favor, que venga una patrulla hay una persona acosándome en la puerta de mi casa. Vivo en la calle Clamores…

Esperó un par de minutos, se armó de valor y bajó por el ascensor suponiendo que Marcos ya estaría. Al llegar al portal él ya había aparcado sobre la acera y estaba saliendo del coche. Una patrulla de policía que rondaba por la zona atendió el reclamo inmediatamente y ya estaba aparcando también frente al portal. Raquel se encontraba en el medio, entre Marcos, Silvia y la pareja de policías. No pudieron obtener respuestas porque Raquel enmudeció por completo. No abrió la boca delante de ellos.

La policía se retiró con ella hacia su coche para tomarle declaración mientras la pareja se quedó impacientemente a la espera junto al portal.

Tras unos minutos regresó uno de los dos policías y les preguntó.

—¿Qué es exactamente lo que les ha hecho esta mujer?

—Cuando salí de casa la sorprendí en el descansillo —respondió Marcos.

—Eso solo, en principio, no es delito. Si no les ha insultado, coaccionado, amenazado… Ella dice que un perfil de Instagram la ha citado aquí —dijo el policía—. ¿La conocen?

—Sí —respondió Marcos—, es una chica que conocí en Tinder. Estamos recibiendo últimamente mensajes extraños y podría estar relacionado.

—De acuerdo, en ese caso lo único que puedo hacer es filiar a la persona y comunicar esta situación por si vuelve a suceder, pero les recomiendo que pongan una denuncia —les aconsejó el agente.

Sin poder pedir más explicaciones, Silvia y Marcos vieron cómo Raquel se metía en un coche azul eléctrico y se alejaba de la zona.

Esa tarde, cuando Marcos llegó del trabajo, Silvia y él discutieron. Ella no se creía que Marcos no tuviera nada con Raquel.

—Seguro que has estado con ella y no me lo quieres contar…

—¡No, no y no! ¡Te lo prometo!

—No te creo. Raquel es seguro la que me envía los mensajes, y eso es porque tú estás con ella.

—Mira, Silvia, te lo juro. Yo solo he tenido dos encuentros con esta chica. Y fue cuando tú y yo no estábamos juntos. Si ella esperaba algo más y se ha vuelto loca, no es mi problema. Dime qué quieres que haga para convencerte. Soy capaz de cualquier cosa… ¿qué necesitas?

—Para empezar, dame su teléfono…

—Pero… no se te ocurrirá llamarla, no tienes pruebas para acusarla. No sabemos si es ella la que está detrás del perfil que te acosa.

—Ah, ¿no me lo quieres dar?

—No, no… toma. Si lo quieres… Pero creo que lo más inteligente sería primero poner una denuncia en la policía, y que sean ellos los que digan si Vane_30 y Raquel son la misma persona.

Decidieron formular la correspondiente denuncia en comisaría, pero, en efecto, el episodio del portal no era prueba suficiente para relacionar a Raquel con los mensajes de Instagram. Podrían ser perfectamente dos episodios aislados. La policía les aconsejó que recabaran todas la información posible. Como Silvia seguía desconfiando de Marcos, a él se le ocurrió un plan:

—¿Y si contratamos un detective privado que investigue a Raquel? —preguntó Marcos—. Él podría decirnos si los mensajes están relacionados con ella. Montar un dosier y entonces ir a la policía.

Silvia aceptó la propuesta, y fue entonces cuando me llamaron para contarme el asunto y concertar una cita en su domicilio.

Dada la sensibilidad del caso pensé que este asunto debería resolverse teniendo en cuenta el punto de vista de una mujer, y decidí acudir a la cita con la mejor investigadora. La persona con más inteligencia emocional que he conocido en toda mi vida.

Ella es también detective. Es muy inteligente y aguda, bella por dentro y por fuera. Es, además, estudiante de psicología, y se encarga de atender a los clientes con problemas y ayudarles a encajar los duros golpes que se llevan con nuestras pruebas. Un recurso elemental en la agencia que nuestros clientes valoran muchísimo.

Gracias a sus consejos superé una depresión muy grave años atrás, recuperé mi autoestima, conseguí liberarme de la rueda de frustración y dolor que me producía mi anterior etapa, y sí, también conocí el amor. Hoy es mi prometida y madre de mi tercera hija, además de mi consejera y directora financiera del despacho. Dicen que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer; ella es Elsa.

Viajamos a la ciudad de Barcelona para reunirnos en el domicilio de los clientes, ya que ellos no podían desplazarse a Madrid por las niñas y el trabajo. Nos sentamos alrededor de una mesa de cristal donde tomamos un café mientras nos explicaban pormenorizadamente el asunto. Silvia había confeccionado un grueso dosier compuesto por todos los pantallazos de mensajes, perfiles, etc. Además de una magnífica cronología de los hechos con todos los detalles del caso.

Los mensajes que enviaba el perfil Vane_30 era claro que pertenecían a Raquel, pero no había forma de probarlo. Ni esos, ni todos los enviados por los perfiles creados con anterioridad. El motivo del encargo era simplemente saber si existía relación entre esos perfiles y la tal Raquel. Querían ampliar la denuncia con esa información para

presentarla en el juzgado, ya que las expectativas de que el asunto se investigase de oficio por la policía no parecían muy altas; se trataba de algo más bien perseguible a instancia de parte. Les advertí que si no lográbamos probar la vinculación no podría aportarles información de un tercero, ya que carecerían en ese caso de legitimidad para saberlo.

Aceptaron, pero sabiendo además que nos enfrentábamos a un problema añadido, y es que apenas teníamos datos sobre Raquel. La filiación completa de la joven la tenía la policía, pero no nosotros. Tan solo sabíamos que se llamaba Raquel, tenía unos treinta años, un coche pequeño azul eléctrico y, eso sí, Marcos nos dijo que posiblemente trabajase en una clínica dental del barrio de Gracia. Nada más.

Aceptamos el encargo y nos pusimos inmediatamente a trabajar sobre el caso. Estudiamos todos y cada uno de los mensajes enviados a Silvia, leímos la cronología de los hechos y contrastamos todo con la versión de Marcos. Al poco tiempo Elsa y yo nos miramos y no hizo falta especular demasiado. Con una sonrisa cómplice, le dije:

—Tú también lo piensas, ¿verdad?

—¿Que Marcos miente?

—¡Ahá! —asentí.

—¡Claro! —respondió Elsa contundentemente—. Eso ya lo daba por hecho. Lo que no termino de entender es por qué nos contrata entonces.

—Yo tampoco; si demostramos que Marcos sabe algo más, la jugada puede salirle fatal.

—Yo creo que se imagina que es imposible dar con ella con los pocos datos que nos aportan —añadió Elsa.

—Ya, pero es que no saben que han contratado a la mejor agencia de detectives —aclaré bromeando entre risas.

Mientras diseñábamos un operativo para resolver el asunto, pensé en dar la oportunidad a Marcos de que, al menos en secreto, me hiciese alguna confesión sobre la tal Raquel. Pero el resultado fue muy distinto.

—Hola, Marcos, soy David, el detective.

—Hola, David.

—Mira, tengo una cuestión importante que me gustaría aclarar antes de seguir adelante. ¿Estás con Silvia?

—Claro, sin problema, estoy en el trabajo, dime.

—¿Tú podrías garantizarme al cien por cien que no has tenido nada más con Raquel todo este tiempo?

—David, te lo prometo. Fueron un par de citas que no llegaron a nada.

—Bueno, si tú lo dices, pero debes saber que te estás gastando un dinero y que vamos a descubrir la verdad. Si hay algo que debas contarme estás a tiempo…

—No, David, es tal cual os hemos contado —zanjó Marcos.

A nosotros seguía sin encajarnos la motivación, pensamos que nadie en su sano juicio podría desarrollar una aversión tan grande con solo dos citas. También nos extrañaba mucho toda la información que tenía sobre Marcos para haberse producido tan solo dos encuentros.

Creímos igualmente sensato conocer la opinión de Silvia por separado, y sabiendo que en ese momento no estaban juntos, decidimos llamarla.

—Hola, Silvia.

—Hola, David.

—Necesito preguntarte algo sin ánimo de alarmarte. Solo curiosidad.

—Nada, tranquilo, estoy preparada para cualquier cosa…

—¿Tú confías plenamente en Marcos? ¿Estás cien por cien segura de que te está contando toda la verdad?

—Cien por cien, David. Sospeché hace unos días, pero le hice jurar que no me mentía. Juró, perjuró y me dijo que jamás me engañaría en algo así. De hecho, fue idea suya el contratar a un investigador privado para darle más datos a la policía.

—¡Vale, vale! Me consuela saber que ambos sois conscientes de que os estáis gastando un dinero en nosotros para que descubramos la verdad, y que esto puede salir por cualquier sitio.

—Lo sé, David, pero podéis estar tranquilos, Marcos no puede mentir. Sabe que eso sería una enorme traición que no podría perdonar en la vida. Le he dado las llaves de mi vida en un momento muy delicado para mí, ha entrado a vivir a mi casa, cuida de mis hijas, etc. Yo ya le di la oportunidad el otro día de que me dijese la verdad si era otra.

Reflexioné sobre ello, ratificando la idea que ya tenía de que para que exista una traición debe existir necesariamente alguien que confíe ciegamente en el traidor, y anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

No existe traición sin expectativa de lealtad.

Nos pusimos a trabajar en el asunto, rastreamos el barrio de Gracia peinando todo el perímetro en busca de un vehículo azul eléctrico que pudiera estar estacionado cerca de una clínica dental. Asimismo, visitamos todas las clínicas dentales de la zona en busca de alguien que respondiese a la descripción dada por nuestros clientes.

Esta fase no fue fácil, pero después de mucho buscar acabamos encontrando a una chica que casaba perfectamente con la descripción y que atendía la recepción de uno de los centros.

Procedimos al seguimiento de la posible Raquel tras la salida de su trabajo, y nos llevó caminando a un parking donde guardaba un vehículo Toyota de color azul eléctrico. Supimos que habíamos dado con ella enseguida y, al averiguar su domicilio, pudimos completar toda su identidad. Ahora era cuestión de vigilar en su tiempo libre para intentar ver si teníamos la suerte de presenciar alguno de los mensajes que escribía, casi a diario.

Todos nuestros esfuerzos fueron en vano, porque los mensajes llegaban cuando Raquel se encontraba en casa o en el trabajo, de modo que no podíamos ser testigos de nada.

Había que diseñar un planteamiento más proactivo, que redujese el tiempo y el esfuerzo, así que pedimos permiso a Silvia para utilizar su perfil de Instagram y su número de teléfono, así podríamos gestionar directamente los mensajes y diseñar una estrategia de respuestas que nos diese información sobre la acosadora.

Elsa es muy buena en eso, y sugirió a Silvia crear una falsa realidad mediante la que podríamos simular una ruptura entre Silvia y Marcos. La idea era generar una posible reacción positiva por parte de la acosadora. Toda vez que sabíamos que los perfiles de Silvia estaban permanentemente espiados por algún contacto falso.

Ambos accedieron al planteamiento. Convencimos a Marcos para que publicase en su perfil imágenes de su vida en solitario, al tiempo que Elsa llenaba las redes de Silvia

con mensajes de frustración, desengaño, decepción… durante un tiempo considerable.

Los mensajes de la acosadora perdieron el tono amenazante y se distanciaban más en el tiempo hasta casi desaparecer por completo. No cabe duda de que habíamos generado una reacción en ella, al menos, de curiosidad.

Era el momento de pasar a una segunda fase de ataque. Elsa elaboró un mensaje con una gran carga emocional que envió al teléfono de Raquel.

—Buenas noches, Raquel. Solo quiero pedirte perdón. He dudado de ti todo este tiempo, pero tenías razón. Yo no quería verlo, Marcos me juraba que no había tenido ninguna relación con nadie más que yo durante estos meses atrás. Desde que aparecieron tus mensajes, le he dado la oportunidad mil veces de que me cuente la verdad, pero no hacía más que mentirme. Vi su móvil, y tenía conversaciones con más chicas, descubrí un perfil de Tinder y está quedando con otras. No sé si te importa o no, pero quiero que sepas que Marcos y yo ya no estamos juntos, y que desde este momento ya no hace falta que me envíes más mensajes. Te pido perdón de nuevo por no haberte creído, y si en algún momento necesitas contarme algo más, estoy a tu disposición.

Este mensaje surtió efecto, relajó a la acosadora, quien no tardó en responder:

—Ya era hora de que te dieras cuenta, a mí me hizo mucho daño. Pero yo no te he escrito ningún mensaje. Te repito que alguien me dijo que fuera a tu casa ese día.

Raquel seguía sin reconocer que era ella la que estaba detrás de los perfiles. Sabía que eso era delictivo, tenía la lección bien aprendida.

—Solo tengo una duda, Raquel —preguntamos haciéndonos pasar por Silvia—. ¿Desde cuándo me está mintiendo, porque ya no me creo nada de él?

—Hace un mes que ya no nos vemos —contestó ella.

—No puede ser, eso es imposible, me creo que hayáis tenido algo, pero no hace dos meses. Porque en esa fecha estábamos planteando casarnos y fue cuando se vino a vivir a mi casa.

En ese instante, Raquel envió un vídeo (autodestructible) que contenía un *scroll* con la conversación que mantienen ella y Marcos por Whatsapp todo este tiempo atrás. Suerte que Elsa se olía que ese mensaje fuera de una única visualización y puso el teléfono móvil en modo grabación de pantalla antes de abrir el *scroll,* pues tras una primera vista se borraría definitivamente para siempre.

Ahí estaba la verdad. Efectivamente Raquel y Marcos habían estado mucho tiempo juntos, y hablaban a diario. Mantenían una relación estable que Marcos combinaba con la que tenía con Silvia. Pero Raquel estuvo a punto de quedarse embarazada y discutieron, motivo que él aprovechó para desparecer de su vida y volcarse en Silvia.

Raquel se sintió traicionada e indagó hasta dar con la verdadera razón de su ruptura, y la encontró.

Ya sabíamos la verdad, Marcos había traicionado a Raquel, engañándola con Silvia, y a Silvia, con Raquel, pero había que acreditar algo más: relacionar los mensajes de los otros perfiles falsos con Raquel, por si hubiera algún problema en el futuro, demostrar el acoso por el que había pasado Silvia (razón por la que se nos había contratado). Para ello optamos por proponer mantener una cita directamente con Raquel. Ambas mujeres cara a cara aclarándose una a otra las mentiras de Marcos. Quizá ahí confesaría que ella estaba detrás de los perfiles.

Persuadimos a Raquel para que se vieran y aclarasen definitivamente todos los detalles. Accedió y mantuvieron una reveladora conversación en la que Marcos no salió

para nada bien parado.

Lo curioso es que por más que lo intentó, Silvia no consiguió sacarle absolutamente nada de los otros perfiles que acosaban. ¿Raquel era una auténtica profesional ocultando la verdad al límite? ¿O quizá no mentía y Marcos tenía otras parejas a las que también estaba engañando?

6. Amar (y estafar) en tiempos de Tinder

Mi despacho progresa adecuadamente, me he mudado a una oficina más grande en el mismo edificio de la calle Gran Vía de Madrid y por fin me he decido a delegar ciertas tareas; ahora puedo absorber más volumen de trabajo. He aprendido a confiar en la gente y eso me permite alcanzar otros objetivos profesionales. Ya no solo investigo para empresas y particulares, también he descubierto una faceta de mi vida que parezco llevar innata, la docencia.

Ahora dedico una gran parte del tiempo a la formación, he obtenido plaza como profesor asociado de investigación científica en criminología en la universidad pública y, además, me dedico a tutorizar a alumnos que vienen de distintas universidades a hacer prácticas a mi despacho. Hemos creado una auténtica escuela de práctica operativa; hasta el día de hoy han pasado por la agencia más de ciento cincuenta alumnos.

Ellos no pueden hacer investigación operativa hasta no tener su licencia oficial, además las prácticas no están reguladas, por lo que sus tareas están muy limitadas, lo cual a veces les resulta frustrante. Pero aportan mucho valor en otras áreas de la empresa, como marketing, prospectiva empresarial, estudios de viabilidad jurídica, perfilación, búsqueda en fuentes abiertas y, sobre todo, en una línea de trabajo que está fuera del ámbito de la ley que nos regula, como es la consultoría de seguridad.

En nuestra oficina ahora también recibimos encargos de consultoría de seguridad. Importantes personalidades nos piden consejos para mantenerse a salvo de los peligros que les acechan. Empresas que nos solicitan planes para proteger sus bienes y productos, o para evitar ser espiados por la competencia.

También lideramos la coordinación de operaciones de transporte seguro para empresas multinacionales. Servicios esporádicos que nos permiten explotar el lado más corporativo de nuestro trabajo.

Mi vida se ha convertido en trabajo y más trabajo. El único tiempo libre que me queda lo empleo en sacar adelante a mi familia. Veo a otros amigos y compañeros disfrutando la vida, dedicando su tiempo a divertirse y gastando su dinero en coches, viajes, caprichos… No les envidio, sino todo lo contrario, florece en mí un sentimiento de lástima. Hago un esfuerzo cada día por no entregarme a la pereza y dominar las pasiones. Sobre todo, aquellas que me desvían del recto camino del porvenir.

Yo me aliviaba pensando que siempre hay tiempo para todo y que este era mi momento de trabajar duro. Así que decidí convertir mi trabajo en mi única pasión.

Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

> Si tu trabajo es tu pasión, vivirás en unas eternas vacaciones.

Los casos que entran a la oficina son cada vez más interesantes y operacionalmente más complejos. El número de clientes corporativos ya supera al de personas físicas, si

bien, lejos de las problemáticas de empresa, estamos viendo surgir ante nuestros ojos una nueva tipología de fraude entre particulares que requiere nuestra atención: las aplicaciones de citas.

Una calurosa mañana del mes de julio recibimos en el despacho a Soledad, mujer soltera de cincuenta y cuatro años de edad, de apariencia sencilla y de trato afable.

—Buenos días, Soledad, está en su casa. —La invité a tomar asiento en la sala de juntas de mi oficina.

—Gracias, David, estoy un poco nerviosa, es la primera vez que tengo que contratar un detective.

—Lo sé, Soledad, no se preocupe —la tranquilicé mientras veía cómo sudaba abundantemente, al tiempo que le ofrecí unos pañuelos para secarse la frente.

—No sé por dónde empezar, me siento avergonzada.

—Tranquila, aquí no la vamos a juzgar, estamos acostumbrados a ver de todo en este despacho y nada hay ya que nos sorprenda.

—Gracias, le cuento: en marzo del año pasado conocí a Gabriel, mi pareja, a través de las redes sociales, en concreto en Match.com. Al principio todo era maravilloso, un ser increíble, bueno, amable, cariñoso, respetuoso… él es de origen francés, y ya estábamos haciendo planes para comprar una casa en Ávila y vivir allí en el campo.

Cuando nuestra relación estaba en el mejor momento y estábamos a punto de pagar las arras de la nueva casa, me contó que había tenido un problema con su empresa en Francia, que le habían bloqueado temporalmente una cuenta y que no le dejaban sacar su parte del dinero (75.000 euros). Me sugirió que lo fuera ingresando yo y que después él me lo daría.

Como no tenía razones para sospechar le di yo los 150.000 euros para que los aportase como parte de la operación de compraventa en las arras. ¡Los ahorros de toda mi vida y la herencia de mi madre!

—¿Puede usted justificar que le dio ese dinero? —le pregunté.

—No, ese es el problema, lo tenía en metálico. Desde pequeña guardaba el dinero en una caja para comprarme una vivienda el día de mañana, pero falleció mi madre, heredé su casa y un dinero en efectivo que ella también tenía ahorrado. Él me dijo que se encargaría de todo, porque se dedica al sector inmobiliario, que sabía cómo hacer para darle curso legal a ese efectivo.

»El caso es que el día que íbamos a empezar con las gestiones, viajamos a Ávila, supuestamente para reunirnos con el propietario de la casa y, en caso de llegar a un acuerdo, abonar allí mismo los 150.000 euros que llevábamos encima.

»Él conducía mi coche. Justo cuando estábamos a punto de abandonar la ciudad se me ocurrió decirle que, aunque me fiaba de él, sería conveniente que firmásemos un documento donde figurase que yo aportaba los 150.000 euros y que él reconociese su deuda de 75.000.

»Ese comentario le sentó fatal, empezó a gritarme, se puso como un loco. Me recriminaba que no confiaba en él, que todas las mujeres somos iguales, que soy una interesada, etc.

»Nunca le había visto así, estaba fuera de sí. Violento, agresivo… En más de un año de relación nunca habíamos discutido, éramos la pareja perfecta. Era comprensivo y diplomático, nunca antes me había levantado la voz.

Empezó a acelerar y a girar bruscamente el volante. Me entró miedo y le dije que parase que nos íbamos a matar. Así lo hizo, se detuvo en la cuneta, me bajé para tomar

aliento y calmar mis nervios, pero cerró la puerta desde dentro y desapareció.

—¿Cuándo ocurrió esto, Soledad? ¿No ha vuelto a saber de él? —pregunté, intuyendo ya la respuesta, y sabiendo ya de antemano que ni se llamaba Gabriel, ni lo volvería a ver.

—Hace hoy una semana de esto. El coche apareció al día siguiente en mi casa con las llaves puestas, y ni rastro del dinero. No me coge el teléfono ni tengo forma humana de contactar con él.

—¿Pusiste denuncia?

—Hablé con la policía, pero me dicen que no hay, por el momento, indicios de delito, porque se trata de una relación sentimental y de una entrega de dinero consentida por mi parte. Además, para poder calificarlo de intento de estafa necesitaría que la transacción figurase en algún sitio, de otro modo sería mi palabra contra la suya. Ellos mismos me sugirieron que contratase un investigador para conseguir su domicilio y reclamárselo amistosamente o, si no, judicialmente por vía civil.

—De acuerdo, Soledad, pinta feo… muy feo —le advertí.

Todo indicaba que había sido estafada por Gabriel, había demasiados detalles que mostraban que no se trataba de un hecho espontáneo. Pero, principalmente, la casualidad del bloqueo de las cuentas justo antes de hacer el pago y la agresividad empleada tras el comentario de Soledad ya eran suficientes datos para desconfiar. Pero, sobre todo, el no haber dado señales de vida en una semana ya me hacían sospechar que Gabriel no era trigo limpio.

Ofrecí a Soledad un presupuesto muy competitivo, teniendo en cuenta que había quedado descapitalizada y casi arruinada, hasta que se demostrase lo contrario.

Le advertí de la dificultad y de los riesgos de obtener un resultado negativo, ya que era seguro que nos encontrábamos ante un estafador. Le dije que posiblemente le hubiera mentido con su identidady que incluso a estas alturas ya habría asumido una nueva.

Me comprometí a hacer una fase de trabajo encaminada a conocer su identidad y domicilio actual para poder emprender un procedimiento de reclamación de cantidad y notificárselo judicialmente. Y ese fue el comienzo de un caso que nos dejó bastante huella en el despacho, por la dificultad en su ejecución.

—De acuerdo, David, acepto el presupuesto. Pero ten en cuenta que estoy sin blanca. Más de esto no puedo gastar, si veis que va a ser imposible, por favor, házmelo saber a tiempo.

—Por supuesto, Soledad, no se preocupe que le iré informando de todo. De momento, solo necesito algunos detalles más del caso que nos ocupa.

Le pedí el nombre del perfil que utilizaba en la página en cuestión, algunas fotografías de Gabriel y un cronograma más detallado de cómo había sido todo el proceso desde el momento de conocerlo.

Me llamaron la atención muchas cosas, como por ejemplo que él se molestaba cada vez que hablaban de su familia. Él le había contado a Soledad que arrastraba un conflicto personal con ellos y que no se hablaba con nadie, a excepción de sus tíos Jacques y Marylin, que vivían en un pueblecito del sur de Francia. Afirmaba que su familia se había portado muy mal con él, que esto había sido muy traumático y que, por el momento, prefería no hablar de ello. Soledad siempre le respetó, pensando que podía herir sus sentimientos.

Cuanto más me contaba Soledad, más claro tenía que Gabriel era un estafador.

Había que ser muy mezquino para aprovecharse de una mujer enamorada que estaba entregando todos sus ahorros a su pareja por amor. Pero aún me inquietaban muchos detalles de la historia.

—Soledad, cuéntame cómo os conocisteis, ¿fue él quien contactó contigo o tú con él?

—De acuerdo, su perfil aparecía en las búsquedas de más de cuarenta y cinco años, en concreto decía que tenía cincuenta pero, por las fotos, a mí me parecía mucho más joven. Era fuerte, apuesto y muy atractivo, me dio mucha curiosidad porque no parecía que tuviese esa edad, así que le pregunté directamente por un mensaje privado.

Iniciamos una breve conversación, me dijo que ahora estaba de viaje y no podía escribir, pero que le diera mi teléfono y continuábamos hablando por Whatsapp. Así lo hice, y a los pocos días empezó a escribirme. Me hacía muchas preguntas pero apenas hablaba de él. Finalmente me confesó que realmente tiene treinta y ocho años, pero que decía que tenía cincuenta porque está harto de relaciones infantiles y de mujeres inmaduras, que él necesitaba algo serio y formal y que no lo conseguía con mujeres de su edad.

—¿No te parece una maniobra muy hábil, Soledad? —pregunté yo para tantear el nivel de ingenuidad de mi clienta.

—Al principio lo vi normal, es ahora hablando contigo cuando me doy cuenta que quizá no fuera verdad.

—En efecto, lo habitual es quitarse edad, no ponerse. Sin duda es un indicador más de que puede ser una estrategia para captar víctimas de determinado perfil de edad. No huye de mujeres inmaduras, busca mujeres que ya tengan la vida resuelta, que estén solteras o viudas y que tengan ahorros o activos que canjear —le expliqué, viéndolo con una claridad cristalina.

Su cara era de asombro, el sudor sobre su frente brotó de nuevo como lava volcánica. Y rompió a llorar.

—¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¡Cómo me he podido dejar engañar de esta forma!

—No eres imbécil, has sido ingenua —intenté tranquilizarla—. Te has dejado llevar por lo que sentías en ese momento. Has confiado en alguien que te ha hecho creer que estaba enamorado y de quien tú te has enamorado ciegamente. Él ha trabajado inteligentemente para conseguir su objetivo, es normal que hayas caído en su trampa, no te culpes.

Como me encontraba en una fase muy criminológica de mi vida, dando clase en la universidad, me percaté del increíble potencial que tiene el sentimiento de amor. Y pensé en ofrecer una línea de investigación a mis alumnos para que estudiasen cómo un delincuente puede llegar a generar este sentimiento en alguien y aprovecharse de la ceguera temporal que produce ese estado de enamoramiento en la víctima. Algo parecido a la persuasión coercitiva que se ejerce las sectas.

El amor es el sentimiento más puro y maravilloso que se puede experimentar. Es el mayor acto de generosidad que existe: la entrega incondicional de uno mismo a algo o a alguien al sentir esa unión que trasciende las barreras de la física y de la lógica.

Sentirlo es una suerte, aunque tenga sus riesgos. No todo el mundo consigue experimentarlo en esta vida y, seguramente, solo el lector que lo haya vivido entenderá el inciso que pretendo en este par de páginas.

Creo que las mujeres están mejor preparadas para amar, a los hombres nos cuesta

más desprendernos de nuestro amor propio, somos algo más insensibles. Aun así, creo que el amor debería entrenarse. No solo hacia la otra persona sino hacia la vida, hacia el trabajo, hacia la naturaleza, hacia cualquier ser sintiente. Los budistas entienden el amor más como un sentimiento universal que romántico, y que debe extenderse a toda la existencia, sustentándose en cuatro ejes: la alegría, la compasión, el goce de compartir y la libertad. Para el resto de religiones el amor es un mandato de Dios (amar al prójimo como a sí mismo).

Hace años, en un periodo de mi vida muy oscuro, donde no alcanzaba a ver la luz por ningún sitio, condenado a la infelicidad más profunda, tomé la decisión de amar a pesar de todo, y hoy puedo decir sin miedo a equivocarme que fue lo mejor que he hecho en toda mi vida. Anoté en un lugar preferente de *Mi cuaderno de reflexiones* la frase:

Si quieres seguir un camino seguro,
sin miedo a equivocarte, ama sin condición.

La vida me ha enseñado que todo aquello que haces con amor, aunque al principio no lo parezca, a la larga viene devuelto con creces. Si amas tu trabajo estarás agradecido cada día por hacer lo que haces y llegarás donde te propongas. Si amas lo que tienes, estarás orgulloso del fruto de tu esfuerzo y no envidiarás lo que otros consiguen; la vida te traerá más cosas para disfrutar de ellas. Si amas a la gente que te rodea, ellos te amarán a ti también, ser querido no puede pagarse con dinero. Si amas, incluso a tu adversario, habrás superado las barreras de tu ego y no albergarás jamás sentimientos de odio o de aversión.

Por el contrario, si odias tu trabajo, estarás amargado cada día; si no valoras los frutos que consigues, envidiarás las cosas que tienen los demás. Si no amas a nadie, jamás sabrás lo que es ser amado, y si mantienes el sentimiento de odio sobre tu adversario, vivirás una vida de rencor y resentimiento.

Por mi trabajo acostumbro a relacionarme con personas de todo tipo, empresarios, directivos, trabajadores, amas de casa, profesores, alumnos, colegas de profesión… y simplemente observando su carácter uno puede medir el nivel de amor que hay en su vida. Alguien que ama es feliz por naturaleza. Las personas que albergan odio en su interior están permanentemente amargadas, envidian y critican constantemente, porque no son capaces de sentir amor por nada ni nadie. Cuando llegué a esta conclusión anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

El nivel de amor que hay en tu vida
es directamente proporcional a tu estado de felicidad.

El mundo ha cambiado, ahora la gente puede elegir la persona con quien tener una relación a través de una aplicación. Desde mi punto de vista es un buen avance, antes lo teníamos más complicado. Tenían que alinearse todos los astros para que estuviera en la discoteca la persona que te gusta, libre y dispuesta a conocerte. Ahora puedes filtrar entre un amplio catálogo de personas que buscan a alguien como tú, que están cerca de ti, o que te cruzas por la calle. Tomar un primer contacto y a partir de ahí, si congenias, puedes pasar a la parte física. Perdemos romanticismo, pero ganamos practicidad y tiempo. Esto facilita mucho las relaciones, aunque tiene unos riesgos evidentes. Las

sensaciones que te trasmite una persona cuando estás con ella físicamente no suelen percibirse con una fotografía, y mucho menos *tuneada*. Y además, es un caldo de cultivo para que afloren todo tipo de engaños, estafas, fraudes e, incluso, delitos varios.

Últimamente recibimos muchas llamadas de clientes interesándose por nuestros servicios. Tanto es así que hemos conseguido clasificar a los diferentes perfiles que desfilan frecuentemente por las aplicaciones de citas.

En primer lugar los «ciberdelincuentes»: falsos perfiles que buscan llevar al usuario a servicios de pago, robar tus datos, hacer *spam,* etc. También cometen otros delitos más graves, como la «sextorsión» o «sexting», consiguen fotos o vídeos comprometidos con los que chantajear a la víctima. El servicio estrella durante la pandemia.

También encontramos todo tipo de «acosadores», personas que se enganchan a la víctima y acaban obsesionándose haciéndole la vida imposible, incluso boicoteando sus relaciones actuales. Muy típico el exnovio o la exnovia que no aceptan la ruptura y en un ataque de celos empiezan a controlar a su ex a través de estas aplicaciones. O algún celoso o celosa al que le dan calabazas.

Una tipología muy interesante es la de los «farsantes y mentirosos». La red esta llena de personas con una pésima autoestima, que se ocultan bajo el anonimato que ofrece la aplicación para hacerse pasar por alguien que no son, más atractivo, más rico y poderoso, más glamuroso… A veces también lo hacen para ajustarse al perfil deseado por su víctima. Es muy normal que quieran hacerse pasar por pilotos, ingenieros, policías, empresarios, etc.

Otro fenómeno peculiar es el «ghosting». Perfiles que enamoran a sus víctimas y desparecen dejándolas tiradas. Les motiva el sentirse deseados porque en el fondo son personan que no tienen autoestima, presentan trastornos adaptativos, etc. Son incapaces de mantener una relación real y fantasean para cubrir esa carencia.

Alguien a quien temer, por supuesto, es al grupo de los «trastornados (psicópatas y otros delincuentes)», que también suelen encontrarse en este tipo de aplicaciones. Gente que busca dar rienda suelta a sus filias y parafilias, o lo que es peor: cometer delitos sexuales o de otro tipo. En concreto, hemos trabajado en varias ocasiones presuntos casos de pederastia.

Y, por último, el perfil estrella de las aplicaciones de citas: el «estafador del amor», donde incluiríamos a Gabriel, la supuesta pareja de Soledad. Enamoran a sus víctimas para obtener algún tipo de recompensa, principalmente material, económica, etc. Sus rasgos principales son:

- Parecen perfectos, te hacen pensar que son la pareja ideal.
- Quieren saber mucho de ti, pero apenas proyectan información sobre ellos.
- Llevan las riendas de las citas, siempre has de estar a su disposición, no al revés.
- Son prudentes e intentan contenerse a la hora de hablar para no incurrir en contradicciones, ya que suelen estafar a varias personas a la vez, utilizando argumentos y mentiras diferentes en cada una de ellas.
- Principalmente son personas solitarias.
- A menudo suelen tener problemas o necesidades económicas.
- Suelen ser, en un alto porcentaje, narcisistas, presuntuosos y egocéntricos.
- Sin duda, el rasgo que más les define es que son muy manipuladores. Se manejan muy bien en la mentira y lo hacen inteligentemente. Estrategas natos.

Como vemos, muchos de estos rasgos fueron narrados por Soledad cuando

describía su problema con Gabriel. Así que procedimos a formalizar el acuerdo y empezar el servicio cuanto antes.

Dividimos el trabajo en fases, dando por hecho que deberíamos encontrarle engañando a más personas en este tipo de aplicaciones.

Lo primero que hicimos fue buscarle en Internet y en todas las aplicaciones existentes en el mercado. Gracias a distintas herramientas e introduciendo en buscadores de imágenes las fotografías que tenía Soledad, encontramos un perfil en una aplicación creado con las mismas imágenes. Se hacía llamar Julio, pero todo lo demás era calcado a lo que proyectaba anteriormente, cuando Soledad contactó con él; de hecho este perfil nunca había estado cerrado durante el año de relación que mantuvieron. Había estado siendo utilizado activamente.

Una vez encontrado me reuní de nuevo con Soledad para confirmar los datos. En efecto, se trataba de Gabriel.

Cuando la clienta se enteró de este segundo perfil, empezaron a cuadrarle muchas cosas, ausencias extrañas que él justificaba con excusas muy elaboradas. Me contó que llegó a viajar supuestamente a Francia cinco veces en un mes por los problemas de salud de sus tíos Jacques y Marylin. Tras la insistencia de Soledad consiguió que ambos viajaran allí a conocerles, pero ahora se da cuenta de que todo había podido ser un montaje.

Las personas con las que se vio en Francia no tenían pinta de ser sus tíos para nada, ni de estar enfermas. Parecían, además, tener un pacto de silencio y, entre la barrera del idioma y lo poco (o nada) que hablaban sobre temas de familia, nunca quedó claro que fueran sus familiares.

Localizado el perfil en la aplicación, el siguiente paso era contactar con él, haciéndonos pasar por una mujer de perfil similar al de Soledad, así que creamos a Yolanda53, desde donde escribimos un mensaje privado.

—Hola, Julio, he visto tus fotos, pareces más joven de cincuenta, seguro que están retocadas...

—Son auténticas, Yolanda —nos contestó inmediatamente. Si me das tu Whatsapp, te envío más.

—¡Claro! Ahora te lo doy.

Esperamos todo el día a recibir algún mensaje de él, pero no enviaba nada. Dos días después le escribimos de nuevo.

—Hola… ¿Y esas fotos?

Nunca contestó y bloqueó nuestro número.

Todo era muy extraño, no habíamos llegado a mantener un solo contacto telefónico y ya nos había bloqueado. Pensamos que quizá no proyectábamos suficiente información sobre Yolanda53 en el perfil y no terminase de confiar, así que hicimos un nuevo intento creando a Raquel, una mujer divorciada de cincuenta y cinco años con más vida social. Creamos un perfil elaborado con fotografías en distintos lugares, información laboral y algo más de cuidado en los detalles.

Contactamos con Julio de nuevo a través de la mensajería instantánea de la aplicación. Él actuó de la misma forma, pidiéndonos el teléfono para continuar hablando por Whatsapp. El resultado fue exactamente el mismo, a los dos días nos bloqueó de nuevo.

No alcanzábamos a entender qué es lo que veía el investigado en nuestros perfiles que no terminaba de encajarle, hasta que dedujimos que podría tratarse de las

conexiones de Whatsapp. Teníamos las opciones de privacidad activadas y él no podía ver cuándo nos conectábamos y cuándo no. Así que repetimos de nuevo todo el proceso con una mujer viuda de cincuenta y tres años llamada Irene_love.

En efecto, como sospechábamos, acabábamos de superar su primera barrera de seguridad. Ahora ya entablamos una conversación por Whatsapp con normalidad. Si bien es cierto que no fue nada fácil, preguntaba cosas y buscaba contradicciones constantemente. Por ejemplo, lo primero que hizo fue preguntar a Irene_love su horario de trabajo y confirmar si podía hablar durante el mismo. Le dijimos que sí, a fin de no perder la oportunidad de tener información.

Justo cuando Irene debía entrar al trabajo, recibimos la llamada de Julio, obviamente no estábamos preparados para responder, porque debíamos generar un entorno laboral audible, y colgamos para devolverle la llamada más tarde. El investigado nos bloqueó de nuevo.

Claramente, no nos encontrábamos ante un caso sencillo. Él tenía claro cuál era su punto débil, pero necesitaba seguir captando víctimas, así que había depurado su técnica para no correr riesgos. Había desarrollado un sistema de seguridad basado en distintos niveles de control, mediante los cuales detectaba cualquier indicador de engaño. Era un experto en la materia, pero estaba tratando con nosotros: que si algo nos gusta, son los retos. No íbamos a permitir que se saliese con la suya, y sabíamos que tarde o temprano tendría que encontrar una nueva víctima para sacarle el dinero.

Muchos de los éxitos que conseguimos en investigación privada son gracias a la persistencia y al ensayo/error, como era el caso. Escribí en *Mi cuaderno de reflexiones:*

Cada error es un nuevo aprendizaje.

Nos tomamos muy en serio el asunto, obviamente teníamos que ser más listos que él, y ya sabíamos algo de lo que antes no teníamos ni idea. Y es el sistema de seguridad que aplicaba, sumado a su nivel de suspicacia. Entonces creamos a Tania, el perfil definitivo. Mujer viuda de cincuenta y un años, de clase alta y dispuesta a empezar de cero. Atractiva, trabajadora y con la economía saneada, pero con problemas de autoestima. Dicharachera y simpática, dispuesta a conocer de nuevo al amor de su vida.

Localizamos a una persona que quisiera ayudarnos cediéndonos sus imágenes a tiempo real. Necesitábamos alguien auténtica, que tuviese una vida y que pudiera contrastarse. Así que le dimos a Julio de su propia medicina. Necesitaba confiar en la otra persona y eso hicimos.

El proceso comenzó tal cual esperábamos, nos pidió el Whatsapp, las conexiones eran visibles, coincidían en tiempo y forma con las argumentaciones comentadas en los mensajes intercambiados y los estados del perfil cambiaban cada dos horas. Imágenes en el trabajo, en el parque, en el gimnasio. Todo en Tania parecía real. Hasta que por fin mordió el anzuelo. Acabábamos de cambiar el estado y subimos una foto paseando por el parque con el texto «Paseíto después del trabajo». En ese momento recibimos la llamada de Julio. Lógicamente quien estaba al otro lado de la línea no era Tania, sino Elsa.

—Hola, Tania, soy Julio. ¿Qué tal estás, bonita?

—Vaya, qué sorpresa, no esperaba tu llamada. Justo me has cogido saliendo del trabajo. Estoy dando un paseíto por el Retiro.

—Sí, ya he visto en tu estado. ¿Y qué tal tiempo hace?

—Pues bastante calor, está todo muy soleado, pero no hay quien aguante tanta temperatura.

—Hmmm… —Julio permaneció unos segundos en silencio. Se le oía teclear en un ordenador. Sabíamos que cotejaría la temperatura con la página web del tiempo.

Así conseguimos desmontar, una tras otra, las preguntas de seguridad de Julio. Ya teníamos el siguiente paso conseguido, la confianza del investigado. A partir de ahí se mostró amable, cordial, seductor… Coincidía con las cualidades descritas por Soledad. Julio se había convertido en un auténtico encanto. También, al parecer, un buen partido, pues empezó a enviarle fotografías en las que aparecía comiendo en buenos restaurantes, navegando y disfrutando de la playa en Marbella. Tania y Julio pasaron horas y horas al teléfono, y él se mostró simpático y dicharachero, porque cada vez que pedía espontáneamente alguna muestra de veracidad, Tania se la daba sin problema. Por fin había caído en nuestra trampa.

Lo siguiente sería intentar provocar un encuentro para, a partir de ahí, seguirle hasta conocer su domicilio y poder proceder a poner la reclamación de cantidad en el juzgado. Así que, con astucia, conseguimos que nos contara sus actuales circunstancias:

—Por lo que veo vives en Marbella, ¿no? —preguntó Tania.

—No exactamente. Me he venido aquí unos días para desconectar. Acabo de salir de una relación muy tóxica y necesitaba un respiro. También es posible que me quede a vivir, depende de si instalo o no mi despacho profesional o si encuentro el amor. ¿Quién sabe?

—Vaya, ¿a qué te dedicas?

—Soy abogado, experto en derecho inmobiliario. Aquí en Marbella se venden muchas casas de alto *standing* y se cierran muchas transacciones con gente de mi país.

—Vaya, qué interesante. ¿Y dónde te alojas?, ¿en un hotel?

—¿No es muy pronto para contestar esas preguntas? —replicó Julio un poco molesto, aunque a los pocos segundos se percató de que la pregunta era de lo más natural, teniendo en cuenta el curso de la conversación—. Claro, llevo poco tiempo aquí, de momento viviré en un hotel hasta que encuentre algo pequeño para mí.

—Buena opción. Yo tengo una amiga que alquila un apartamento en la playa. Si quieres, le pregunto.

—¡Vale! —respondió tras pensárselo unos instantes.

Habíamos conseguido muchísimo, ahora teníamos una razón lógica para enviarle algún archivo a su teléfono móvil.

Preparamos un anuncio en una plataforma de venta de pisos que ofrecía el alquiler de un estudio cerca de la playa principal de Marbella. Mi amigo Salvador es un investigador informático, un maestro en esas cosas, que nos ayuda cada vez que tenemos una necesidad de este tipo. Él se encarga de introducir en el código fuente un pequeño *bichito* que te reporta algunos datos del dispositivo donde se abre. Si tienes suerte, a veces puedes saber la ubicación, la IP, o incluso la red wifi desde la que se conecta.

Una tarde le enviamos un enlace por Whatsapp, pero no funcionó al cien por cien porque tenía la ubicación desactivada, en cambio nos reportó el dato de que se estaba conectando a través de una red wifi que provenía del Hotel Meliá de Marbella.

Sin dudarlo un instante, preparé la maleta y terminé algunas cosas para emprender un viaje a primera hora de la madrugada. Teníamos por fin un punto de referencia. Solo deseaba que no se fuese del hotel antes de que yo llegase. Entretanto, Tania seguía

manteniendo conversaciones con él. Pero esa noche sucedió algo que complicó de nuevo las cosas.

Eran las 21.00 cuando Julio y Tania estaban hablando por teléfono. Él estaba *ganándose* a Tania, haciendo su trabajo de seducción mientras daba un paseo por la playa, y ella dejándose querer. De pronto, Julio paró un taxi y, al montar, le dijo al conductor: «Al hotel Meliá, por favor». ¡Se le había escapado el nombre del alojamiento!

Inmediatamente, Tania me escribió diciendo que estaba confirmado el nombre del hotel, pero notó que Julio se había podido dar cuenta del error que había cometido, porque inmediatamente ralentizó su habla y quedó pensativo mientras continuaba la conversación con Tania.

Anticipé mi viaje aún más. Salí de Madrid a las cuatro de la madrugada y llegué al Meliá de Marbella algo antes de las 9.00. Después de montar una vigilancia durante más de doce horas sin ver a Julio, nos enteramos de que había abandonado el hotel antes de nuestra llegada.

Julio no dejaba cabos sueltos. Aun confiando en Tania, era consciente de sus errores y los iba corrigiendo sobre la marcha. No corría riesgos innecesarios. Sin duda, nos encontrábamos ante un profesional de lo suyo.

Habíamos regresado al punto de partida. Sabíamos que nuestro investigado se encontraba en Marbella, pero habíamos perdido la referencia. Entretanto, él seguía hablando con Tania como si nada. Había omitido, por supuesto, que ya no residía en el hotel.

Solo teníamos una cosa más, sabíamos que Julio tenía un restaurante favorito. Frecuentaba una brasería cerca del puerto donde acostumbraba a comer buena carne. A veces le enviaba a Tania fotografías de los platos que degustaba. Gracias a los pequeños detalles que nos reportaban esas imágenes, como el bordado del mantel, la forma de las sillas, los cubiertos y algunas cosas más, Elsa dio con el restaurante a través de la aplicación de El Tenedor.

Solo tuvimos que esperar pacientemente hasta que dos días después apareció Julio para comerse uno de esos chuletones con patatas panaderas que aparecía en las fotos que enviaba.

No he conocido una sensación parecida a la euforia que se siente cuando logras tu objetivo, y sobre todo cuando este representa un reto de tal magnitud. Sin embargo, solo estábamos a mitad de camino, aún quedaba saber dónde pernoctaba.

Julio era un tipo corpulento, comía ansiosamente. Pagó unos 80 euros por ese menú, pues no reparaba en gastos de comida, acostumbraba a tomar los productos más caros. Pagaba siempre en efectivo.

Procedimos a su seguimiento. Salió del restaurante y caminó hacia una conocida zona comercial de Marbella. En el camino llamó a Tania para seguir hablando con ella. Le dijo que acababa de comer y que se iría a dormir la siesta al hotel. Pero realmente no fue así. Acudió directamente al casino.

Allí le vimos pasando la tarde. Estuvo hasta el anochecer apostando en distintas mesas de juego. Cambió fichas por valor de 500 euros al menos diez veces. Unos 5.000 euros gastados en menos de cuatro horas.

Al anochecer abandonó el casino y se dirigió hacia una zona concurrida de la playa. Julio en ningún momento se giró, pero sí que hacía movimientos algo extraños. Se sentaba en lugares poco habituales y reanudaba la marcha lentamente.

Emprendió definitivamente el camino hacia su alojamiento. Callejeó hasta llegar a una plaza y se paró en seco en el centro. Hizo un giro de 180 grados y regresó sobre sus pasos, desbaratando así a las personas que estábamos detrás, quienes con disimulo tuvimos que tomar direcciones opuestas para evitar que confirmase. Reanudó la marcha, pero caminó hasta otra plaza más pequeña donde hizo exactamente lo mismo, esta vez escondido detrás de un quiosco.

Aunque estábamos prevenidos, e hicimos lo posible por pasar desapercibidos, Julio había detectado el operativo.

Habíamos fracasado. Pero al menos intuíamos que nos encontrábamos cerca de su nuevo alojamiento. Decidimos suspender temporalmente el servicio y volver a intentar centrarle desde el restaurante, pero nunca más comió ahí.

Lo único que nos reportaba información eran las conversaciones que tenía con Tania, las cuales cada vez eran más intensas e íntimas. Sin embargo, había que avanzar con sumo cuidado para que no relacionase esas conversaciones con nosotros.

Finalmente, le confesó que ya no vivía en un hotel, que había encontrado un pequeño estudio que le habían alquilado por temporada, hasta que tomara una decisión. Gracias a las imágenes que le mandaba a Tania, llegó a enviarle una bailando en calzoncillos, pudimos reconstruir íntegramente el apartamento por dentro, analizando la imagen paso a paso. Había elementos muy identificativos como el cabecero de la cama en forma de tela de araña, la mesa de la cocina de color jade y una cortina de color amarillo fluorescente.

Una mañana, mientras yo me encontraba en el entorno a la espera de alguna información que me permitiese activar el operativo, Julio escribió a Tania y le dijo que había alquilado una bicicleta en la zona para dar un paseo por el puerto. Inmediatamente mi equipo me localizó las empresas de alquiler de bicicletas turísticas que se encontraban en la zona y, entre tanto, yo corrí hacia el puerto.

Una vez allí, Tania me envió una fotografía de Julio apoyado sobre el muelle en una zona muy concreta de Puerto Banús. Rápidamente localicé el lugar exacto y me dirigí hacia ahí. Efectivamente, ahí estaba Julio tomando un helado junto a su bici de alquiler.

Tenía que reaccionar rápido, estábamos en un paseo marítimo y necesitaba un vehículo para poder seguirle. Miré a mi alrededor y lo único que encontré fue un triciclo turístico conducido por un ciudadano magrebí que no entendía español.

Me senté en la parte trasera e intenté decirle que esperase unos instantes antes de salir, esperaba que fuéramos detrás de Julio, no delante, y él aún se estaba terminando el helado. Finalmente, como no me entendía, echó a andar, yo le dije, como pude, que fuera despacio mientras Julio se incorporaba a la circulación. Finalmente, el investigado cogió su bicicleta y nos adelantó por la izquierda, pero iba a ritmo de paseo.

Por fin conseguí que el conductor se situase detrás de Julio, sin llegar a decirle que le estaba siguiendo, pero veía que empezaba a acelerarse, que nos estábamos poniendo en paralelo. Le toqué la espalda para que frenase, pero él entendió que le estaba indicando que corriese más rápido. Cuanto más trataba de que aminorase la marcha, más aceleraba. Hasta que perdió el control del triciclo y por poco atropella a un grupo de turistas; terminamos derrapando en mitad del paseo.

Fue tal el escándalo que al instante se formó un corro de personas alrededor, y vi pasar por mi lado a Julio pedaleando alegremente mientras yo me moría de la rabia al haberle perdido nuevamente. Lo peor es que él me vio íntegramente, yo no podía volverle a seguir nunca más.

Ese día reflexionaba sobre lo expuestos que estamos a la improvisación y que hay muchos factores que se escapan a nuestro control, que solo con una buena dosis de suerte podemos aliviar. Pero también pensaba en la suerte del delincuente. Y es que, cuando alguien se afana en un objetivo, en este caso no ser encontrado, todo el universo conspira para que se cumpla. De modo que ahí tenemos un conflicto, una lucha de fuerzas: su suerte y la nuestra. Escribí en *Mi cuaderno de reflexiones* un viejo refrán que recordé:

A suerte mala, paciencia y buena cara.

Pero nosotros nos merecemos ganar porque somos los buenos. El malo no puede salirse con la suya, y no cejamos en nuestro empeño hasta no lograr nuestro objetivo. Así que, aunque de nuevo en un callejón sin salida, teníamos que continuar explotando nuestra principal fuente de información: Tania.

Era tal la confianza que había depositado en ella que empezó a contarle cosas sobre sus anteriores relaciones, eso sí, con la versión sesgada propia de un mentiroso compulsivo. Le dio la vuelta a la tortilla y argumentaba que todas las mujeres con las que había estado eran unas interesadas, que tuvo que desaparecer porque le acosaban y le agobiaban. Incluso llegó a pensar que su vida corría peligro porque sus anteriores parejas le tenían amenazado. Ese día le dijo a Tania que tenía que hacer cosas por la tarde y después había quedado para cenar con una antigua amiga, pero que hablaban a la noche.

Supusimos que ese día podríamos interceptarle después de la cena, pero también pensamos que quizá su verdadera intención era ir al casino por la tarde. Así que controlamos todas las salidas, contraté a varios detectives locales y montamos un operativo con varias motos alrededor del edificio.

A las cinco de la tarde vimos llegar a Julio al casino, donde se gastó al menos otros 5.000 euros. Obviamente tenía un problema de adicción al juego, era un ludópata. Cenó algo y tomó un taxi hasta una conocida casa de citas de Marbella, donde contrató los servicios de una prostituta.

A su salida llamó a Tania. Detrás estábamos tres detectives con tres motocicletas triangulando la zona, muy separados de él. Al menos a cuatrocientos metros de distancia. A unos doscientos metros estaba Elsa siguiéndolo a pie en perpendicular mientras hablaba con él haciéndose pasar por Tania.

—¿Qué tal, corazón? —le dijo Julio con su característico tono seductor.

—Muy bien, ¿ya has cenado con tu amiga? —contestó Tania.

—Sí, hacía mucho tiempo que no la veía. Ha sido muy divertido.

—Muy bien, ¿y qué vas a hacer ahora?

—Vuelvo caminando a casa, que he cenado demasiado y prefiero ir andando. Tengo al menos cuarenta minutos de trayecto.

—¡Vaya, eso es un montón!

—Sí, casi 5 kilómetros, pero bueno, así hablo más contigo.

—¿Qué tal el día?

—Pues muy bien….

—¡Espera, espera! —interrumpió Julio—. ¡Creo que me está siguiendo una moto!

—¿Qué?

Elsa colgó el teléfono y nos avisó a todos de que se había dado cuenta, pero lo

sorprendente es que no se había vuelto en ningún momento. Ni los tres detectives ni ella, que iba detrás, le habíamos visto girar el cuello. Solo era explicable si él estuviese controlando por medio de los reflejos de las cristaleras de los edificios por los que pasaba. Era absolutamente imposible que nos hubiera visto a ninguno de nosotros. Salió corriendo en dirección contraria intentando pillar a los motoristas, pero no lo consiguió. En ese momento tomó un taxi y desapareció de nuevo.

Tania le llamó:

—¿Qué ha pasado, Julio? Me has dejado preocupada…

—Nada, nada, pero es que creo que alguien me sigue desde hace meses. Como te dije, una de mis exnovias me tiene amenazado.

—Pero ¿quién te seguía? —preguntó Tania intentando averiguar qué es lo que sabía de nosotros.

—Alguien que quiere hacerme algo, una venganza de alguna de mis ex.

—Pero Julio, ¡esto parece de película!

—Sí, Tania, mi vida es de película. Si te contara… están todas locas.

Todo indicaba que no éramos los únicos que estábamos detrás. De ahí el nivel de suspicacia del investigado y su técnica infalible para detectar seguimientos. Este tipo de maniobras solo las he visto en personas que provienen del mundo del narcotráfico, de los servicios secretos o que están realmente amenazadas.

Al final decidimos abordar el asunto a lo grande, como si se tratase de un terrorista, y aplicar una técnica de inteligencia. Ayudados por Tania, supimos que cierta mañana saldría de nuevo a alquilar una bicicleta, y mi equipo ya había averiguado cuál era el local donde lo hacía. Era el único que no exigía tarjeta de crédito como fianza, ya que, si algo no hacía Julio, era revelar su verdadera identidad a nadie. Convoqué a ocho detectives en la zona donde se nos perdía, y cada uno se situó en un lugar estratégico controlando una sección del terreno. Uno de ellos sentado en un bordillo; otro, en la playa; otro tomando café en una terraza; otro esperando al autobús en la parada; una pareja acaramelada en un banco; otro haciendo deporte en el parque, y así sucesivamente… De modo que entre los ocho cubríamos una extensión más que suficiente sin necesidad de salir detrás del investigado. Solo teníamos que advertir al siguiente compañero que Julio se dirigía hacia su zona para que estuviese prevenido y nos comunicase su siguiente destino.

Así hicimos. Salió a pasear con su bicicleta y, cuando la devolvió en la tienda empezamos el operativo:

—Detective 1: El objetivo acaba de dejar la bicicleta y se encamina en dirección norte. Va por la calle principal, gira hacia la derecha.

—Detective 2: Ya lo veo, se ha parado y está esperando a ver si alguien viene detrás. Continúa hacia la playa. Allí están Carlos y María.

—Detectives 3 y 4: Lo tenemos, se ha vuelto a girar y se ha sentado en un poyete. Se levanta, continúa hacia la plaza.

—Detective 5: Yo estoy en la plaza, viene hacia mi posición. ¡Esperad, se mete en un portal! ¡Tenemos el edificio! Voy a acercarme a ver si puedo ver el piso al que accede.

El compañero se acercó despacio hacia la entrada del portal y, cuando se asomó para intentar ver si subía las escaleras, la puerta se abrió de repente. Julio estaba dentro del portal vigilando a través del cristal.

—¡¿Qué haces aquí?! —gritó en actitud agresiva—. ¿Me estás siguiendo? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? —Se enfrentó al compañero propinándole un fuerte empujón con el

pecho.

—Pero ¿qué haces? —respondió el detective, estoy buscando una dirección…

—¡Mentira! ¡Me estáis siguiendo desde hace meses!

—Pero ¿qué dices? Anda, déjame en paz, estás loco…

En ese momento, Julio le dio un empujón al compañero, que disimuló diciendo que iba a llamar a la policía. Sacó su teléfono y el investigado echó a correr en dirección opuesta.

—¡Chicos, nos ha puesto una trampa! ¡Atentos que va de nuevo hacia la playa!

—Detective 6: ¡Visto! Gira a la izquierda, va por detrás de la gasolinera. Está fuera de sí, parece enfadado, mira hacia un lado y otro.

Allí estaba Elsa, bajo la cobertura de estar hinchando las ruedas de su coche. Curiosamente, ella (Tania), la persona con la que Julio hablaba varias horas al día, fue quien lo vio entrar definitivamente en su vivienda. Un pequeño portal de la calle Tramontana.

Con un poco de paciencia cruzamos las imágenes que habíamos reconstruido con las fotos que nos enviaba Julio en el interior del apartamento, y encontramos el anuncio, aún en vigor, en una conocida plataforma web de alquileres de temporada. Contactamos con la agencia y conseguimos saber que el apartamento había sido arrendado por un ciudadano francés llamado Michel Lambert.

Esa noche hicimos una fiesta en Puerto Banús para celebrar el éxito conseguido.

Lo ocurrido con este asunto me hizo pensar también en la importancia de los recursos. Realmente todo es posible con una buena planificación y medios. En este caso fueron humanos: hicieron falta ocho personas para encontrar su vivienda. En otras ocasiones son los medios técnicos los que nos ayudan, las fuentes humanas, etc. Pero lo que está claro es que la información que nos reportó Tania fue la piedra angular. Sin ella, no habríamos podido centrar nunca a este sujeto.

El arte de la guerra de Sun Tzu, el mejor libro de estrategia de todos los tiempos, menciona una máxima que siempre tengo presente:

> Lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es la información previa.

Desgraciadamente, para la justicia, mientras no se demuestre lo contrario, Michel Lambert no es un delincuente. No hubo coacción ni chantaje ni extorsión en la entrega del dinero. Soledad la hizo libre y voluntariamente para realizar una operación inmobiliaria. Se trata de un pacto entre particulares en el marco de una relación sentimental, y así se lo trasladó la policía a Soledad. Además, al haber sido en efectivo no hay manera de demostrar la transacción.

Nuestra clienta intentó hacer una reclamación civil de cantidad, pero Michel Lambert nunca recogió la comunicación. Finalmente, la clienta optó por contactar con una empresa de cobro expeditivo que hizo una visita informativa a Michel en el apartamento de la calle Tramontana. Tras darle un plazo razonable para liquidar la deuda, este desapareció sin dejar rastro. Hoy Michel puede llamarse Esteban, Javier, Jorge… y encontrarse en cualquier otra aplicación de citas listo para estafar a otra incauta.

7. De la locura y la ética

En esta fase de mi vida es cuando empecé a ser consciente de mi adicción al trabajo. Llevaba años dedicándome en cuerpo y alma a esta actividad con una gran intensidad operativa. No podía dejar de trabajar, mi cabeza no entendía la vida sin un expediente en curso, sin un objetivo operativo, sin un viaje pendiente… preocupaciones que me acompañaban día y noche y que tenía que compaginar con una intensa vida en familia y el cuidado de dos niños pequeños.

Fue aquí también cuando experimenté un importante susto de salud que cambiaría mi vida para siempre.

Era Nochebuena. Como todos los años, habíamos alquilado una casa rural en un pueblo para celebrarla en familia. Tras una copiosa cena y una tranquila velada de tertulia, me despedí de mis familiares, acosté a mis hijos y me metí en la cama con mi por entonces mujer, quien ya se había ido a dormir minutos antes. Una vez arropado, empecé a sentir un calor agobiante que no me dejaba pegar ojo. Después de varias horas de insomnio me empezaron a asaltar pensamientos de todo tipo con tal frenetismo que me costaba centrarme en alguno de ellos en concreto. Al rato, solo se me hacían presentes los pensamientos negativos. Intentaba enfocarme en cosas buenas y agradables, pero estas carecían de sentido. No entendía nada: «¡Yo soy un tío positivo —pensé—. ¿Cómo es posible que esté pensando esto?».

Conseguí dormir un rato, pero exactamente a las 4.00 de la madrugada me desperté con una increíble lucidez. Veía toda mi vida desplegada ante mí: pasado, presente y futuro. El problema es que esa hipersensibilidad mental solo potenciaba el pesimismo que me asaltaba. Mi pasado me parecía una pérdida de tiempo, detestaba mi presente y veía el futuro oscuro y desolador.

No encontraba motivación en absolutamente nada de lo que me rodeaba y tenía la sensación de haber tirado toda mi vida por la borda.

Me entraron sudores fríos, empecé a sentir opresión en el pecho y a hiperventilar. Mi cabeza no paraba de pensar frenéticamente, desechando automáticamente cualquier atisbo de positividad y enfocada exclusivamente en la desesperación que me producía mi propia vida. Me veía cada vez más dentro de un túnel oscuro y profundo, y la luz de salida al fondo, cada vez más lejos. Creía que me estaba volviendo loco.

El hospital más cercano lo tenía a una hora y no estaba en condiciones de conducir, así que intenté tranquilizarme tomando una infusión, pero no era posible, esa espiral de desolación no hacía más que crecer, y la ansiedad era ya insoportable. Rompí a llorar sin saber muy bien por qué, ya que no había un motivo concreto, todo me enturbiaba, todo me preocupaba, todo me daba miedo.

Jamás he vivido una sensación igual, de repente pierdes el control de tu cabeza y no encuentras consuelo ni motivación en absolutamente nada.

La mañana siguiente la pasé como pude, somnoliento y desubicado. Trato de aparentar normalidad, pero cada vez que intento contar lo sucedido se me pone un nudo en la garganta.

Comenzó a atardecer y, al ver el sol ponerse, empecé de nuevo a sudar frío, se me erizó la piel y sentí desasosiego. De pronto me entró miedo, no soportaba la idea de volver a pasar una noche como la anterior: miedo al miedo.

Decidí adelantar mi regreso a Madrid, y aún bastante perturbado conseguí quedarme dormido, quizá debido al cansancio que arrastraba. Pero de nuevo, exactamente a las 4.00 de la madrugada, me despierté sobresaltado.

Se me aceleró el pulso, se me encogió el estómago, comencé a sudar y a sentir la misma presión en el pecho. Antes de que la ansiedad se apoderase de mí decidí vestirme y salir corriendo al hospital más cercano.

Me atendieron de urgencia, tenía la tensión por las nubes y el pulso disparado. No podía verbalizar lo que me sucedía, estaba confuso, no era capaz de ordenar las ideas y parecía que el corazón se me iba a salir del pecho. Me dieron varios tranquilizantes y, al rato, pude salir del centro con un volante para que me viera el médico de cabecera a primera hora.

Jamás en mi vida estuve tan impaciente por ver a un doctor. Necesitaba saber qué me estaba pasando, y, sobre todo, poner una solución inmediata. Me diagnosticó un cuadro de estrés, curiosamente familiar, y me explicó que había sufrido un ataque de pánico y una crisis de ansiedad, y que muy posiblemente estaría deprimido un tiempo. Me recetó algunos medicamentos para producir serotonina y me marché cabizbajo y desconsolado. Me percibía a mí mismo como una calamidad, un deshecho humano, sentimiento que arrastré durante varias semanas, tal y como me había anticipado el médico.

De esa experiencia aprendí muchas cuestiones que me hicieron reflexionar, además de comprender cosas que les suceden a los investigados que están, por ejemplo, dados de baja laboral psicológica:

La salud mental es incluso más importante que la física.
puedes ser feliz con una limitación o dolencia, pero nunca con una depresión.

Pronto me di cuenta de que había tocado fondo. Había cosas en mi vida que debía cambiar. Estaba sufriendo una sobrecarga profesional y familiar en medio de una gran confusión emocional. Era imprescindible hacer algunos cambios en mi vida si quería recuperar la salud. Me percaté de que no era feliz en algunos ámbitos elementales, y lo peor de todo es que jamás había compartido mi frustración con nadie, precisamente todo lo contrario que recomiendan los psicólogos.

Entendí la importancia que tiene expresar tus emociones, contarle a alguien tus problemas. Los detectives pasamos mucho tiempo solos, pensamos demasiado. Nos realimentamos con nuestras penas y fracasos, y además con un alto nivel de autoexigencia, lo que hace que nos flagelemos continuamente.

Cuando tuve la claridad suficiente para entender esto, anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

Rumiar tus desdichas es al alma como latigazos
a la espalda.

Durante este terrible periodo, en el que me asustaba incluso montar en el autobús, valoré y recordé las etapas en las que estaba en plenitud de facultades, desafiando continuamente al miedo.

Recordé todas las veces que había forzado los operativos estando a punto de ser

descubierto por los investigados, arriesgando al límite y en situaciones de muy difícil escapatoria.

Rememoré anécdotas concretas, como cuando acabé en Las Barranquillas, un poblado ocupado por toxicómanos, caminando entre *zombies* con 3.000 euros en el bolsillo intentando recuperar una moto robada. Cuando me colé en la propiedad de un delincuente en Bulgaria, para intentar sacarle una confesión acompañado de un intérprete local. Cuando hice noche en solitario en aquel tétrico albergue perdido en mitad del desierto. Cuando me infiltré en una secta, o las veces que me he quedado encerrado en los garajes de mis investigados…

Apuntaba en *Mi cuaderno de reflexiones* frases como esta:

No hay peligro en exceso sino valor en defecto.

Esa terrible experiencia duró unos pocos meses. Como siempre en mi vida, el trabajo fue mi antídoto. No podía permitirme flaquear. Mis clientes me necesitaban, la gente que trabajaba conmigo confiaba en cobrar a final de mes y no podía defraudarles.

Así que, como buen autónomo, me curé en el coche. Salía cada mañana a trabajar como si no pasase nada, pero dentro de mí había un montón de emociones revueltas intentado ajustarse poco a poco.

Todo esto me hace pensar en lo débiles que somos. Nuestra vida está completamente condicionada por la salud mental. Esta es el primer eslabón de la cadena, pues afecta a la forma en que pensamos, sentimos y actuamos. Tomamos nuestras decisiones, normalmente, partiendo de la manera en la que interpretamos la realidad; nuestras emociones juegan un papel clave para ello. Cuando no estamos sanos emocionalmente podemos procesar la información de forma distorsionada, como en el caso de algunos trastornos mentales.

Siempre he pensado que todos deberíamos pasar cada cierto tiempo una ITV mental. Una ITM 😊. Creo que esto podría prevenir muchas depresiones, suicidios e incluso algunos delitos.

Tu mente es el principio y final de tu existencia,
cuídala, quiérela, mímala…

Los detectives privados, aunque estudiamos psicología en la carrera, no somos psicólogos, pero en no pocas ocasiones se nos exige actuar como tal. Más que nada porque somos catalizadores de los asuntos de personas con problemas y, a veces, debemos gestionar situaciones delicadas.

Nos encontramos a menudo personas deprimidas, con altos niveles de ansiedad, que rompen a llorar en el despacho antes, durante y después de la contratación del servicio. No cabe duda de que están atravesando un mal momento, quizá un psicólogo o psiquiatra podría diagnosticarles algún tipo de trastorno, pero no nosotros. Nuestra misión aquí no es curarles, sino facilitarles la información y pruebas que necesitan, bien para confirmar aquello que les perturba, o resolver algún problema personal o jurídico. No obstante, muchos de nuestros clientes se apoyan en nosotros hasta tal punto que nos piden una intervención más allá de nuestro cometido como detectives.

Eduardo y Charo, un matrimonio de Bilbao, él empresario de la construcción y ella dedicada a las labores domésticas, con un estatus social medio-alto, tienen una hija

única en la universidad de unos veinte años de edad.

Últimamente, Paula está teniendo un comportamiento rebelde, debido a que sus padres no aceptan la relación que mantiene con Sergio, un compañero de la pizzería donde trabaja a tiempo parcial para pagar parte de sus estudios. Los padres piensan que ese chico es un «chulo de gimnasio», que está con ella por interés, que solo quiere aprovecharse del estatus de su familia y que lo que pretende es apropiarse de todos sus ahorros. En mi conversación con ellos detecté una excesiva animadversión hacia Sergio, apenas sin información ya se habían creado una idea maquiavélica del muchacho.

—¡Este lo que quiere es sacarnos todo el dinero! —exclamaba Charo indignada—. ¡Es un chulo que no tiene donde caerse muerto! ¡Le va a destrozar la vida, a ella y a nosotros! —continuaba lamentándose, con un discurso cada vez más dramático.

—Bueno, Charo, no te preocupes que todo tiene solución. —dije yo, intentando tranquilizarla—. Lo primero es verificar que esto que cuentas es realmente así.

—¡Pues claro que es así! Además, este chico nos ha agredido verbalmente en nuestra propia cara. Les sorprendimos aquí a los dos y cuando le echamos nos dijo: «Sois unos putos locos y vais a volver loca a vuestra hija» —explicó, con un discurso sólido y convincente.

—¿Y cómo podemos ayudarles? —pregunté.

—Desde que se fueron ese día no hemos vuelto a saber de ella. ¡Es nuestra hija! Comprenda que no podamos dormir tranquilos hasta no saber que se encuentra en buenas condiciones, además que seguimos pagándole todos los estudios.

—Bien, háblame de ella, Charo.

—Es alta, morena, muy guapa; estudia Medicina en la Universidad de Deusto. El problema es que tiene un trastorno límite de la personalidad. Eso es lo que nos preocupa, que no está preparada aún para salir de casa. Tiene que tratarse e ir al psiquiatra, medicarse y entonces quizá, cuando esté curada, podrá establecer relaciones con alguien…

—Vaya, ¿el trastorno está diagnosticado? —pregunté.

—Eh… bueno, eso lo sé yo porque he leído mucho sobre el tema. Tiene pendiente ir a la psiquiatra a que se lo diagnostique.

Ellos parecían estar sufriendo mucho. Charo hablaba despacio, con la mirada perdida y fumando compulsivamente. Conté cómo se encendió hasta diez cigarrillos antes de perder la cuenta. Pero lo cierto es que su discurso empezaba a chirriarme. Efectivamente, podría existir la posibilidad de que Sergio no fuera de fiar, pero me daba la sensación de que Paula se había ido de casa de sus padres por otro motivo. El hecho de que la chica no tuviera el trastorno diagnosticado también me hacía poner en duda el discurso.

Desde luego, el caso debía investigarse. Existiese o no trastorno, los padres tenían derecho a saber dónde se encontraba su hija. Primero por una cuestión de seguridad, segundo, porque aún dependía económicamente de ellos.

Tras negociar el presupuesto, aceptaron finalmente, firmaron el encargo en ese mismo momento a través de la *tablet* que siempre llevo a las reuniones con mis clientes.

La forma en la que Charo gestionaba el conflicto me parecía excesivamente trágica. Era demasiado intransigente con Paula. Repetía una y otra vez que debía acatar sus normas si quería seguir percibiendo el dinero para la universidad y que las chicas de su edad deben obedecer y guardar respeto a sus padres. Al mismo tiempo tenía una enorme fijación con Sergio, acusándole incluso de maltratar psicológicamente a su hija.

Después de esto, antes de que pudiéramos empezar a trabajar, ya empezamos a recibir llamadas de Charo a cada rato. Las conversaciones con ella duraban más de una hora; nos contaba lo mismo una y otra vez. Se flagelaba sufriendo al rememorar los hechos continuamente.

Nos pusimos inmediatamente en marcha, y al día siguiente montamos un operativo para seguir a la joven desde la pizzería donde trabajaba después de la universidad.

Salió tarde, en solitario. Nos condujo hasta una calle oscura, donde entró en el portal de un piso antiguo situado en un barrio humilde de la periferia. Allí pernoctó, aparentemente en solitario.

Prolongamos unos días la espera a fin de confirmar si verdaderamente estaba sola o en compañía de Sergio. Pero, tras varios días de observación, solo veíamos a Paula entrar y salir del edificio, ir a la universidad, a la pizzería, pero en ningún momento se reunía con su pareja, algo que también nos extrañó.

Averiguamos por las redes sociales que él había dejado el trabajo en la pizzería, pero ambos jóvenes hacían publicaciones por separado. Ella estaba centrada en los exámenes, de modo que no teníamos información que confirmara que la relación continuase en vigor.

Comunicamos esta información a nuestros clientes:

—Buenos días, Charo, tenemos algo de información: parece que tu hija está viviendo en una casa sola, estamos averiguando la titularidad.

—¿Y Sergio? —preguntó ella

—Parece haber dejado el trabajo, pero no hay rastro de él por aquí.

—¿Qué? —La clienta entró en pánico—. ¿Qué no está él? Pero ¿como es posible que esté sola? Ella no tiene dinero suficiente para afrontar un alquiler.

—Pues aún no sabemos, pero él no aparece. Tampoco publican nada relevante en las redes sociales. Es como si ya no estuvieran juntos.

A partir de este momento, las llamadas de Charo eran aún más insistentes. A cada rato recibíamos un mensaje, un correo o una llamada repitiendo las mismas cuestiones una y otra vez, suplicándonos ayuda y preguntándonos por los avances a cada rato.

Pasaron unos días sin tener mucho que contarle a nuestra clienta cuando, por fin, vimos aparecer a Sergio con una bosa de viaje. Tan solo estuvo un par de horas en la casa y volvió a salir. Se encaminó al domicilio de sus padres, donde estuvo el resto del día. Después recogió a Paula de la universidad y entraron juntos a la casa.

Al contarle los avances a Charo, esta ya había elaborado su propia hipótesis de la situación:

—Esto solo se explica siendo Sergio traficante de droga y teniendo otra pareja que no es ella —sentenció Charo—. A mi hija la tiene sometida y anulada. Encerrada en esa casa ejerciendo la prostitución. Por favor, siga investigando. Y quiero un profundo análisis de las redes sociales por si están vendiendo sus fotos en Internet.

Sin duda, Charo quería ver en esta situación una gran trama novelesca. No quería aceptar la idea de que Paula se hubiera ido de casa por su propia iniciativa.

Continuamos la investigación y averiguamos que la cuestión era más simple que lo que pensaba la madre. Sergio había encontrado trabajo de vigilante, con turno de noche, razón por la que no coincidíamos en sus horarios. Entendimos también por qué Paula pasaba el resto del día haciendo su vida por separado. Comprobamos que el alquiler del piso donde vivían lo estaba pagando íntegramente Sergio.

El caso podría haber quedado resuelto con estos resultados. Ya teníamos la

información completa. Ella estaba localizada, y los dos vivían felizmente en un piso alquilado por él. Sergio trabajando en su nuevo puesto como vigilante y Paula estudiando para sus exámenes.

El problema es que Charo seguía insistiendo. Defendía su hipótesis hasta el final. Para ella Sergio era narcotraficante y su hija, prostituta. Además, aseguraba que él tenía una doble vida.

Era muy complicado quitarle la idea de la cabeza, así que decidimos dar un paso más y hacer una prueba de lealtad a Sergio. Algo que hacemos a veces cuando queremos saber si el investigado cumple el perfil de *infiel circunstancial*.

Amanda, una de nuestras compañeras detectives se integró en sus redes sociales y accedió a él enviándole un mensaje privado.

—¡Hola! ¿Eres Sergio? ¿El de la pizzería?

—Sí, aunque ya no trabajo ahí. ¿Quién eres?

—Soy Amanda, no nos conocemos personalmente, pero te he visto en el trabajo y me gustas.

—Pues viendo tu perfil, tampoco estás nada mal. ¿Quieres que nos veamos algún día?

—Claro que sí.

Sergio había mordido el anzuelo. La conversación subió de tono, incluso envió fotos eróticas a Amanda. Llegó el punto en el que él estaba dispuesto a engañar a Paula diciendo que iba a hacer horas extraordinarias como vigilante, para mantener un encuentro sexual con su nueva amiga de Internet.

Comunicamos los resultados a la clienta, salvaguardando por supuesto los detalles escabrosos y la literalidad de la conversación.

—Charo, hemos probado la lealtad de Sergio y debo darte, en parte, la razón. Parece que él no tiene problema en engañar a Paula.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Sabía que era un golfo —exclamó ella excitada.

Esto debería haber acabado aquí, pero no fue así.

—Ahora lo que necesito es que quedéis con él de verdad y le pilléis en una actitud comprometida, desnudo, besándose, etc. Si la detective que tenéis no es capaz de hacerlo, contratad a una prostituta que lo haga. Pago lo que sea necesario.

—¿Qué? No, Charo, lo siento. Ya nos hemos excedido en nuestras funciones para que tengas una información más completa sobre el perfil de Sergio, pero no podemos incitarle a que cometa ese hecho. No es ni ético ni legal. Creo que con esto tienes suficiente —expliqué yo intentando quitarle la idea de la cabeza.

Charo montó en cólera, no entendía que nuestro trabajo fuera solo obtener la información. Esperaba que tendiéramos una trampa a Sergio para utilizar las pruebas en su contra. Se puso muy agresiva, y ahí descubrimos los verdaderos intereses de la clienta. Quería chantajear a Sergio para que desapareciese de la vida de Paula.

Su insistencia era ya insoportable. Me pidió una y otra vez que le enviara evidencia de la deslealtad del novio de su hija. Le expliqué que no podíamos compartir una conversación íntima y privada de esas dos personas, aunque una de ellas fuera una identidad simulada, ajena en principio al vínculo legítimo que debe existir en toda investigación.

En todo caso, podría hacerle un resumen de la situación para dar cumplimiento al contrato que habíamos firmado, y con la esperanza de que esto fuera suficiente para dar por cerrado el caso.

Así lo hice, le resumí lo que habíamos averiguado, pero le pedí encarecidamente que no anticipase nada a Paula hasta no terminar la investigación. Le informé de que esto podía ponernos en peligro, además que puede evidenciar el hecho de que estaban siendo investigados.

Demasiado tarde. En el mismo momento en que la clienta recibió nuestro mensaje se lo reenvió a su hija. Actuó de forma impulsiva, haciendo caso omiso a nuestras recomendaciones.

Ese día, Paula salió de la universidad como cada tarde, pero esta vez no fue a la pizzería. Salió a toda prisa, con cara de pocos amigos. Tomó su coche y se reunió con Sergio en una cafetería, donde presenciamos una gran discusión. Paula mostró los mensajes de su madre a Sergio, al tiempo que le insultaba y le golpeaba en el brazo claramente enojada.

—¿Cómo eres tan cerdo, Sergio? ¡Me voy de casa para ir a vivir contigo y me haces esto!

—Tranquila, Paula, tiene explicación.

—¿Explicación? ¡Eres un sinvergüenza y un guarro! ¡No quiero saber nada de ti!

—Espera Paula, déjame ver esos mensajes…

Cuando Sergio leyó que realmente se trataba de un resumen, y no de las evidencias reales, aprovechó para salir de la situación culpando a su madre.

—Espera, espera… ¿No ves que esto lo ha escrito tu madre? ¡Sabes que ella me odia! ¿No puedes pensar que se lo ha inventado? —se excusó.

Paula enmudeció de repente y quedó pensativa unos instantes. Continuaron la discusión, pero la intensidad descendía hasta que finalmente llegaron a la reconciliación. Terminaron besándose y marchándose abrazados.

Por una cuestión de ética, no podíamos permitir que Paula viviese engañada y continuase con la relación con Sergio como si nada. Merecía saber, al menos, que la conversación entre Sergio y Amanda era real. Y a partir de ahí tomar una decisión.

Así que Amanda apareció en escena. Al salir de la pizzería abordó a Paula y le dijo que una amiga le había dicho que trabajaba ahí y le mostró parcialmente la conversación con Sergio, así como algunas evidencias gráficas de que este le había enviado fotos eróticas y estaba dispuesto a quedar con ella. Paula rompió a llorar.

—¡Era verdad! ¡Lo sabía, es un mentiroso! ¡Mi madre tenía razón! Gracias, gracias por abrirme los ojos. No lo quería ver, pero es verdad.

Finalmente supimos que Paula había perdonado a Sergio, había tomado la decisión de seguir con él, pero al menos sabiendo toda la verdad.

Historias como esta me hacen reflexionar a menudo sobre la importancia de la sinceridad dentro de una relación. No existe la relación perfecta, pero, desde luego, ninguna puede considerarse saludable si no se sostiene en la verdad. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

UNA RELACIÓN SANA ES UNA PARTIDA QUE DEBE JUGARSE CON LAS CARTAS BOCARRIBA.

Paula y Sergio cerraron todas sus redes sociales y se distanciaron aún más de sus padres. Charo no consiguió separarlos, más bien todo lo contrario. Pero estaba claro que existía un problema de base: la salud mental de la madre de Paula.

Dedujimos que el famoso trastorno que Charo quería atribuir a su hija lo tenía ella:

presentaba comportamientos neuróticos, pensaba y actuaba con una rigidez absoluta, replegada en sus propias frustraciones. Mostraba comportamientos polarizados: pasaba frecuentemente de la tristeza a la ira, del enfado a la alegría. Se obsesionaba con cuestiones triviales viendo peligro y desgracia en situaciones completamente normales. Creo que Charo buscaba un culpable para no asumir que Paula quisiera irse de casa por no soportar la conducta enfermiza de su madre.

Soy detective, sí, pero también padre de tres hijos. No puedo evitar ser sensible a estos temas. El ámbito de familia representa un porcentaje muy importante de los casos que investigo, y veo múltiples relaciones entre padres e hijos de las que aprendo siempre, y aun así seguro que cometo mis propios errores.

Igual que no nos enseñan a vivir en pareja, tampoco nos enseñan a educar a nuestros hijos. Es una tarea que debemos aprender y emprender por nuestra cuenta. De ahí que lo hagamos, sin más esquema, que el de nuestra propia experiencia, influidos inconscientemente por la educación que hemos recibido.

Conozco personas que han vivido estilos educativos muy autoritarios y que ahora, al incorporarlos a su familia, han conseguido que sus hijos no les dirijan la palabra, no les tengan cariño ni aprecio.

Otras, que se han criado en modelos más anárquicos, ahora sus hijos les han perdido todo el respeto.

Yo he tenido la suerte de nacer en una familia muy cariñosa, donde no faltaban besos y abrazos a diario. Jamás vi a mis padres discutir, nunca escuché en mi casa una voz más alta que la otra. Haberme criado en este clima de serenidad hace que me disloque la agitación que veo en otras familias. Pero esto también me ha dado problemas a la hora de gestionar mi propia vida. Viviendo en una familia como la mía he aprendido a impregnar de amor todo lo que me rodea, pero no adquirí herramientas para enfrentarme a los conflictos.

La familia debe ser un refugio, pero también
una escuela para ser fuerte fuera de ella.

Este episodio ilustra la idea de que los padres son el principal referente de los hijos, si estos no gozan de una adecuada salud mental todo se descabala. Si basamos la educación de ellos en nuestras propias carencias no solo estamos confundiéndoles, tampoco les estamos dejando ser libres; cuando alcancen la edad adulta seguramente se alejen de nosotros.

Santiago y Soledad, unos conocidos, tuvieron un único hijo al que llamaron Pablo. Cada vez que quedábamos con ellos me llevaban los demonios. El niño —por entonces de tres años de edad— era de lo más normal: quería jugar, quería gritar, quería saltar, quería bailar y se manchaba comiendo, como todos los niños de este mundo. Costaba mucho trabajo centrar una sola conversación con esta pareja de amigos porque siempre estaban pendientes del niño. ¡Pablito, no juegues con eso! ¡Pablito no grites! ¡Pablito no saltes! ¡Pablito no bailes! ¡Pablito siéntate bien que te vas a manchar!... El niño recibía ordenes constantemente. Absurdas, porque no estaba haciendo nada que no haga un niño de su edad en un ambiente de adultos. En una ocasión, cuando ya estaba harto de ver lo que veía, les dije: «Santi, Sole, con todos mis respetos, creo que deberíais jugar, gritar, saltar, bailar y mancharos un poco más».

No he vuelto a saber de ellos.

Sé que es difícil desarrollar conscientemente el estilo educativo ideal para los hijos, intervienen demasiados factores. Pero lo que, para mí, es del todo inadmisible es que traslademos a los menores nuestras propias neuras, nuestros propios miedos. No creo que esto tenga ningún efecto positivo en ellos, sino más bien crearles inseguridad y ansiedad en el futuro. Traemos al mundo un universo nuevo, muy diferente a nosotros. Ellos vienen con sus propios recursos y poseen su propia personalidad, no debemos empeñarnos en educarles a nuestra imagen y semejanza. Supongo que lo mejor que podemos hacer con nuestros hijos es, simplemente, sembrarles autoestima, no ego, y prudencia, no miedo.

No soy psicólogo infantil, ni lo pretendo, pero el sentido común me dice que debemos marcarles límites, sobre todo de seguridad y de respeto, pero no olvidar que son niños, que hay que dejarles serlo, no robarles su infancia.

La infancia es un paraíso temporal que solo conocen los niños, respeta sus normas y ellos respetarán las tuyas.

Hay clientes que llegan al despacho con trastornos mucho más graves, delirios de todo tipo, paranoias, manías persecutorias, etc. Aquellos que presentan algún tipo de patología y buscan un aliado que pueda dar coherencia a sus delirios ven en el detective la persona idónea.

Saber detectarlo a tiempo debe ser la primera misión que debemos afrontar, pues de no ser así podemos causar más daño al cliente, o meternos en algún lío. Ante la duda siempre hay que tener la tarjeta de un buen psicólogo a mano.

En mis conferencias suelo clasificar a los clientes «especiales» que frecuentan los despachos de detectives con síntomas de padecer algún tipo de trastorno, según la realizada por el psicólogo David Shapiro. En su libro *Estilos neuróticos* postula sobre la idea de que los síntomas psicopatológicos se encuentran en el carácter, lo que denomina la *psicología del ego*, distinguiendo entre pacientes obsesivos-compulsivos, paranoicos, histéricos e impulsivos. Curiosamente, todos estos estados los reconocemos frecuentemente en los despachos de detectives. Como por ejemplo, los comportamientos histéricos e impulsivos que encontrábamos en Charo.

Una mañana recibí la llamada del señor Lozano, un recién jubilado del ejército, cargo miliar de alto rango que vivía viudo en un piso del barrio de Salamanca.

—Buenos días, señor detective —se presentó con tono grave y rimbombante—. Soy el comandante Emilio Lozano Pérez y tengo un problema muy serio. Le rogaría enviase a alguien urgentemente a mi casa en la calle Serrano. Pero es importante que esté especializado en ruidos.

—De acuerdo, señor, en una hora puedo visitarle en su vivienda.

Con una primera llamada no podemos juzgar si un cliente tiene algún trastorno, aunque pueda parecerlo de entrada. Aun así, a veces, podemos ayudarles.

El señor Lozano vivía en un piso señorial, en un barrio de los más acomodados de la capital. En la casa había un silencio sepulcral, toda la vivienda estaba revestida en madera noble, a excepción de los techos, y decorada con todo tipo de efectos militares, metopas, trofeos, condecoraciones, etc.

Me invitó a sentarme en un cuidado y lujoso sofá, sobre el que había puesto una sábana doblada para no deteriorarlo al sentarme. Tras ofrecerme un café, comenzó a

relatarme su problema.

—Vamos a ver, le cuento lo que me pasa: me están haciendo la vida imposible. Así, en estas condiciones, no hay quien viva en esta casa.

En ese momento sacó una gruesa agenda completamente escrita en todas sus hojas, donde podía leerse:

LUNES, 1 DE ENERO
9.00 h.: Fuerte
9.02 h.: Semifuerte
9.05 h.: Leve
9.11 h.: Fuerte
9.30 h.: Arrastre
9.35 h.: Arrastre largo
10.00 h.: Arrastre débil
10.33 h.: Seco
10.41 h.: Semifuerte
…

Y así sucesivamente, desde el amanecer hasta el anochecer: de enero a diciembre, todos los días del año.

Me explicó que desde que se jubiló no paraban de producirse ruidos en el piso de arriba que le hacían la vida imposible. Los vecinos daban golpes y producían arrastres constantemente que le impedían hacer su vida normal.

En la vivienda había un silencio sepulcral, seguramente fruto del grueso revestimiento de madera. Si bien, tras permanecer unos minutos callados llegué a escuchar un leve arrastre.

—Ve, ve, ve… ¡Ahí lo tiene! —gritó el cliente—. Esto es lo que tengo que soportar todos los días a todas horas. Pero este que ha oído usted es «semifuerte». Los hay de todas las categorías, hasta «extrafuertes».

Cogió la agenda, buscó la página del día en el que nos encontrábamos, miró su reloj y realizó el apunte correspondiente.

Ciertamente, dado el silencio que había en su casa, cualquier cosa podía escucharse, pero desde luego el ruido que yo había escuchado era de lo más normal en un bloque de viviendas en el que vive gente encima de tu casa.

Yo no sabía si podía ayudar al señor Lozano, así que le pregunté.

—Muy bien, señor Lozano. ¿Y cómo cree que puedo ayudarle yo?

—Necesito acreditar que con los ruidos existen, porque en la policía no me hacen caso. También quiero denunciar al vecino de arriba para que pare de molestar.

Cuando estaba a punto de rechazar el encargo y de explicarle que lo escuchado no superaba el umbral de lo permisible, supuse que no quedaría conforme hasta no involucrarme en su problema. Así que se me ocurrió una solución.

—¿Qué le parece si hacemos un estudio sobre los ruidos que sufre, los documento en un informe, y si estos superan los decibelios permitidos hablo yo mismo con el vecino e intentamos ponerle solución? También podemos recoger una muestra de audio y, si el vecino me lo permite, puedo hacer pruebas en su casa para ver si coinciden con un uso normal de la vivienda.

—De acuerdo, cualquier cosa menos seguir viviendo este infierno.

Estaba convencido de que lo que necesitaba el señor Lozano era que alguien se involucrase en su problema. Estaba muy solo en su cruzada y buscaba un aliado con quien compartir su sufrimiento.

Coloqué unas grabadoras apuntando a los techos de distintas estancias. Todas estaban sincronizadas entre sí, con el mismo nivel de entrada y registraban en decibelios la intensidad con la que captaban el sonido. Si bien es cierto que la fiabilidad era relativa, pues dependía de muchos factores, como la distancia entre el micrófono y la fuente de ruido, etc. Lo que yo pretendía era simplemente determinar de qué lugares de la vivienda de arriba provenían los distintos tipos de ruido a que se refería don Emilio.

Dejé los equipos grabando varios días y, tras recogerlos, realicé un análisis pormenorizado del ruido que captaron los dispositivos. En este pude ver que los ruidos más molestos a los que hacía referencia el cliente provenían de la grabadora puesta en la cocina, se trataba de unos arrastres en los que, ciertamente, su volumen estaba muy por encima del resto de ruidos. Los demás quizá los amplificaba el propio cliente en su cabeza al fijar su atención en ellos, pero apenas reportaban valores significativos.

Documenté todo ello en un informe y le sugerí al cliente que me dejase hablar con el vecino de arriba, y así hizo.

—Buenos días, señora —me presenté a la vecina.

—Buenos días, ¿qué quería?

—Mi nombre es David, y vengo por lo de los ruidos del vecino de abajo…

—No tengo nada que decir —me interrumpió la vecina—. Ese hombre está loco, nos tiene hartos a todos los vecinos con el tema de los dichosos ruidos. ¡Que se vaya a vivir a un chalet! —exclamó furiosa—. Aquí hacemos una vida normal y corriente.

—Bien, no se preocupe. Soy investigador y simplemente me ha contratado para ver si podemos encontrar una solución a esto. Mi estudio señala que los ruidos más fuertes provienen de esa zona. ¿Me dejaría echar un vistazo?

—Sí, claro, verá que ahí no hay nada que moleste.

Como había dejado las grabadoras en funcionamiento me dispuse a arrastrar los muebles y enseres de todas las estancias como se arrastrarían realizando una vida normal. Después lo hice fuertemente intentando causar molestias. Mi objetivo era cotejar la intensidad con la grabación de los días anteriores.

Sin embargo, me percaté de algo muy interesante. La vecina tenía una especie de suelo sintético por varias estancias de la casa y también algunas sillas con las patas de hierro. Las patas tenían en su punta una tapa de goma. La goma, al contacto con el suelo sintético, hacía vibrar la pata, y aunque la sensación de ruido en casa de la vecina no era muy fuerte, abajo coincidía exactamente con lo que el señor Lozano clasificaba de «arrastre extrafuerte». Habíamos dado con el problema.

Sugerí a la vecina que cambiara los tapones de las patas de las sillas por otros que no fueran de goma. O en su defecto que pusiera unos protectores de fieltro.

Así hizo, a los pocos días los ruidos se redujeron en un ochenta por ciento. La agenda del señor Lozano ya solo recogía los mismos ruidos, arrastres y golpes, pero esta vez eran de los que él clasificaba como «ruido leve».

Obviamente, don Emilio padecía un trastorno obsesivo compulsivo. Su cabeza solo estaba pendiente de los ruidos, él mismo los amplificaba al obsesionarse con registrar y clasificar cada uno de ellos.

Me consta que el señor Lozano ahora puede realizar una vida normal en su vivienda. Le quitamos un gran peso de encima al hacer desparecer los «arrastres fuertes

y extrafuertes».

Este caso afortunadamente acabó bien, pero porque conseguimos apaciguar el sonido. Trabajar para resolver el problema de alguien que padece un trastorno puede ser a veces complicado. Más aún cuando se trata de un delirio paranoide.

Lucinda y Cecilia eran dos hermanas jubiladas que vivían en Albacete. Por teléfono todo parecía creíble. Me narraron una historia bastante sensata.

Decían que sabían que su vecino, a quien en el pasado le habían dejado la llave de su casa, entraba a escondidas en su ausencia. Al parecer, lo hacía a través de un pequeño patio interior que separaba las dos viviendas.

Le intenté dar algunas recomendaciones de seguridad para evitarlo, pero insistió en que necesitaba que fuera a verlas, ya que el vecino era de alguien con un perfil muy especial, dispuesto a todo, y con medios. También les dije que tenían que comunicarlo a la policía. Pero me dijeron que ya lo habían hecho y que esta le pedían alguna evidencia.

No quería darme ningún detalle más por teléfono, pero su discurso parecía bastante creíble. Sobre todo, por la preocupación con la que narraba la historia.

Me desplacé a su casa, con todos los equipos en el maletero, dispuesto a poner una cámara oculta en la vivienda de las hermanas para capturar al vecino saltando.

Al llegar, me encuentro la puerta con más de seis cerraduras de seguridad, el patio interior blindado y ni una sola posibilidad de que alguien pueda entrar a la vivienda.

—Señora, ¿y me dice que alguien está entrando en esta casa?

—Sí, justo cuando salimos mi hermana y yo a comprar, ellos entran

—¿Por dónde? Si todo está blindado.

—Pues eso quisiéramos saber nosotras… pero desde luego nos faltan muchas cosas. Ah, y también de noche. Mientras dormimos han entrado.

—¿Y con qué fin? —pregunté, ingenuo.

—Para robarnos el pimentón dulce y el curso de mecanografía —respondió Lucinda con una seguridad pasmosa.

No había duda de que me la habían colado. Al no querer darme información por teléfono me había hecho una idea equivocada de lo que estaba sucediendo en esa casa.

Ya estaba dispuesto a renunciar al caso y a volverme a mi despacho, e intenté explicar a la clienta lo incoherente de caso.

—Bueno, vamos a ver… según mi experiencia esta casa es infranqueable.

—Ya, pero como puede usted decir eso si no sabe de lo que es capaz el vecino —me interrumpió.

—Veo además que tienen alarma…

—Sí, pero el vecino sabe cómo desactivarla…

—Además, sabe usted que entrar en una casa ajena es un delito muy grave. ¿Cree que alguien se jugaría años de cárcel para robar el pimentón dulce?

—Ustedes en su página web anuncian que pueden descubrir este tipo de cosas con medios de última tecnología, y es lo que quiero que hagan —me dijo Lucinda, enfadada —. Solo quiero pruebas empíricas.

—Y así es, Lucinda, tenemos un montón de equipos para verificar este tipo de cosas; de hecho, los he traído, pero dudo que aquí tenga sentido ponerlos.

Ya que había recorrido casi 300 kilómetros para viajar a casa de las hermanas, y en vista de que no era nada fácil desprenderme de ellas, pensé que quizá podría ayudarlas demostrándoles que allí no entraba nadie.

—Vamos a ver, si les parece podemos hacer algo. Yo instalo una cámara oculta en su salón enfocando a la puerta y al patio. Grabaremos durante quince días, y ustedes anotan en una agenda los días y las horas en las que desaparece algo. A la vuelta vemos el contenido. Si realmente entra el vecino, yo mismo lo denuncio y me persono como parte en el proceso.

—Sí, nos parece perfecto.

Viendo el panorama, les hice un presupuesto mínimo que cubriera, al menos, el desplazamiento hasta Albacete y las dietas para no perder dinero. Pero tenía claro que esto se trataba de un delirio.

Les expliqué que poner una cámara en una vivienda es un medio invasivo, y que necesitaría su consentimiento escrito. También les advertí que ellas no pasaran por su radio de alcance para no registrar falsas alarmas. Aun así, yo nunca me descargaría el contenido. Lo veríamos en directo los tres después del estudio.

Coloqué una microcámara en el adorno de una mesilla, conectada a un grabador que se activaba cada vez que detectaba movimiento. Tal y como estaba puesta, lo natural es que, a la vuelta de quince días, no registrase más movimiento que el de las hermanas entrando y saliendo de la vivienda.

Pasó el tiempo previsto y regresé a la casa de las hermanas provisto de un monitor para sentarnos a ver las imágenes. Les pregunté si habían desaparecido cosas estos días, y me dijeron que no echaban en falta nada, pero que sí había algunos cajones rayados, y cosas rotas y descolocadas.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa para ver las imágenes. Había habido un fallo de configuración, y el equipo empezó a grabar unos días después, pero, a cambio, no lo había hecho por detección de movimiento, sino las veinticuatro horas, lo cual nos venía mucho mejor, pues pensaba que así las hermanas quedarían completamente convencidas de que nadie entraba.

Como era de esperar, la cámara no registro movimiento alguno de personas ajenas a la vivienda, en cambio sí extrañas apariciones de Cecilia en la madrugada.

Como un fantasma, salía de la habitación, deambulaba sin sentido, cogía y dejaba cosas, se sentaba y se levantaba en el suelo y regresaba hasta salir del ángulo de visión de la pantalla.

—Bueno, Lucinda y Cecilia, como veis, nadie entra por el patio. Yo me inclinaría a pensar que es Cecilia quien, entre sueños, se despierta para esconder las cosas…

—¡Eso no es empírico, señor detective! —se quejó Lucinda—. Este vídeo no muestra más que a mi hermana paseando por la casa. ¡Ella no es la culpable, lo sé!

Estuvimos viendo durante horas las grabaciones minuto a minuto. Cada vez que había una interferencia saltaba Lucinda.

—Ahí, Ahí… ¿no lo ve? Justo en ese salto el vecino ha introducido una sonda magnética para detener el sistema. ¿Qué garantía me da de que dispositivo no se puede *hackear*?

Era imposible convencer a Lucinda de lo contrario, su rigidez era tal que llegaba a ponerse agresiva cada vez que le llevaba la contraria.

—Señora, yo no puedo decirle algo que no es verdad. Esto no miente, aquí no hay signos de manipulación, y nadie ha entrado a su casa durante quince días.

—¡Trece, perdona! —interrumpió ella con agudeza—. ¿Cómo sabe que los dos días que no grabó el dispositivo no entró mi vecino para manipularlo? ¿Eh?

—Señora, el grabador tiene un precinto, y está intacto.

—A este señor no le importan los precintos, ellos acceden desde la nube.

—Es una grabación local señora, precisamente para que no pueda manipularse remotamente…

—¡No me va a convencer! ¡Esto ni es serio ni es profesional! Yo me he gastado un dinero para que me diga quién entra en mi casa, no para que me diga que no entra nadie.

Con esa frase, Lucinda ya lo había dicho todo. Ella solo buscaba un cómplice para dar coherencia a sus delirios. Yo empezaba a agobiarme, estaba dentro de una espiral de sinsentidos. No había forma humana de convencer a esa señora. Necesitaba salir de esa casa, todo era surrealista, pero no me dejaban irme hasta no ver la grabación completa. Aunque lo estábamos pasando a cámara rápida eso nos llevaría por lo menos diez horas más. Así que decidí excusarme.

—Lo siento, Lucinda y Cecilia, me tengo que ir a cubrir un servicio.

—Ya… ¿y nos quedamos sin ver el resto de grabación?

—No se preocupe, quédense el grabador y el monitor y véanlo despacio, tranquilamente, ya me dirán si observan algo.

Salí de la vivienda como el que sale de la «casa del terror». Tuve que sentarme en el portal a tomar aire, porque el ambiente que se respiraba dentro era como estar en un manicomio. Me venía recurrentemente a la cabeza el viejo refrán:

NO HAY MÁS CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER.

Pasaron los días y no tenía noticias de las hermanas, así que decidí llamar para ver si podía ir a recoger mis equipos.

—Buenos días, Lucinda.

—¿Buenos días? ¡Ya era hora de que me llamase! —exclamó furiosa—. Estamos aquí viendo el vídeo a diario, y hemos anotado al menos veinte momentos donde sabemos que ha entrado el vecino… Y eso que solo hemos visto una tercera parte. Así que su estudio no ha funcionado. ¡No arroja datos empíricos!

—¡Y dale con los datos empíricos, Lucinda! ¿No ve que no existe forma humana de entrar en su vivienda?

—Ya, pues si quieres tus equipos, tienes que pillar in fraganti a la persona que entra en mi casa. No te los devolveré hasta que no me des esa garantía.

—Bueno, Lucinda, que disfrute usted los equipos.

Colgué y no volví a saber de ellas. Perdí unos equipos que me eran muy útiles, pero me ocasionaba tal malestar intentar convencer a Lucinda, que ponderé y preferí perder el dinero del grabador y el monitor antes de enfrentarme de nuevo a esa locura de situación. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

INTENTAR CONVENCER A UN DEMENTE ES UNA DISCUSIÓN INÚTIL: VIVIMOS EN MUNDOS DISTINTOS Y HABLAMOS IDIOMAS DIFERENTES.

Lo ético es aceptar el encargo cuando sabes que tu trabajo puede servir para ayudar al cliente. En el primer caso sabíamos que podíamos ayudar a Emilio, en el segundo creíamos que podríamos ayudar a las hermanas Lucinda y Cecilia, pero su trastorno estaba tan agravado que no había forma de convencerlas. Situaciones como estas a uno

le pillan de sorpresa. A partir de este caso implantamos una política mucho más estricta y, si logramos detectar el trastorno a tiempo, intentamos derivarles a otro profesional.

Para mí no hay mal peor que el perder la cabeza. Perder la conexión con la realidad te inhabilita por completo. El problema es cuando esto no se vigila y quien lo padece intenta imponer su fantasía al resto de personas que supuestamente están «cuerdas». No podemos, ni debemo culparles, porque para ellos no existe otra realidad que la que están viviendo. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

La demencia es ese duende juguetón que todo lo descoloca.

8. Oscuras intenciones: juegos de espía

Atrás quedó ese detective solitario que se encargaba de todas las tareas de la agencia. Estresado, cansado y habiendo superado un susto muy importante de salud.

De los errores hay que aprender, y eso hice, me empecé a tomar muy en serio eso de cuidarme. Ya no aceptaba todos los encargos. Tan solo aquellos que no me producían una sobrecarga emocional. Empecé a huir de la gente tóxica y a ser también selectivo con el tipo de clientes que cogía.

Por otro lado, superé una cuenta que tenía pendiente, la de «delegar» y confiar en la gente que trabaja para mí.

Tuve que hacerlo casi por necesidad. El médico me advirtió de que si no soltaba un poco el acelerador podría repetirse el desagradable cuadro de ansiedad que tantos estragos hizo en mi vida.

Así que empecé a diseñar una estrategia de cambio. Decidí confiar ciegamente en las personas que me venían ayudando e hice unos cambios drásticos en la oficina.

Analicé todas las funciones que realizaba y, como si de un abanico se tratase, las desplegué una por una, separando cada faceta y dividiéndolas en departamentos.

Contraté un equipo para el marketing y las redes sociales, cogí a una persona para la atención telefónica, formé a quien hoy es el director técnico de la oficina, me preocupé de entrenar a las personas que hoy están trabajando en la calle por mí, delegué la parte financiera que me consumía muchos recursos, e incluso creé un departamento de informes con una maquetadora y una redactora. Todo esto se dice muy pronto, pero me ha costado varios años encajar cada una de las piezas.

Sin duda, delegar supone también una gran inversión en tiempo y dinero.

Ahora todo se ha dimensionado. Los gastos son mucho mayores, pero también los ingresos. Estamos más organizados y capacitados para absorber más volumen de trabajo, también asumimos más riesgo, pero «casualmente» damos servicio a clientes mucho más interesantes. Suelo recordar el viejo proverbio chino:

Cavar el pozo antes de tener sed.

Mis problemas ahora son distintos. Ya no me preocupa pasar desapercibido en la calle, encontrar un buen punto de observación, hacer un seguimiento impecable o conseguir buenas imágenes… sino que mis equipos puedan hacerlo con la misma diligencia que yo lo hacía.

Cuando uno delega, hay cosas que se le escapan necesariamente. Causa mucha inquietud saber que no intervienes directamente en cada uno de los procesos. Pero ese es uno de los principios básicos del liderazgo.

Si quieres delegar, has de asumir los errores de tu equipo.

A veces la sensación es de pasarse el día apagando fuegos. Pero entiendo que es necesario para hacer crecer un negocio. Comprendo que, si no es así, no puedo esperar que mi empresa prospere.

No soy el típico director de corbata que se sienta en el despacho y le gusta generar en sus equipos esa impresión de autoridad. De hecho, nunca me gustaron los despachos directivos. En mi negocio, o todos estamos arriba o todos estamos abajo, no hay jerarquías. Cada uno sabe lo que tiene que hacer y lo hace lo mejor que puede. Yo, solo coordino y velo por que todo eso salga bien.

No se me caen los anillos cuando tengo que incorporarme a un operativo, diseñar una cobertura, montar una cámara oculta o… tratar a algún cliente molesto.

Don Federico era un señor de aspecto elegante que visitó inesperadamente mi despacho una fría mañana de invierno. Había viajado desde una población de Castilla la Mancha para venir a verme. No tenía cita, pero él mismo dio por sentado que le atenderíamos a la hora más conveniente para él.

De aspecto rudo, pero bien vestido y aseado, venía ataviado con traje de chaqueta y corbata, abrigo de paño y un sombrero de ante marrón oscuro. Su perfume no tardó en impregnarse en cada rincón de la oficina. Entró en el despacho despotricando, con voz grave, tono grosero y rimbombante.

—¡Vaya asco de ciudad que tenéis! ¡Aquí no se puede vivir, hombre! ¡Tengo a mi chófer dando vueltas sin poder aparcar! ¿Es que no hay un solo sitio para dejar el coche en la puñetera Gran Vía?

—Buenos días señor —dije yo, esperando un poco de educación por su parte—. Si me hubiera avisado de su llegada, le podía haber reservado una plaza de cortesía en el parking que hay debajo del edificio.

—Ya no hace falta —zanjó.

Me estrechó la mano con la palma orientada hacia el suelo, algo muy habitual en aquellos que quieren ejercer poder sobre el prójimo. Obviamente, era de esas personas que les gusta dejar claro que están por encima de ti, no te miran a los ojos, hablan con desprecio y les incomodan tus preguntas.

—Quiero contratar sus servicios —exigió don Federico.

—Claro, dígame qué le preocupa.

—Quiero saber vida y milagros de una persona.

—¿A qué se refiere con «vida y milagros»? —pregunté yo—. Necesitaría conocer el problema para ver cómo puedo ayudarle —aclaré intentando delimitar el alcance de su necesidad.

—¡Pues todo!, ¡todo es todo, ya se lo he dicho! Cuándo entra, cuándo sale, con quién se junta, dónde come, en qué se gasta el dinero… ¡todo!

—Ya, pero debe especificarme para qué —insistí.

—Pues no sé por qué quieres saberlo, te he dicho que necesito información y la voy a pagar. Ya veré yo qué hago con ella —replicó molesto.

Quise quitarle hierro al asunto y accedí parcialmente, con ánimo de conseguir algo más de información.

—Bueno, dígame, ¿de quién se trata?

En ese momento, don Federico extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un papel doblado que desplegó sobre mi mesa y, dando una fuerte palmada sobre el mismo, dijo:

—¡Esta!

Retiré lentamente el papel mientras intentaba adivinar las intenciones del cliente. En

el fragmento podía leerse el nombre de una mujer: Isabel García García, domicilio en la calle Rocinante.

—Muy bien, ¿podría decirme qué vinculo le une a esta persona? —pregunté.

—¡No! —contestó tajantemente.

—Pues me temo que no voy a poder ayudarle, la ley me exige que exista un vínculo claro y reconocido.

—¡Venga, hombre! ¿Me vas a decir que te tengo que dar explicaciones? ¡Tú eres el detective y yo el cliente, ya te estoy diciendo lo que quiero! Nunca me habían puesto tantos problemas. ¡Si es cuestión de dinero, me lo dices y punto!

La delicadeza de ese caballero brillaba por su ausencia. A pesar de que me considero un tipo paciente y diplomático, su soberbia y mala educación empezaban a molestarme.

—Don Federico, si no me convence de que tiene una vinculación y un motivo legítimo, me temo que no voy a poder aceptar su encargo en esta ocasión.

—O sea, ¿que me he recorrido 200 kilómetros para nada?

—De verdad que me gustaría ayudarle, pero la ley no me permite investigar a cualquier persona…

—¡Eso no es verdad! —me interrumpió—. Los detectives de mi ciudad no me ponen esos problemas. Me dan lo que les pido, les pago y no hacen preguntas

—Pues sepa usted que no están haciendo bien —repliqué—. Y se están jugando una sanción muy grave, además pueden retirarles la licencia.

—Entonces no quieres aceptar el encargo, ¿no?

—No —contesté igual de tajante que él minutos antes.

Don Federico se levantó con muy malos modales y se marchó sin apenas despedirse. Tan solo un forzado «gracias por su tiempo». Cuando ya estaba en el pasillo, antes de cerrar la puerta definitivamente retrocedió y, desde la entrada, con medio cuerpo aún dentro de la oficina exclamó: «¡Que sepas que hubiera pagado lo que me pidieses, y que has perdido un buen cliente!».

Y sin más cerró de un portazo y se marchó despotricando para sí mismo a lo largo de todo el pasillo.

La visita de don Federico me inquietó hasta tal punto que necesitaba saber cuáles eran sus intenciones. Así que introduje en Google el nombre de la mujer que pretendía investigar y ahí comprendí todo.

Isabel encabezaba un partido político que se presentaba a las elecciones municipales en su pueblo. La opinión general de los foros se inclinaba hacia ella como representación del cambio que necesitaba la población. El pueblo llevaba dos legislaturas completas con el mismo alcalde, pero a este le señalaban de corrupto en no pocos foros. La sorpresa llegó cuando al entrar en la página web de la población veo la foto de don Federico liderando la corporación municipal.

Claramente, don Federico estaba buscando desesperadamente una razón que pudiera desacreditar a su contrincante política. Además de alcalde, era un viejo terrateniente conocido en la comarca por poseer varias empresas y propiedades importantes.

Hay quien cree que los detectives somos mercenarios a sueldo, que podemos ser utilizados para fines de dudosa legalidad. Algunos piensan que servimos a los intereses de cualquier tirano que pueda permitirse nuestros servicios. Es cierto que, a veces, nos convertimos en el brazo armado de algún cliente poderoso, o de un gigante corporativo

con ansias de expansión. Pero, afortunadamente, en la mayoría de ocasiones, partimos de un problema concreto, una causa lógica y justificada, un motivo legítimo y un claro vínculo entre las partes.

Como en todos sitios, hay excepciones. Detrás de cada profesional hay un ser humano, con sus defectos y virtudes. La ética no es una cualidad común a todas las personas de este mundo, y mucho menos de este gremio. La tentación del dinero, la ignorancia o la ambición están ahí, a la vuelta de la esquina.

Yo también, durante mi carrera he cometido muchos errores, he pecado de ingenuo en numerosas ocasiones. He confiado en personas que no hubiera debido, pero, afortunadamente, casi siempre me he dado cuenta a tiempo. Por mi despacho han pasado narcotraficantes, políticos corruptos, sicarios, estafadores, proxenetas… muchos de ellos han querido contratar mis servicios. Afortunadamente, en algún punto del proceso he podido adivinar sus oscuras intenciones y he podido retroceder el encargo a tiempo.

A lo largo de mi vida he atravesado etapas con dificultades económicas y graves problemas de liquidez, por lo que he sido tentado en muchas ocasiones. Pero he tenido la capacidad de reflexionar a tiempo y no ceder a la tentación. Mezclarse en asuntos turbios solo puede traerte problemas a la larga, e identificarte con personas y situaciones que, por fuera, pueden parecer muy interesantes, y hacerte sentir importante, pero bajo esa apariencia de poder subyacen debilidades, complejos, ansiedades… y casi siempre, dolor.

El demonio parece atractivo, pero no olvides
que vive en el infierno.

La profesión está regulada legalmente, existe una ley que sanciona duramente cualquier trasgresión, por lo tanto, no es difícil distinguir entre lo que está prohibido y lo que no.

Pero hay a quien parece no importarle y, consciente de sus actos, prefiere vivir en el lado oscuro. El viejo refrán español «dime con quién andas y te diré quién eres», encaja perfectamente, pues aquellos que acceden a esas prácticas delictivas y crean vínculos de amistad con este tipo de personajes, claramente, y aunque ellos no lo crean, son de la misma condición.

Para mí la integridad es un activo que te define como ser humano. No podría dormir tranquilo siendo el hombre de confianza de alguien que utiliza mi trabajo para extorsionar, chantajear, delinquir… o alguna cosa peor.

En el tiempo que he tardado en escribir este libro he visto al menos cuatro o cinco escándalos mediáticos en los que están involucrados detectives privados. El supuesto intento, por parte de líderes políticos del Partido Popular, de solicitar información reservada de Hacienda sobre el hermano de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, no es más que la confirmación de que la gente piensa que los detectives estamos para ofrecer información protegida por ley. El supuesto espionaje a periodistas a través de detectives privados por encargo de la Federación Española de Fútbol… Los numerosos casos de espionaje a periodistas, políticos y empresarios por parte del ex comisario Villarejo, quien también se sirvió de detectives privados para sus turbios negocios… Todos ellos son encargos prohibidos por ley, que se suman a los archiconocidos expedientes de espionaje a políticos en el pasado, protagonizados por la

extinta y conocidísima agencia de detectives Método 3.

Si nos fijamos, todos comparten un denominador común: están vinculados al poder: política, fútbol, grandes corporaciones. Si tu trabajo es facilitarle las cosas a este tipo de personas, estás formando parte de su maquinaria maléfica. Si lo haces conscientemente, no eres muy diferente de ellos.

Recientemente saltó una noticia en los medios que hablaba de la vinculación de dos detectives con el secuestro a un ciudadano ruso en la provincia de Alicante, con ánimo de robar sus criptomonedas. También fue sonado hace años un caso en que habían procesado a un detective privado por colaborar en un homicidio, ayudando al autor a tapar las pruebas. Al enterarme, anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

DIME QUÉ ENCARGOS ACEPTAS Y TE DIRÉ QUÉ TIPO DE DETECTIVE ERES.

El caso de don Federico es solo un ejemplo. No pocas veces han intentado formularme un encargo para pedirme información reservada sobre personajes públicos e influyentes. Lo hacen generalmente mediante persona interpuesta, el dinero no es un problema, pero sí exigen que la información sea completa. Es decir, llamadas, mensajes, transacciones… De ahí que haya tenido tanto éxito el polémico programa espía Pegasus de la compañía NSO Group.

Como dato de interés, hace pocos años tuve que realizar otro trabajo en el pueblo de don Federico y me acordé de él. Hice una simple búsqueda por Internet con su nombre y lo primero que pude leer es que había sido condenado por varios delitos urbanísticos, en concreto uno por desobediencia a la autoridad municipal. Había construido una urbanización en suelo rústico sin autorización. Cuando le obligaron a demolerla, hizo caso omiso. De nuevo podemos recurrir al refranero español:

A CADA CERDO LE LLEGA SU SAN MARTÍN.

Que me disculpe el lector si cree que soy muy crítico con esto, pero he apostado mucho por este negocio, y me duele ver cómo se denigra la profesión cada vez que se nos vincula con hechos delictivos. Estamos hartos de escuchar la palabra «espionaje» en los medios de comunicación cada vez que aparecen los detectives en pantalla. Espiar es un delito tipificado en el código penal.

Solo ese tipo de detectives que aceptan encargos ilegítimos lo cometen. Sin embrago, partiendo una lanza a su favor, a veces lo hacen también engañados. Actúan en ese caso como meros instrumentos de quien verdaderamente está espiando, el cliente.

El espionaje y el contraespionaje son conceptos que se utilizan mucho en el ámbito corporativo. Algunas organizaciones han intentado contratarnos para averiguar las estrategias comerciales de sus competidores. Esto es algo completamente ilegal. Donde sí podemos trabajar es precisamente en lo contrario: el contraespionaje.

Generalmente, el espionaje en una empresa se produce, bien por medio de la tecnología, o por personas infiltradas.

La ciberseguridad está hoy más presente que nunca en las empresas, pues un buen sistema de protección puede prevenir eventos perturbadores, cuyas consecuencias lleguen a desestabilizar o incluso destruir a la organización.

Sin ir más lejos, recientemente ha saltado la noticia de que *hackers* italianos han

conseguido extraer de la Hacienda pública 78 gigabytes de información sobre sus contribuyentes. Estos datos tienen un valor incalculable para cualquier organización criminal. También para fines comerciales. Si sabes cuánto dinero tiene una persona y en qué se lo gasta, tienes un poder absoluto en el mercado.

Casi siempre, este tipo de operaciones son ejecutadas por una combinación de medios técnicos y humanos. De hecho, es muy frecuente solicitar nuestros servicios para intentar descubrir a la persona que está infiltrada en una organización colaborando o filtrando la información a otros.

Una mañana llamé a mi operador telefónico para reclamar una factura que estaba mal calculada. Me atendió un comercial que, muy amablemente, me ayudó a resolver el problema. Si bien para ello, como es natural, tuvo que revisar el importe de mis últimas facturas.

Esa misma tarde recibí una llamada del típico comercial telefónico.

—Buenas tardes, ¿es usted don David, el titular de la línea?

—Sí, el mismo.

—Le llamo de su compañía [mi compañía]. Hemos comprobado que tiene un consumo muy alto los últimos tres meses. Y mencionó exactamente, y con decimales, el importe exacto de mis facturas.

Yo, confiando en que se trataba de mi compañía, continué la conversación.

—Sí, efectivamente, hablé con su compañero esta mañana.

—Bien, le llamo para que sepa usted que ha acabado su contrato de permanencia y puede pasarse cuando quiera a otra compañía que ofrezca mejores condiciones, porque en su contrato ya no podemos hacer más descuentos. ¿Quiere usted que le ponga al habla con [la competencia]?

—No, gracias. —Y colgué.

Obviamente, alguien había filtrado mis datos. Concretamente el agente de [mi compañía] que me había atendido esa mañana.

Desgraciadamente, esto sucede con mucha frecuencia, y recordé un caso muy interesante en el que trabajé años atrás.

El cliente era una gran empresa de telefonía que venía sufriendo un problema muy peculiar. Algunos de los nuevos terminales que enviaba a sus clientes nunca llegaban al destino. Les llovían numerosas reclamaciones por parte de usuarios descontentos que esperaban semanas y semanas sin que llegara su teléfono de alta gama, hasta que se cansaban y terminaban quejándose a su compañía. El caso es que, a ellos, sí les constaba como recibidos por el cliente.

Claramente, en algún punto del proceso alguien se apropiaba de los terminales. Sospechamos en primer lugar de la empresa de transporte subcontratada.

Nos reunimos con el director de seguridad de dicha empresa para explicarle la situación y saber si ellos tenían algún tipo de control sobre los transportistas.

Esta es una de las más conocidas firmas de transporte en mi país, y nos aseguró que casi podía poner la mano en el fuego por todos sus conductores. Tenían una estricta política de seguridad y le parecía impensable que fallase en algo tan elemental. Aun así, se prestó a colaborar en aquello que fuera preciso por su propio interés, ya que podría existir alguna grieta de seguridad en su sistema que él desconociese.

Hicimos un trabajo conjunto de análisis para saber dónde se producían más reclamaciones y, por tanto, más pérdidas.

Se habló con los conductores que trabajaban en la zona, y ellos aseguraban al cien

por cien que se entregaban todos y cada uno de los paquetes a sus respectivos dueños.

Así que, sabiendo que tal día se enviarían una serie de terminales a distintas direcciones de la zona, procedimos al seguimiento de los conductores para asegurarnos que era cierto lo que afirmaban.

Durante varias jornadas comprobamos que cada uno de los paquetes llegaban a sus domicilios, pero, en concreto, en uno de ellos, el cliente estaba esperando en la calle la llegada del teléfono. Lo recogió, firmó el albarán de entrega y el conductor continuó su camino. Este cliente hizo ademán de entrar en el edificio pero, finalmente, se montó en un vehículo que se encontraba arrancado a unos diez metros de la entrada. Con otro individuo como chófer, los dos hombres salieron circulando a toda velocidad. Pudimos identificarles gracias a su matrícula y a que nos llevaron directamente al domicilio del conductor.

Ya habíamos descubierto la técnica. Los trasportistas ignoraban que estuvieran haciendo mal su trabajo, porque el supuesto cliente les esperaba en destino. No se imaginaban que fuera un impostor. Además, ellos confirmaban su DNI y coincidía perfectamente.

Sin duda, esos individuos tenían información sobre el envío y el cliente. Solo alguien de la compañía podría habérsela facilitado.

Lógicamente, el espía estaba dentro de la propia empresa. Se trataba de un trabajador que tenía acceso a la información de los envíos. Cada vez que salía un paquete para la zona de sus compinches les soplaba toda la información.

Una vez conocido y acreditado el procedimiento, la manera de cazar al espía fue sencilla, una simple auditoría informática sirvió para conocer la trazabilidad de la información involucrada. Al final, los datos de todos los terminales sustraídos coincidían en un punto del proceso en determinado usuario. Este era común a todos los terminales robados.

9. Luces, cámara, acción…

Estoy empezando a sentir que mis años como detective operativo se están terminando. Y me gusta la idea. Creo que ahora soy mucho más útil en otras tareas. Además, evolucionar significa cambiar a mejor, crecer como persona y como profesional. Compartir mis conocimientos y ayudar a las nuevas generaciones es, además de un ejercicio de generosidad, una obligación. Experimentados detectives me decían: «No enseñes a nadie que luego te hacen la competencia…». Necias palabras. La cuestión no está en no enseñar, sino en saber a quién hacerlo. Aunque nos equivoquemos una y cien veces, en esta vida estamos de paso. Algún día moriré y prefiero que me recuerden por lo que hice que por lo que dejé de hacer.

Me empleo a fondo cada día para crear un modelo de negocio solvente, moderno y duradero, adaptado a la realidad que vivimos. Al mismo tiempo, me obsesiona la idea de mejorar las condiciones laborales a mi gente. Me gustaría que mi agencia el día de mañana funcionase sola, sin mi ayuda. Me encantaría poder dedicarme a la parte más creativa del negocio: publicidad, relaciones públicas, etc. Creo que esa faceta es una cuenta pendiente que tengo en la vida y que me gustaría desarrollar en el futuro.

Siempre pensé que me dedicaría a algo relacionado con los medios de comunicación, con la creatividad, el espectáculo. Desde pequeño siempre tuve mucho desparpajo, nunca tuve miedo escénico y me movía bien en los medios. Con doce años estaba haciendo radionovelas en la Cadena Ser, en un programa del conocido locutor Pepe Domingo Castaño. Todos los domingos viajaba en autobús hasta los estudios del Grupo Prisa en la calle Gran Vía. Justo donde ahora tengo mi despacho. La radio se convirtió en mi pasión, y todos los veranos lideraba un programa en Radio Meseta, la emisora local de mi pueblo. Incluso presenté un programa de póker de madrugada en una televisión local de Madrid, antes de que se pusieran de moda este tipo de programas nocturnos.

De ahí pasé a pinchar discos y a componer música. Estudié en el conservatorio y tuve varios grupos, con los que hacíamos bolos por locales de copas y fiestas patronales. Como solista gané algunos concursos, y llegué a presidir una asociación de cantautores.

Me llamaba la atención todo ese mundo, pero, al mismo tiempo, sabía que no era fácil entrar, ni mantenerse a flote. Hacía falta algo más que talento para ganarse la vida. No conocía la vergüenza, y creo que esa etapa de mi vida me ha servido mucho para salir airoso de situaciones difíciles en mi trabajo como detective.

Dejé todo ese mundo a un lado en cuanto conocí el sector de la investigación privada. Sabía que eran dos universos completamente paralelos. Uno era el de la difusión y el otro el de la discreción, al que, por cierto, tenía mucho respeto. El primero consistía en transmitir y llegar al máximo número de personas, y el segundo, al mínimo: trabajar para un cliente concreto y guardar riguroso secreto sobre lo que has visto o has escuchado.

Reconozco que me lo tomé demasiado en serio. Cambié radicalmente de tercio. Si bien lo hice porque sabía que en esta profesión tenía futuro, y que, para dedicarme a la comunicación, siempre tenía tiempo, incluso, por qué no, quizá como detective podría también aportar algo a la gran pantalla. Hay un viejo proverbio que dice:

Y, efectivamente, así fue. Cuando llevaba varios años de detective privado, empezaron a llamarme los medios de comunicación para prestar entrevistas. Realmente esto no tiene mucho mérito, porque tú no les interesas, sino tu trabajo. Quieren que les des carnaza para poner en televisión.

He rechazado decenas de propuestas, porque sabía que tenía un compromiso con mis clientes, y que mi imagen era mi principal herramienta de trabajo. Si la prestaba abiertamente en televisión, ya no me sentiría seguro infiltrándome en una empresa o haciéndome pasar por alguien que no soy.

De modo que siempre salía con la condición de que me pusiesen una mampara o contraluz. Lo curioso es que estaba tan metido en mi mundo de detective que nunca volví a tener la seguridad y naturalidad que tenía cuando era más joven. Me sentía torpe y tímido, creo que estaba hiperconcentrado en mi trabajo y metido hasta el fondo en el rol de detective.

Me ofrecieron participar en un programa para *Documentos TV*. Se llamaba «Esos malditos celos», dirigido por Alfonso Domingo y Twiggy Hirota. Acepté con la condición de que no saliera mi imagen. La experiencia fue muy interesante, ya que tuve que guionizar un caso habitual de celotipia para reconstruirlo con actores.

Recuerdo quedarme mudo ante la actuación del actor Francisco Olmo, en su papel de cliente celoso convenciendo al detective de que su mujer era infiel. Realmente me dejó sin palabras. Al final quedó tal cual, no hubo segunda toma, porque ese efecto es el que buscaba la productora.

Yo viví esa experiencia con un sentimiento agridulce, y mucho recelo, porque del algún modo creía que estaba traicionando a mi profesión al mostrar los entresijos del negocio. Si bien, eran otros tiempos. El sector era muy crítico con las apariciones en televisión, hoy ya se ha demostrado que es un pensamiento retrógrado y de lo más absurdo, pues choca frontalmente con la tendencia del mercado actual. Si no apareces, te extingues.

De hecho, la imagen errónea que la sociedad tiene de los detectives, en parte, es porque no hemos sabido vender nuestro trabajo al público. Hemos sido excesivamente recelosos, dejando que la sociedad imagine lo que es un detective partiendo de lo que ve en las películas o lee en la literatura de ficción. Afortunadamente, hoy hay detectives blogueros, youtubers… y prácticamente el cien por cien de las agencias tiene redes sociales. Era cuestión de tiempo.

Salíamos de rodar el reportaje de mi despacho, me acababa de entrevistar Pedro Erquicia, todo un clásico de la televisión española. De ahí fuimos a grabar unas escenas a otra ubicación. Hecho esto, me introduje en un taxi con uno de los técnicos del equipo de vuelta a la calle Gran Vía.

Al bajar del coche, mi acompañante gritó preocupado.

—¡No! ¡Mierda! ¡Me he dejado la cartera dentro del taxi!

—¿Estás seguro? —contesté yo.

—Sí, sí, la tenía en el bolsillo, estoy seguro.

—No te preocupes, toma nota: la matrícula era esta —se la dije.

—¿Qué? ¿La has memorizado? —preguntó desconcertado.

—Forma parte de mi trabajo, ¡hasta luego!

Ahí me di cuenta de la excesiva concentración que tenía. Estaba tan metido en mi mundo de detective que cada vez que veía una matrícula me entretenía memorizándola, utilizaba reglas nemotécnicas para retener todo tipo de detalles que aparecían en situaciones cotidianas, aún fuera de mi jornada laboral. Cada vez que me presentaban a una persona intentaba *perfilarle*, o estaba más pendiente de la conversación de la mesa de al lado en un restaurante que de la que se mantenía en mi propia mesa. Creo que hoy lo llamarían TOC (trastorno obsesivo compulsivo).

Por mi despacho también pasó Icíar Bollaín antes de estrenar la película *Mataharis,* para hacerme una entrevista que se emitió en *Informe Semanal* con motivo del Premio al mejor Guion del Festival Internacional de Cine de San Sebastián. Antes de hacer la película se había tomado la molestia de visitar varias agencias de detectives para documentarse, algo que debieran aprender muchos directores de cine, periodistas, escritores… Luego utilizan mal el léxico y nos llaman *espías*.

Al final, he aparecido más en los medios de comunicación como detective que lo que hubiera aparecido como artista. Me han entrevistado en las emisoras de radio más importantes y prácticamente en todas las cadenas de televisión de mi país. También he participado en decenas de reportajes y artículos periodísticos. Pero, como decía anteriormente, no presumo de ello. No es por mí, es por mi profesión. La palabra «detective» causa mucho interés al público, es la razón por la que nunca suelo presentarme socialmente como tal. Te conviertes automáticamente en el centro de atención.

Esto, hace unos años, lo llevaba hasta la neurosis. Jamás decía a lo que me dedicaba a nadie, y tenía prohibido a mi familia y amigos que lo desvelasen. Me incomodaba la pregunta, porque no quería tener que contar nada de mi trabajo a cualquier curioso. Es una profesión que siempre he respetado mucho y no quería ser yo quien la traicionase. No me imagino a un agente del Centro Nacional de Inteligencia contándole a sus amigos cómo ha sido su jornada de trabajo.

Ahora es diferente. La posición que ocupo dentro de mi profesión es muy distinta a la que ocupaba años atrás. Soy consciente de que mis horas operativas están contadas. Mi trabajo ahora es trasmitir la experiencia acumulada a mis equipos y devolverle a la profesión todo lo que me ha dado. La única forma que tengo de hacerlo es difundirla y defenderla. Por otro lado, mi imagen ya no corre peligro. Valgo más siendo la cara visible de mi negocio que infiltrándome en una empresa o haciendo una cámara oculta a alguien.

Conozco detectives que, aun llegados a los sesenta, continúan igual de operativos que el primer día. Siguen levantándose a las seis de la madrugada para vigilar catorce o dieciséis horas a una persona, grabar, hacer seguimientos, identificaciones, cámaras ocultas. Y después aún maquetan el informe y hacen la factura al cliente. Y lo más curioso es que lo hacen con la misma ilusión que el primer día. Eso tiene mucho mérito, pero no creo que sea mi caso. Tengo previstos otros planes para mi prejubilación. El bagaje adquirido me ha servido para proyectarme también en otros objetivos y en otros terrenos donde también se me necesita. Aunque, eso sí, puedo decir sin lugar a equivocarme que nunca dejaré de ser detective. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

SER DETECTIVE IMPLICA VIVIR MUCHAS VIDAS,
LUEGO PUEDES ELEGIR CON CUÁL QUEDARTE.

Una de las experiencias más motivadoras de mi carrera, relacionada con los medios de comunicación, fue cuando firmé un contrato con dos productoras para la realización de una serie de programas de investigación para la televisión en dos formatos diferentes.

Sendos programas consistían en localizar personas que habían cometido, en el primer caso, cuadros de acoso y ciberacoso, y en el segundo, estafas relacionadas con el ámbito de la construcción.

El afectado nos autorizaba a realizar la investigación y a ceder el resultado de la misma a la productora, de modo que no faltábamos al deber de reserva. Finalmente, solo se emitieron algunos episodios, pues creo que llovieron un sinfín de denuncias a la productora.

Mi trabajo consistía en realizar la localización de los sujetos para que el presentador pudiera *escrachearles* en vía pública. Yo después les explicaría, más o menos, el procedimiento de búsqueda con el fin de que ellos pudieran reconstruir posteriormente la investigación y darle formato televisivo.

En el primer programa todos los casos eran apasionantes. Personas que *troleaban* a otras de mil maneras. Por Internet, por teléfono, por Whatsapp… Había que poner toda la carne en el asador para encontrarles, y agudizar el ingenio para averiguar quién era el culpable.

Santander, mes de marzo, recibimos encargo de la productora, legitimada por el afectado, para tratar de conocer la autor de unos anónimos que aparecen escritos en las proximidades de la vivienda de la víctima. Cada noche aparecía un nuevo papel pegado en el mobiliario urbano con el nombre de Esther profiriéndole humillaciones e insultos de todo tipo.

En la entrevista previa, la afectada no podía asegurar quién, era su *troll,* pero intuía que podía ser Marcelo, alguien que conoció tiempo atrás en redes sociales a quien *dio calabazas*.

Con unos pocos datos y apenas unas indicaciones sobre su vida dimos con el posible candidato. Soltero de cuarenta años, trabajando en una fábrica por turnos. Curiosamente los anónimos aparecían de madrugada, coincidiendo con la salida de uno de los turnos semanales de Marcelo, por lo que se convirtió en el primer sospechoso.

Ya con el sospechoso localizado, le observamos durante varios días, hasta que pudimos saber cuándo entraba y salía del trabajo y cuál era su recorrido habitual. En efecto, la casa de Esther se encontraba en el trayecto.

Durante los días de observación no apareció ningún mensaje más, y no teníamos mucho tiempo ni recursos para esperar indefinidamente hasta pillarle infraganti. Aun así, la vivienda estaba permanentemente vigilada por si se tratase de otro autor diferente.

Solo teníamos unos mensajes manuscritos creados por el acosador. En ellos se notaba una escritura forzada, como intentando simular su letra. Sin embargo, había determinados caracteres que presentaban un rasgo especial. Por ejemplo, todas las «aes» estaban escritas de derecha a izquierda, percibiéndose como rasgo espontáneo. Además, había otras letras también con peculiaridades coincidentes entre sí.

De modo que, para descartar a nuestro sospechoso, necesitábamos un cuerpo de escritura. Conocer su letra para cotejarla con los mensajes anónimos que aparecían junto a la casa de Esther.

Cómo hacerlo era cuestión de ingenio. Como conocíamos su horario de trabajo, y el

trayecto que realizaba a pie cada día hasta su casa, fingimos un accidente de tráfico. Vendamos la mano derecha de mi compañero y situamos el vehículo dañado visiblemente en un lugar de paso de Marcelo. Sobre el capó el parte amistoso y un bolígrafo.

Cuando pasó el sospechoso caminando, al llegar a la altura de mi compañero, este dijo:

—¡Disculpe, caballero! ¿Podría hacerme un favor?

—Sí, claro —respondió el investigado al ver al accidentado en apuros.

—Acabo de tener un accidente y estoy esperando a la grúa, ¿le importaría escribir por mí un par de cosas en el parte?

—Sí, claro, si no es mucho…

—Nada, son dos casillas…

El sospechoso escribió el nombre del asegurado, marca y modelo del vehículo, matrícula, etc. Cada una de las palabras había sido minuciosamente escogida para que contuviese las letras que necesitábamos cotejar con el anónimo.

Fue un éxito, el sospechoso escribía todas las «aes» de derecha a izquierda, y repetía una y otra vez las peculiaridades vistas en el resto de los caracteres. Sin duda, Marcelo era el autor de esos mensajes.

Para el programa de televisión contamos con la colaboración de un perito calígrafo que explicó con argumentos científicos por qué debíamos señalar a Marcelo como el *troll* de Esther.

Después, el presentador abordó al investigado, y este se tuvo que ver cara a cara con la víctima para darle explicaciones y pedirle perdón por los anónimos.

Anoté en mi cuaderno de reflexiones:

HASTA PARA HACER EL MAL HAY QUE SER INTELIGENTE.

El otro programa era, si cabe, más impactante aún. Mi trabajo consistía en buscar constructores o reformistas que habían dejado las obras a medias, o estas habían sido mal ejecutadas. Algunos eran estafadores profesionales que habían engañado a familias enteras, dejándolas arruinadas. Otros simplemente no sabían trabajar y hacían auténticas chapuzas.

El procedimiento era prácticamente el mismo: buscar al sospechoso y *escracharle* en presencia del afectado y de las cámaras de televisión para que confesase y se comprometiese a reparar el daño causado. Grabamos unos cuantos programas muy entretenidos, pero me contaron que tuvieron que parar la emisión porque los sujetos denunciaban a la productora por someterles a un juicio social sin que un juez les hubiera declarado culpables.

Con estos ejemplos vemos que es posible compaginar la investigación privada con el mundo de la comunicación y el entretenimiento. El periodismo de investigación requiere muchas veces de nuestro soporte. Conozco detectives que han participado en programas de investigación muy famosos. Muchas de las producciones televisivas que vemos en pantalla están coordinadas por detectives privados.

Esos programas no son más que un reflejo de la realidad latente que, como sabemos muy bien los detectives, supera con creces la ficción.

Angelines es una mujer viuda de ochenta años que vive en Salamanca. Tiene un hijo muy especial, Mario, quien no tuvo una infancia fácil y arrastró durante su desarrollo

algunos problemas de adaptación. Aún con cincuenta años presenta comportamientos bastante inusuales. Algunos lo llaman el «síndrome del ermitaño», aislarse en soledad y no salir de casa salvo para las cosas más esenciales.

En el pasado, cuando Angelines y Mario vivían juntos, protagonizaron una fuerte discusión en la que intervino la policía municipal. Animada por unos vecinos que habían sido testigos de los hechos puso una denuncia en el juzgado, cuyo resultado derivó en una sentencia que Angelines no esperaba. El juez falló a favor de ella e interpuso una orden de alejamiento a Mario, quien no podría acercarse a menos de un kilómetro de su madre, ni contactar con ella por ningún medio.

Angelines no esperaba tan drástico resultado y sufrió un gran sentimiento de culpa. A través de una amiga, que hizo de intermediaria, envió a Mario a vivir a una pensión en el centro de la ciudad.

Al poco tiempo, presa de la tristeza que le producía pensar en las condiciones de vida de su hijo, decidió utilizar parte de la herencia de su marido para comprarle un pequeño apartamento a unos kilómetros de su casa, en un barrio cercano. Si bien, todo era complicado para ella, porque no podía acercarse a él por orden judicial. Ayudada por una amiga, se encargó de buscar el inmueble y hacer las gestiones de la compra.

Pero el apartamento requería una reforma y preguntó a la inmobiliaria si conocían a alguien que pudiera encargarse de ello. Le facilitaron el teléfono de dos hermanos de nacionalidad rumana que, al parecer, trabajaban bastante en la zona; de precio asequible y buena calidad.

Les llamó y se citó con ellos en la vivienda. El aspecto de los hermanos era bastante peculiar. Parecían personajes sacados de una película rodada en los bajos fondos. Pero Angelines no tenía demasiadas opciones, se vio forzada a confiar en ellos, pensando, además, en las buenas referencias que le había dado la inmobiliaria.

Los hermanos Popescu vieron el piso y las necesidades que presentaba de reforma. También se percataron, como buenos buscavidas, del panorama que había en la familia. Del carácter especial del hijo y de la dificultad que tenía la madre para coordinar la operación. También, con la habilidad propia de un trilero, averiguaron la solvencia de Angelines: acababa de cobrar la herencia de su difunto marido.

A los pocos días se presentaron en casa de la señora con un presupuesto. Una hoja de papel escrita por el anverso con bolígrafo. En el reverso, una ficha infantil garabateada por un niño.

El presupuesto presentaba numerosas faltas de ortografía, pero indicaba todos los cambios que necesitaba la vivienda: Pintura, electricidad, fontanería, albañilería… y algunos otros elementos como mobiliario y electrodomésticos. En total, unos 10.000 euros.

Angelines aceptó y les entregó la mitad como anticipo para la compra de los materiales. En la misma hoja firmaron un recibí manuscrito.

Las obras supuestamente habían comenzado. Pero dos meses después, Angelines visitó la vivienda y encontró que los hermanos Popescu solo habían llevado los materiales a la casa. Les llamó:

—Hola, soy Angelines. He pasado por la casa de mi hijo y he visto que la obra no ha empezado.

—Sí, no se preocupe, que aún nos faltan algunas cosas. No hay *stock* en la fábrica. Además, tenemos que vernos, porque hace falta comprar más de lo que creíamos. ¿Le parece que nos veamos mañana en su casa?

—Sí, díganme cuánto necesitan para tenerlo preparado.

—Al menos otros 5.000 euros.

Los hermanos Popescu se presentaron en casa de Angelines. Le contaron los problemas observados en la vivienda y se llevaron en ese momento los 5.000 euros en efectivo. Firmaron un recibí y se marcharon prometiéndole a su clienta que empezarían la obra inmediatamente.

Un mes después, uno de los hermanos volvió a casa de Angelines. Le explicó que habían encontrado problemas de fontanería imprevistos y que necesitaban 3.000 euros más, que Angelines le entregó tras la firma del recibí.

Poco después, Angelines consiguió contactar con su hijo por medio de la persona que hacía de intermediaria y le dijo que fuera a la obra a ver si lo estaban dejando bien y el piso estaba quedando de su agrado.

Mario acudió a ver la casa, pero al parecer era un desastre. Los materiales eran de pésima calidad y los acabados aún peor. En la vivienda no había ningún trabajador cualificado, tan solo uno de los hijos de los hermanos Popescu, que no alcanzaba la mayoría de edad, intentando poner los rodapiés de la vivienda.

Mario, muy enfadado, exigió que fuera algún responsable, ya que había cosas mal proyectadas. Puertas que si se abrían bloqueaban la habitación, armarios impracticables, etc.

El muchacho llamó a su padre, que se presentó a los diez minutos. Mario le explicó las cosas que había visto y que no le gustaban. El señor Popescu le dijo enfadado que eso es lo que había hablado con su madre y que es lo que iba a hacer. Que si quería algún cambio que hablase con ella (consciente de que no podía hacerlo por orden judicial).

Esa tarde, en una maniobra muy hábil por su parte, el señor Popescu llamó a su clienta, le explicó que a Mario no le gustaba nada cómo estaba quedando la casa y que para cumplir con sus exigencias necesitaban otros 10.000 euros, que de nuevo Angelines le entregó tras la firma del recibí.

Las obras continuaban despacio. De vez en cuando Mario pasaba a ver cómo iba. Aunque no le gustaba la forma de trabajar de los hermanos Popescu, ya se había resignado y solo esperaba que le entregaran la vivienda cuanto antes.

Uno de ellos mantuvo una conversación con Mario.

—Hola, Mario, ¿tú a qué te dedicas?

—Ahora, a nada.

—¿Y te gustaría asociarte con nosotros?

—¿Asociarme? ¿Para qué?

—Hemos abierto un bazar aquí cerca, y vamos a necesitar un encargado.

—Vale, sí me puede interesar. ¿Y cuánto voy a cobrar?

—Pues según dé resultados. No estamos pensando en un sueldo, sino más bien que seas inversor y te lleves un beneficio de las ganancias.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Solo invertir 20.000 euros en el negocio. Si lo haces, puedes trabajar con nosotros y llevarte parte de los beneficios.

—De acuerdo, me parece bien.

Mario confió en los hermanos Popescu. Habló con su banco y le explicó a su madre (mediante la persona interpuesta) lo que iba a hacer. Angelines se puso muy contenta, porque no deseaba otra cosa que ver a su hijo con un porvenir, trabajando y haciendo

una vida normal.

Mario pidió un préstamo a su banco y le entregó a los hermanos Popescu dos pagos de 10.000 euros que estos le exigieron retirar en efectivo.

A continuación le dijeron que él tenía que abrir y cerrar el bazar, permaneciendo dentro todo el horario comercial. No le pagaban la comida ni, por supuesto, salario alguno. Tampoco dejaban tiempo libre a Mario, siquiera para lavarse la ropa a mano, pues no le habían instalado aún la lavadora en casa. Además vivía en un piso en obras, cuando habían pasado ya más de seis meses.

Los hermanos Popescu visitaban frecuentemente a Angelines para inventarse problemas que surgían en la vivienda, y cada vez que lo hacía volvían con un buen dinero en efectivo. Suerte que siempre firmaban un recibí manuscrito.

Un día Mario les explicó que había tenido un problema con el coche y que no sabía cómo actuar. Uno de los hermanos le dijo que no se preocupara que ellos podían arreglarlo con su madre. Así que forzaron una nueva visita.

Esa tarde, Angelines estaba haciendo cuentas del dinero que le quedaba, y se encontraba contando el contenido de un sobre en la mesilla del salón, unos 2.000 euros. En ese momento llegaron los hermanos Popescu.

—Buenas tardes, doña Angelines.

—Vaya, qué sorpresa, no les esperaba.

—Sí, venimos a contarle algo…

—Cuénteme, ¿qué sucede?

—Su hijo ha tenido un problema con el coche, pero nosotros se lo podemos resolver. —En ese momento echaron el ojo al dinero que estaba sobre la mesilla—. Nosotros se lo podemos llevar al taller y dejárselo reparado. El seguro no quiere hacerse cargo, y si lo lleva a otro sitio le van a cobrar el doble. Por cierto señora, ¿no tendrá una pastilla para el dolor de cabeza? ¿Y un vasito de agua?

—Sí, claro, vuelvo enseguida.

Los hermanos cogieron el sobre con el dinero y se lo guardaron. Cuando llegó Angelines de la cocina, ya se habían levantado.

—No se preocupe, ya no hace falta, se me ha pasado. Por lo del coche tampoco sufra, nosotros nos vamos a encargar de todo. Que pase buena tarde. Y se marcharon.

Angelines vio que le faltaba el dinero y empezó a sospechar que quizá pudieran estar engañándola. Habló con su amiga la intermediaria y me llamaron.

—Buenos días, ¿es usted David, el detective? Sí, soy Luisa, le llamo de parte de una amiga que está teniendo problemas. Cree que pueden estar estafándola a ella y a su hijo.

—No se preocupe, ¿cuándo podemos vernos?

—Por nosotras, mañana mismo.

—De acuerdo, dígame la dirección que allí estaré.

Al día siguiente me acerqué a casa de Angelines para reunirme con las dos amigas y que me constasen pormenorizadamente el problema. Con los dos primeros minutos de conversación tuve suficiente para saber que los hermanos Popescu eran unos auténticos estafadores.

Yo no salía de mi asombro. No alcanzaba a entender cómo podía haberse dejado engañar de esa forma. Pensé en lo que es capaz de hacer una madre con sentimiento de culpa por su hijo. Llegué incluso a pensar que nos encontrábamos ante un caso de «síndrome de emperador». En el que el hijo ejerce un poder sobre la madre, quien

acaba anulando su voluntad a favor de este último.

Pero, juicios aparte, teníamos un problema mucho más cercano. Solicité que me entregara los albaranes que habían firmado los hermanos Popescu y conté las cantidades entregadas. El total ascendía a unos 70.000 euros.

—Al menos habrán dejado el piso estupendamente, ¿no? —pregunté.

—Pues me temo que no —contestó su amiga—. Ayer estuve yo en la casa y estaba todo hecho un desastre, muchas cosas sin poner, la lavadora rota, ventanas que no cierran, malos materiales, etc. Faltan electrodomésticos…

—¿Y ya les han reclamado?

—Ese es el problema, que han desaparecido. Solo sabemos que tienen un bazar cerca de la casa de Mario, donde, por cierto, creemos que ya no trabaja porque discutió con ellos. Nos gustaría saber quiénes son estos sujetos y dónde están localizados por si tenemos que denunciar.

Recordé por un momento mi experiencia en los casos investigados para la televisión, y pensé que este, sin duda, era carne de programa. Pero ya estábamos en la vida real y tenía que darles una solución.

—No os preocupéis, os voy a dar una solución integral. Tengo experiencia en estos casos.

Les conté lo que hacíamos en la productora:

—Lo primero que vamos a hacer es localizarles, ponerles nombre y apellidos y daros una dirección para poder efectuar las notificaciones.

Después voy a recurrir a un perito. Este va a hacer un informe sobre la vivienda y va a valorar el coste de la obra y si los importes abonados coinciden con lo que se ha puesto realmente en la casa.

Y por último, contactaré con un abogado para que esté al tanto de todo y proceda a realizar la reclamación. Con este último iremos a pedir explicaciones a los hermanos Popescu para recoger su testimonio reconociendo los hechos.

Parecía que estábamos en uno de esos casos que investigaba para la tele. Habíamos montado un equipo para dar una solución global a la clienta. Quizá me excedí en mis funciones como detective, pero no soporto las injusticias, y no estaba dispuesto a que nadie más engañase a Angelines.

A la mañana siguiente me desplacé a la casa de Mario, a conocerle, ver la obra y que me diera algunas indicaciones sobre el bazar.

El apartamento era muy pequeño, aún tenía ese particular olor a yeso típico de las obras. Las paredes estaban pintadas en un intenso color aguamarina, que hacía resaltar todas sus imperfecciones. Las baldosas sobre el suelo estaban puestas de forma irregular y los rodapiés no estaban alineados.

Los muebles eran de pésima calidad y prácticamente cada estancia de la vivienda estaba inacabada.

Mario me contó que había discutido con ellos y ya no iba a trabajar porque no le querían pagar siquiera la comida. Le tenían esclavizado, trabajando de sol a sol y sin expectativas de recuperar el dinero invertido. En casa estaba viviendo unas condiciones inhumanas, pues no tenía ni electrodomésticos ni agua caliente, ni otras muchas otras cosas.

Le dije que íbamos a tomar control de la situación y que intentaríamos acreditar toda la estafa. Que posiblemente intentaran amenazarlo, así que estuviera muy preparado para grabar cualquier conversación con ellos.

Me dio las indicaciones precisas para llegar al bazar y me desplacé.

Se trataba de un pequeño local repleto de artículos de todo tipo mezclados unos con otros. Entré para husmear y, cuando estaba en uno de los pasillos, alguien me tocó la espalda. Me giré y un individuo malencarado me dijo:

—¿Qué necesitas? ¿Puedo ayudarte?

—Sí, claro, estoy buscando un tirador para una puerta.

—De acuerdo, espere…

Sin duda se trataba del señor Popescu. La descripción dada por Angelines se quedaba corta. Si la cara es el espejo del alma, este señor era el mismísimo diablo.

Me dijo que el tirador que buscaba no lo tenían en ese momento, pero que me lo podrían traer por la tarde. Le pregunté por el precio y me dijo que no me preocupase que sería barato.

Mantuve la vigilancia sobre el comercio. Durante las siguientes horas pude identificar también al otro hermano. Juntos salían y entraban regularmente para jugar a las máquinas tragaperras del bar de enfrente.

Finalmente, cuando estaban apunto de cerrar, acudí a recoger mi tirador. Efectivamente me lo habían traído, tal y como prometieron, pero me cobraron 35 euros, un noventa por ciento más de su coste real.

Les pedí factura y me entregaron un simple albarán con un garabato. Les dije que necesitaba sus datos fiscales para desgravar el gasto. Me contestó que habían abierto hace poco y que aún no tenían ni sello, pero que me pasase al día siguiente a por ella.

Esperé a que cerrasen y les seguí hasta su domicilio, un humilde piso en una barriada marginal de la periferia, donde además estaban reformando el local de al lado para abrir otro negocio. Seguramente con el dinero de Angelines y de Mario.

Al día siguiente pasé a por mi factura donde venían todos los datos que necesitaba, ya se habían fabricado un nuevo sello.

El primer objetivo estaba cumplido. Ya tenía a los hermanos Popescu identificados y localizados. Ahora necesitaba que reconociesen la obra y los importes recibidos en presencia del abogado. El perito ya había trabajado por su lado haciendo un informe sobre el disparate de obra que habían realizado.

Días después convoqué a Mario, al perito y al abogado, y provisto de cámara oculta nos presentamos en el bazar a pedirles explicaciones.

—Buenos días, ¿son ustedes los hermanos Popescu?

—Depende de para qué —respondió uno de ellos.

—¿Conoce usted a Mario?

—Claro, es nuestro socio, pero nos ha dejado tirados.

—¿Que os he dejado tirados? —intervino Mario—. ¡Vosotros no me queréis pagar nada, me tenéis explotado y no me habéis puesto aún ni los electrodomésticos en casa!

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó uno de los hermanos.

—Nosotros somos los que vamos a ayudar a la familia que habéis estafado.

—Nosotros no hemos estafado a nadie. Hemos hecho una obra, pero Mario es muy exigente y no le gusta nada de lo que hemos puesto… —empezó a proferir excusas de todo tipo.

—¡Eso no es verdad! —replicó Mario.

—¿Me dice que la obra que han hecho está terminada? —intervino el perito—. Porque según he visto yo a esa casa le faltan muchas cosas por hacer, y creo que el precio que la clienta ha pagado es muy alto para lo que han hecho ustedes ahí. De

hecho, lo que han puesto es de mala calidad y está mal proyectado.

—Cada cual pone el precio que quiere a su trabajo —dijo uno de los hermanos—. De todas formas no sé por qué tienen que venir aquí tres personas a amenazarnos. Cuando esto es algo que yo puedo negociar perfectamente con la familia. Si van de buenas lo podemos arreglar, pero si van de malas negaremos todo. Incluso delante de un juez no reconoceremos nada de lo que aquí se está hablando.

—Caballero, no estamos amenazando a nadie —dijo el abogado—. Simplemente hay un presupuesto de 10.000 euros para hacer una obra que al final ha acabado siendo de más de 50.000. La obra no está terminada, y la calidad no es la esperada por ese precio.

—No la hemos terminado, pero la vamos a terminar…

—Por otro lado —interrumpí—. Quería hablar de los 20.000 euros que les ha dado Mario. ¿Cómo se los van a devolver?

—Él tiene que trabajar. Ha decidido no estar con nosotros, ¡es su problema!

—¡Me estabais explotando! —dijo Mario desde la distancia.

—Bueno, supongo que tendréis algún papel donde figure la participación de Mario en el negocio y cómo vais a repartir las ganancias y recuperar la inversión… —les dije en tono irónico.

—Bueno, eh…, sí, nosotros tenemos todo. Pero que quede claro que por las buenas podemos negociar cualquier cosa, pero en un juzgado nunca lo reconoceremos.

Obviamente los hermanos Popescu no se imaginaban que toda la conversación estaba siendo grabada con cámara oculta. Todo lo recogido en esa grabación fue transcrito y presentado en el juzgado junto con el informe pericial y la demanda de reclamación de cantidad por incumplimiento de contrato. Además de una querella criminal por intento de estafa.

Recientemente fue la vista. Los hermanos Popescu no se presentaron, alegaban que estaban enfermos en su país, y no pudieron juzgarlos.

Al enterarme, actualizamos la investigación y vimos que ambos estaban en Salamanca. Regentando un nuevo negocio y con un flamante vehículo recién comprado.

Ahora esperemos que la justicia haga su trabajo.

Cuando aparecemos en los medios de comunicación siempre nos piden que contemos una anécdota. Todas las profesiones están llenas de historias curiosas. Los que trabajan cara al público siempre tienen algo interesante que contar sobre algún cliente, etc. Casi todo lo que nos pasa a nosotros es curioso, desde lo que nos preguntan hasta lo que encontramos. Pero, sin duda, lo que más nos impacta es cuando descubrimos algo que no esperábamos. Esta es una de las anécdotas que suelo contar cuando me preguntan.

Esta historia se desarrolla en una pequeña población manchega cuyos habitantes viven de la agricultura y el ganado.

Jacinta es una mujer de unos sesenta años que lleva viviendo con su marido Anastasio desde que se casaron a los dieciocho, le conoció con quince, y siempre supo que era su gran amor. Tienen dos hijos, que hoy casi cumplen cuarenta años, y toda la familia al completo trabaja en un negocio de piensos compuestos muy conocido en la comarca.

Jacinta se ha encargado siempre de las tareas administrativas, contratar con los clientes, ingresos, pagos… Juan y Ángel, los dos hijos del matrimonio trabajan en el almacén, extraen la materia prima, almacenan el producto y seleccionan el pienso que

les llega empaquetándolo en grandes sacos para su venta.

Anastasio, ya desde hace muchos años, se encarga de la relación con los clientes, tanto de la parte comercial como de la distribución de los sacos de pienso, por las numerosas granjas y explotaciones agrícolas de la zona. A diario viaja con un pequeño camión remolque que sus hijos cargan de sacos de pienso cada atardecer.

Muy temprano en la mañana inicia una ruta más o menos programada que le lleva a terminar a las tres de la tarde. Momento en que finaliza su jornada y regresa a comer a su casa.

Recibimos la llamada de Jacinta, quien nos cuenta que tiene serias sospechas de que su marido la engaña con una amante.

Nos confiesa que Anastasio, a pesar de sus sesenta y tres años, es especialmente activo sexualmente, y que los últimos diez años mantienen una rutina sexual muy definida.

Normalmente todos los miércoles mantienen relaciones sexuales cuando finalizan su jornada laboral, pues es el único día en que por diferentes motivos, no hay nadie más que ellos en su vivienda. El resto de la semana, entre el negocio, atender a los hijos y los nietos apenas tienen momentos de intimidad.

Su sospecha viene dada porque los últimos tres años hay determinados miércoles que Anastasio no tiene apetito sexual. Jacinta intenta estimularle, pero no entiende por qué se niega cuando siempre ha sido él el que se ha empeñado en propiciar esa rutina. Cree que esos miércoles tiene encuentros sexuales con alguien.

En nuestra entrevista le advertimos que quizá se trate de cansancio, con el paso de los años se tiende a reducir la frecuencia. No hay manera de convencerla, porque hay un detalle que no pasa inadvertido para ella. Ha detectado que Anastasio oculta sus partes íntimas esos miércoles, ha podido ver en alguna ocasión que estas están completamente enrojecidas. Ella cree que se pasa la mañana manteniendo relaciones sexuales con alguna mujer más joven que ella, ya que con ella no llega al punto de que se le enrojezcan sus partes.

Aceptamos el encargo, y lo primero que le pedimos a nuestra clienta es un listado de los lugares que suele visitar los miércoles, facilitándonos una lista de aproximadamente doce clientes. Nos desplazamos a todas y cada una de esas explotaciones ganaderas, con el fin de determinar cuántas de ellas están a cargo de mujeres que pudieran dar el perfil de ser amantes de Anastasio.

Para nuestra sorpresa, solo en dos de ellas encontramos mujeres entre el personal. Pensamos que lo íbamos a tener muy fácil, y así se lo trasladamos a nuestra mandante.

Provistos de todos los abalorios rurales necesarios para pasar desapercibido en esta pequeña y tranquila aldea manchega, comenzamos un seguimiento sobre Anastasio, quien nos condujo a las doce explotaciones que Jacinta nos había anticipado. Sin embargo, en las dos que sospechábamos apenas estuvo quince minutos descargando.

No en cambio en las más lejanas al domicilio, en las que permaneció trabajando por espacio de cuarenta y cinco minutos.

Nuestro informe preliminar no contenía indicios de infidelidad, ya que nuestro investigado había empleado la mañana en realizar una rutina de trabajo normal.

Informamos a nuestra clienta de los resultados, y esta no salía de su asombro, ya que una vez más Anastasio se había negado a mantener relaciones sexuales, y su mujer había observado el tan extraño enrojecimiento mientras él se duchaba.

Tratamos de convencerla, enseñándole el material obtenido de la investigación. Si

bien es cierto que Anastasio visitaba algunos bares entre granja y granja, pero todos ellos sin peligro.

Así que acudimos el siguiente miércoles.

Reanudamos el seguimiento sobre su persona, y la jornada transcurrió exactamente igual que la semana anterior. Si bien Jacinta nos volvió a confirmar el tan característico enrojecimiento.

Revisamos minuciosamente los vídeos que grabamos, y en ellos había un detalle que nos dio unas pistas clave que nos acercaron a la explicación del caso. En una de las explotaciones más alejadas, la cual se encontraba bastante escondida, en un valle entre montañas, Anastasio esperaba en un camino unos minutos antes de acceder a la misma. Su llegada siempre coincidía con la salida de un todoterreno azul. Ahora entendimos que esa pequeña espera en el camino podría estar realizándose adrede para hacer coincidir esa situación. De modo que, si nuestras sospechas eran ciertas, nuestro investigado quería quedarse solo en la granja.

Sabíamos que estábamos muy cerca y necesitábamos conocer lo que hacía nuestro objetivo en el interior de la granja en solitario, así que nos hicimos con un equipo especial para poder ver lo que sucedía desde la distancia.

En lo alto de la montaña había un grupo de arbustos desde los que se divisaba perfectamente gran parte de la explotación, así que acondicionamos uno de ellos como punto de observación.

Con un trípode y un telescopio conseguimos acercarnos a la entrada del complejo, donde vimos a Anastasio acceder a un establo. Se trataba del redil donde guardaban a las cabras.

Todo parecía normal hasta que observamos cómo nuestro investigado colgaba su mono azul de trabajo sobre un clavo que sobresalía de la pared. A continuación vimos sus manos introducir los calzoncillos en uno de los bolsillos del mono.

El resto quedó para nuestra imaginación, pero no era muy difícil deducir lo que pasaría después. Dimos por cerrado el informe y concluido el objetivo, asegurándonos de que en ese emplazamiento no había mujer alguna, solo tiernos y dulces animalitos con cuernos.

Al mostrarle los resultados a Jacinta no le pareció nada extraño. De hecho, creemos que ya se olía algo, pero la vergüenza le impedía contarnos la realidad de su sospecha.

Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

HAY COSAS QUE ES MEJOR QUE UNOS OJOS NO VEAN NUNCA.

10. El éxito invisible, el triunfo anónimo

«Perlas negras», de la obra de Amado Nervo. Versos que por alguna razón memoricé en el pasado y me vienen frecuentemente a la cabeza. Describe una forma de interpretar el éxito. Nervo sabía muy bien que las riquezas no le darían la felicidad, tampoco la fama, ni el reconocimiento exterior.

Escribir un libro no te hace escritor, del mismo modo que tener la licencia de detective no te convierte en un profesional de la investigación privada. Escribir es un arte y una habilidad muy respetable que requiere talento, tiempo, técnica y una gran vocación. Para alguien que no está habituado a escribir para el público, como yo, puede ser una auténtica tortura. Requiere mucho sacrificio, dejar de hacer otras cosas más productivas a corto plazo para encontrar la inspiración suficiente que te permita expresar lo que quieres decir sin dejar nada importante, y que además pueda resultar interesante para el lector.

No siempre uno encuentra esos momentos de sosiego para volcar sobre una página en blanco sus recuerdos y pensamientos, ordenarlos, darles coherencia y que encima quede bonito. La mayor parte de este libro se ha escrito viajando en solitario, en busca de aislamiento, a distintas regiones de mi país: Alicante, Murcia, Asturias, León, Galicia… y se ha terminado en la isla del viento, Fuerteventura.

Los detectives escribimos mucho, podría decir que casi a diario. Hemos de redactar los resultados de las investigaciones y narrar cada jornada de trabajo por orden cronológico. Pero acostumbramos a hacerlo en formato jurídico. Una redacción práctica repleta de párrafos descriptivos, pero directa, objetiva, entendible para ser defendido en los tribunales, no para entretener a la gente, por lo que nuestro estilo es aséptico, libre de adornos, adjetivos y el ropaje que hace atractivo el relato. Cambiar ese estilo, para dirigirte a un lector que no está implicado directamente en la historia, es lo más complicado. Surge la duda a cada párrafo. Por ello, ahora que estamos llegando al final de este libro quiero pedirte disculpas si esto que has leído no alcanza la calidad literaria que esperabas.

Desde que mi editor me propuso escribir este volumen han pasado tres años. Me comprometí a hacerlo en uno, pero llegó la pandemia y se descabalaron todos mis planes. Después, en post-pandemia llegaron muchos cambios inesperados: tuvimos que adaptarnos a un nuevo modelo productivo, el teletrabajo, las restricciones y el ansia por restablecer el daño económico ocasionado a causa del abrupto descenso de volumen de trabajo.

No sé las veces que empecé este libro, le di forma, esbocé varias páginas, las borré, después las escribí otra vez y decidí reescribirlas de nuevo. Intenté seleccionar las historias más curiosas, pero muchas de ellas ofrecían morbo, pero carecían de fundamento y no conectaban con el hilo conductor del libro, así que a principios de este año decidí borrar todo lo escrito y dejarme llevar. Pensé, ¿quién podría tragarse más de doscientas páginas que hablan sobre la vida de un tipo como yo?, ¿y sobre todo hacerlo sin los típicos chascarrillos de detective? Eso es fácil, contar historias morbosas que

ridiculizan al cliente o al investigado, pero sirven más para una distracción fugaz que para pensar y sentir lo que es nuestro mundo. Entonces hablé con algunas personas de mi entorno y, la que menos me esperaba me dijo unas simples palabras, justo las que necesitaba en ese momento.

Victoria es una amiga que conocí en uno de mis primeros trabajos antes de ser detective. Yo era un adolescente, ingenuo y despistado, pensaba que no había nacido para vivir en el mundo práctico de «los mayores». Por entonces, mi principal pasión era la música, trabajaba solo para sufragar mis gastos. Todo mi esfuerzo estaba puesto en disfrutar la vida intensamente, en nacer y morir cada día y en pasar la mayor parte de mi tiempo viajando con mi guitarra al hombro, componiendo música y compartiéndola con cualquiera que quisiera escucharla.

Hicimos buenas migas, desayunábamos y comíamos juntos, y pasábamos tiempo charlando después del trabajo. Recuerdo que ella me admiraba, a pesar de no ser nadie, tener un trabajo precario y un estilo de vida anárquico. Victoria es de este tipo de personas que te hacen sentir importante, que saben escuchar, y con las que puedes desahogarte sin miedo a ser juzgado. Sin duda, un buen ser humano, a quien conocí en un momento frenético de mi existencia.

Hace unos meses recibo inesperadamente un mensaje por Facebook, no la reconocí, físicamente estaba algo cambiada y su nombre de usuario no me daba pistas. Tras unos minutos intentando descubrir de quién se trataba me dijo su nombre. Fue cuando la recordé perfectamente. Ella aún se acordaba de mí como un bohemio, como el trotamundos que conoció en los años noventa. Se sorprendió al ver cómo había girado mi vida y le conté que estaba escribiendo este libro, pero que tenía muchas dudas sobre cómo enfocarlo.

Me dijo que escribiera con el corazón. Que a ella como lectora le gustaría que el libro contase mi propia experiencia como detective, algunas vivencias y, sobre todo, lo que me ha enseñado esta profesión. Que explicara cómo ayudo a las personas, y que haga eso que siempre me ha gustado hacer… «música, pero esta vez con tus reflexiones».

Estas palabras me hicieron retroceder en el tiempo. Situarme en la versión de mí que existía cuando aún pagábamos un café con noventa pesetas.

Entonces fui consciente de cómo había cambiado mi vida, de las cosas que había conseguido, las incontables experiencias que había sumado a la existencia de ese muchacho soñador y aventurero que se dormía en los laureles.

Supe pues que mi intención siempre fue alcanzar el éxito, pero que tenía una concepción equivocada de lo que significaba eso. Pensaba que el éxito estaba relacionado con el reconocimiento, la fama, etc. Como músico que pretendía ser, trabajaba hacia los demás, y me importaba sobre todo lo que la gente pensaba al escuchar mi música que lo que yo esperaba de mí mismo. De modo que, por esa regla de tres, un músico nunca triunfa si no es famoso y reconocido por los demás. Frustrante planteamiento, visto ahora desde la distancia del tiempo y la experiencia.

El éxito es un estado mental particular. Aquel que ha triunfado en el fondo lo sabe.

Para mí, el éxito es alcanzar el dominio de tu propia existencia, aprender a jugar la partida de la vida con las cartas que te han tocado. Y hacerlo, sin renunciar a tu naturaleza. Éxito es conocerse y conquistarse a sí mismo. Éxito no es alcanzar unos objetivos concretos, sino saber que puedes conseguir todo aquello que te propongas. Éxito es sentirse conforme con lo que eres. Éxito es simplemente ser feliz y estar en paz

contigo mismo. Cuando llegué a esta conclusión anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

El éxito es alcanzar el dominio de tu propia vida,
perdiendo lo menos posible de ti en el camino.

El éxito de una persona no es cuantificable, el de las cosas sí, porque siempre están ligadas a un propósito. Sabemos que una canción ha triunfado porque ha tenido más de un millón de reproducciones, ha conseguido el propósito para el que se creó, gustar al público. Sabemos que un producto ha tenido éxito porque se ha vendido en masa; se cumple el propósito para el que se fabricó.

Pero ¿qué sabemos de la persona que ha compuesto la canción?, ¿o que ha diseñado el producto?... Desde mi punto de vista, esa persona ha alcanzado el éxito en ese propósito, lo que no quiere decir que lo haya alcanzado en la vida. Quizá ha perdido su familia y amigos en el camino, lo cual no es para sentirse muy orgulloso.

El verdadero éxito trasciende el propósito.

Creo que el éxito también tiene que ver con la manera en que gestionamos las oportunidades.

Siempre me gustaron los deportes que implican deslizamiento: *skate, rolling, snowboard*… y cuando era más joven me apasionaba el surf. Aunque nunca llegué a dominarlo, es un deporte que ofrece muchas enseñanzas cuando estás en el agua. Puedes pasar horas esperando la ola adecuada tumbado sobre la tabla, mirando al horizonte, en medio de la inmensidad del mar; un buen momento para la reflexión.

Cuando estás aprendiendo, coges olas pequeñas, y ya es un triunfo si consigues levantarte y que estas te empujen hasta la orilla. Cuando lo consigues, pruebas con otras más grandes. Tienes que ser paciente y esperar a que llegue la ola adecuada. Mientras esperas, dejas pasar un montón de esas olas pequeñas que ya no te interesan. Si logras dominar la técnica ya solo buscas olas gigantes, que sepas que te pueden llevar hasta la orilla. Saber cuál es la ola adecuada, la que permitirá disfrutar y bailar sobre la cresta es fruto de la experiencia.

Si vemos las olas como oportunidades, hay quien se pasa la vida dejándolas pasar, y que no intenta, siquiera, subirse a ninguna de ellas. Otros las intentan coger todas, pero se conforman con dominar las pequeñas y nunca se enfrentan a las grandes. Quien ya tiene experiencia sabe que cada pequeña oportunidad es un pequeño logro. Una vez dominadas son pacientes, esperan, porque saben que tarde o temprano tiene que llegar esa gran oportunidad que les permitirá explotar todas sus capacidades y que le empujará hasta el lugar donde quiere estar.

También la fe. Vivimos en un mundo en el que la gente huye de este concepto, tiende a considerarlo como pasado de moda y relacionado con la religión que, hoy día, carece del glamour que la gente busca.

Debo afirmar que la fe (no necesariamente católica) es el activo más importante de un ser humano, y un factor clave para conseguir no solo el éxito, sino cualquier propósito en la vida. Para mí la fe no es más que un sentimiento de confianza elevado a la máxima potencia. Saber que donde terminan tus posibilidades existe una fuerza que trasciende lo terrenal y te ayuda a construir lo que quieras. He reflexionado mucho sobre ello:

La fe es la posibilidad convertida en certeza.

Si no hubiera tenido fe, no habría conseguido nada de lo que tengo hoy en la vida. Habría sido presa del miedo y esclavo de la incertidumbre. No habría llegado siquiera a abrir mi despacho. Tantas veces experimenté ese sentimiento de desasosiego que no me quedó más remedio que entregarme a ella.

Apenas tenía veintiocho años cuando abrí mi despacho. Mi familia tuvo que dejarme la fianza para pagar el alquiler de la oficina. La gente que me conocía pensaba que estaba loco. Acababa de salir de la agencia donde aprendí y no tenía clientela, ni un recurrente mensual. Yo sabía que tenía algo mejor, la confianza en mí mismo.

Iba saliendo adelante, trabajando con esfuerzo y mucho sacrificio, pero no todo fueron facilidades, hubo muchos momentos de tensión económica. De hecho, aún los hay, y a un nivel mucho más importante, como en la vida de cualquier autónomo o empresario.

Recuerdo una tarde a punto de acabar el mes. Yo había trabajado de forma incansable esas semanas, pero me habían fallado los clientes y nadie me había pagado. Por unas cosas o por otras me había quedado sin liquidez. Al día siguiente tenía que enfrentarme a unos pagos importantes. El alquiler de la casa donde vivía, la renta del despacho, las facturas de algunos colaboradores que me habían ayudado, suministros, etc.

Por entonces mi pareja, con quien convivía, no tenía trabajo y todo dependía económicamente de mí. Me empezó a entrar miedo, mucho miedo. No podía permitirme caer en la tristeza y en la desesperación, y llamé a algunos clientes para intentar adelantar sus pagos, pero era imposible hacerlo.

Estuve a punto de creerme lo que la gente me decía antes de haber abierto mi despacho. ¿Qué necesidad tenías de pasar por esto? Ahora tendrías tu sueldo íntegro y no tendrías esas preocupaciones…

Esa noche hice un ejercicio de fe, busqué un espacio tranquilo para reflexionar, encendí un incienso y respiré hondo. Fui a la estantería y, de entre todos los libros antiguos que tenía, cogí al azar uno de ellos. Sin saber muy bien por qué, mi atención se dirigió directamente hacia una vieja Biblia que estaba al fondo cubierta de polvo. La abrí por una de sus páginas aleatoriamente, y justo pude leer claramente, subrayado y en negrita:

… Y mi dios proveerá a todas vuestras necesidades…

Me acosté leyendo esa vieja Biblia polvorienta, y fui pasando de versículo en versículo hasta leer más de diez de ellos que hablaban de la divina providencia. Era música para mis oídos, pero parecía demasiado bonito para ser verdad.

Así que no tuve más remedio que dormirme resignado, no había nada que hacer, recurrí al viejo proverbio chino:

Si algo tiene solución, ¿para qué preocuparse?,
y si no la tiene, ¿para qué preocuparse?

A la mañana siguiente, al levantarme, tenía un mensaje en el teléfono móvil. Era un

cliente para el que había trabajado meses antes y que me había pedido un presupuesto que no tenía expectativas de que fuera a entrar. El mensaje decía lo siguiente: «David, contra todo pronóstico mi jefe ha aceptado tu presupuesto, pásate hoy mismo a recoger la provisión de fondos».

Sentí un escalofrío, esa provisión de fondos cubría exactamente la deuda a la que me tenía que enfrentar esa misma mañana.

Mentiría si dijera que no he vuelto a sufrir desasosiego en momentos puntuales de mi vida. Pero sí puedo afirmar, sin lugar a equivocarme, que siempre, desde entonces, me he enfrentado a ellos con la confianza suficiente de que todo se acaba resolviendo. En *Mi cuaderno de reflexiones* esta frase ocupa siempre un lugar predominante:

DONDE ACABAN LAS MANOS DEL HOMBRE
EMPIEZAN LAS DE DIOS.

Confirmé así que la fe juega un papel decisivo en el éxito de una persona. Has de confiar no solo en ti, sino en que todo el universo conspira para que consigas aquello que deseas. Para mí es muy triste pensar que estás solo y que todo lo que consigues depende únicamente de ti.

Desde la concepción del éxito, comentada anteriormente, yo ya me considero un triunfador. No por las cosas materiales que he logrado, los estudios terminados, los reconocimientos recibidos, o los problemas superados, sino porque cada uno de estos elementos han sido propósitos personales que me he marcado a lo largo de mi vida. Alcanzarlos no es más que la confirmación de que puedo hacerlo de nuevo. Siempre, eso sí, con fe y sacrificio. Ahora bien, ¿he perdido en algo en el camino? Por supuesto, reconozco que yo también he sido un poco imbécil. Forma parte del proceso de aprendizaje.

Muchas veces me he creído más de lo que soy. Trabajar en una profesión que causa tanta curiosidad al público en general te hace sentir especial. Es fácil caer en la pretenciosidad y el ego. Puedes anclarte en el personaje creado y distanciarte de tu verdadero ser. En mi vida he vivido etapas en las que me he confundido con el personaje, aislándome en mi propia realidad profesional, rechazando todo lo que me rodeaba, hasta olvidarme de quién soy realmente, perdiendo amigos y bloqueando relaciones que podrían haber sido muy gratificantes.

Reconozco esto ahora en muchos compañeros de profesión que se han tomado muy en serio eso de ser detective, y se les olvida que antes de eso son personas.

Habiendo vivido lo que he vivido, y habiendo visto las cosas que he visto, entiendo perfectamente por qué hay tanto ego en este trabajo. Y creo que también tiene que ver con los pequeños éxitos que consigues cada día. Explotar tus capacidades al límite para hacer cosas imposibles que te llevan a lugares impensables, sienta bien; te hace creer que eres único. El problema es que ese pequeño éxito solo puedes celebrarlo contigo mismo o con un grupo reducidísimo de personas. Si tienes suerte, quizá el cliente pueda darte una palmadita en la espalda, pero poco más. Se trata de una tarea reservada, de unos objetivos que has logrado con unas técnicas secretas. No puedes, ni debes, airearlo, eso se guarda en tu palmarés personal. ¿Quién mejor que uno mismo para vanagloriarse de sus propios éxitos? Esto tiene mucho peligro.

Lo difícil es crecer profesionalmente, evolucionar, alcanzar un estatus personal y profesional, una buena autoestima y, además, ser humilde. Creo que eso multiplica tu

éxito.

He reflexionado mucho sobre ello, y anotado varias frases en *Mi cuaderno de reflexiones:*

Es fácil crecer profesionalmente, lo difícil
es hacerlo con humildad.

La humildad es una palabra curiosa. Hay que ser muy humilde para reconocerla en los demás, y en uno mismo. La humildad es una cualidad de la persona, aunque también dicen que un acto, o incluso un rasgo de la personalidad, pero, sin duda, la humildad es una virtud que puede, y debe, practicarse.

Para mí, la humildad es la capacidad de reconocerse a uno mismo tal cual es. Reconocer tus debilidades y conocer tus fortalezas, celebrar tus aciertos y asumir tus errores, pero siempre con respeto al lugar que ocupan los demás. Ser tolerante sin llegar a lesionar tu autoestima. Ser transigente sin que te tomen por tonto.

Eso es precisamente algo que me ha pasado mucho, sobre todo en ciertos círculos de poder, donde he tenido la ocasión de compartir experiencias con veteranos o viejas glorias. Junto a alguno de ellos, afortunadamente no todos, me he sentido débil, me he sentido inútil, porque para este tipo de personas nunca estarás a su altura. Has llegado después, eres un pipiolo, no tienes derecho ni a opinar… Para sostener su ego necesitan que ocupes un lugar inferior. Nunca verán tu potencial, porque solo les importa el suyo, ni de qué manera tú puedes contribuir a engordarlo.

Siempre he sido una persona muy diplomática, nunca me ha gustado discutir, y mucho menos perder el tiempo haciéndolo ni haciéndoselo perder a los demás. No entiendo la gente que malgasta sus horas discutiendo sobre cuestiones banales, el fútbol, la política u otras cosas intrascendentes, entrando en un conflicto infinito que no te lleva a ninguna parte.

Yo prefiero conservar mi energía para resolver los problemas que de verdad me importan. Lo que ocurre es que si ignoras y evitas demasiado, si no intervienes, si prefieres callar, ser prudente, esperar y resolver las cosas desde la serenidad, la gente puede tomarte por tonto o por cobarde. Aunque, a estas alturas de la vida, me importa bien poco lo que puedan pensar de mí. No necesito demostrar nada a nadie. En alguna parte leí una frase que me encantó:

Una persona inteligente puede hacerse pasar
por tonto, al revés es imposible.

Tampoco puedo con esas personas que se incorporan a este sector y entran como un elefante en una cacharrería; mirándote por encima del hombro como si fueras un paleto. Muchos vienen de ser funcionarios en el pasado, o de otros trabajos que no tienen que ver con esto, y entran en el oficio criticando y menospreciando la labor de todos los profesionales que llevan años sufriendo la calle. Una falta de respeto absoluta por el gremio y por todos los profesionales que lo componen. Son competencia mala.

Creo que esa es una fase de la vida que ya tengo superada. Tiene que ver con el ego, e incluso diría que con la autoestima. Si necesitas identificarte con un personaje y empeñarte en expresar constantemente una posición de supremacía sobre el resto, ya estás mostrando cuáles son tus carencias.

No les guardo rencor, simplemente les ignoro. Leí una frase en el pasado que me gusta aplicar en estos casos:

El débil se venga, el fuerte perdona,
pero el más inteligente tan solo ignora.

En este momento de mi vida prefiero mantenerme al margen del sector crítico de este trabajo. No me aporta nada positivo. Hay bastante rigidez mental, negatividad y envidia.

Mi energía está puesta en hacer crecer mi negocio, para que las personas que han apostado por ayudarme tengan un buen futuro.

Soy exigente conmigo mismo, pero no competitivo. Huyo de la gente tóxica. Intento dar lo mejor de mí en cada cosa que emprendo. En mi familia, con mis amigos, en el trabajo, con mis clientes. Anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

La vida es un espejo. Ver y reconocer tus defectos
en los demás es la mejor forma de mejorar.

Las relaciones que mantengo ahora con las personas son mucho más sanas. No me interesan por lo que tienen o por lo que son, sino por cómo me siento con ellas. Creo que esto tiene que ver con lo que considero mi prioridad en este momento: ser feliz.

La felicidad, ¡qué bonita palabra! Algunos dicen que es como un sombrero, lo buscas sin darte cuenta de que lo llevas puesto. La felicidad es, al igual que el éxito, un concepto tan abstracto que a veces cuesta definirlo.

Para mí la felicidad es como una hoguera. A veces su llama es enorme, otras, más pequeña, pero siempre puedes echar más leña para mantener el fuego vivo. Quizá tengas que protegerla del viento en algunos momentos y poner piedras a su alrededor, pero lo más importante es intentar que nunca, nunca, nunca se apague.

Todo fuego necesita una chispa para encenderse. Sin duda, esta es la ilusión. Cualquier cosa que emprendas ilusionado te garantiza un buen momento de felicidad. En *Mi cuaderno de reflexiones* podrás encontrar escrita recurrentemente la frase:

La ilusión es la chispa que enciende la llama
de la felicidad.

A veces resulta increíble ver las cosas que hace la gente con ilusión. En los gimnasios puede encontrarse el mejor ejemplo. Personas que acuden diariamente a levantar pesas. Eso duele… Ejercitar los músculos requiere una buena dosis de sufrimiento físico. Sin embargo, la gente acude con un propósito, y lo hace felizmente, con una sonrisa de oreja a oreja. Más allá del sacrificio que se lleva a cabo para lograr el objetivo hay una sensación de bienestar en todo ello para el que acude ilusionado. Lo mismo sucede con la gente que emprende objetivos que requieren una gran dosis de voluntad y esfuerzo: escalar una montaña, correr una maratón, escribir un libro, etc.

Los niños saben mucho de eso, ellos son expertos en ilusionarse. Si les propones un plan atractivo, estarán sembrando en su cabeza una semilla. Y seguramente estén pendientes día y noche hasta que crezca la planta. La gente tóxica es experta en robarte esa semilla.

A veces también se confunde el buscar éxito con la ambición. Alcanzar el éxito financiero, como he dicho antes, de nada sirve si en las otras áreas de tu vida has fracasado. Estoy harto de ver millonarios frustrados. Gente con muchas posesiones pero amargados y al borde del delirio. Otros, obsesionados por tener más y más propiedades, más dinero en sus cuentas, más títulos académicos, más poder en la organización donde trabajan, más fama, más *likes*… personas insaciables que jamás verán colmado su deseo, porque no han entendido un concepto tan elemental que parece una obviedad decirlo:

LO IMPORTANTE NO ES LA CANTIDAD SINO LA CALIDAD.

Para mí, lo importante es evolucionar, crecer en todos los ámbitos de la vida. Tener una casa más grande y en una mejor zona me importa, porque significa que he conseguido un nuevo propósito. Tener un coche mejor y más seguro, alojarme en un hotel con más comodidades, o poder acceder a mejores bienes y servicios me seduce, porque creo que me lo he ganado, pero no me obsesiona. Nací y crecí en un humilde barrio de la periferia, en una familia de ocho hermanos, así que estoy acostumbrado a vivir con lo justo.

De todas formas, ninguna de las cosas que consigo tendrían sentido para mí si no puedo compartirlas con la gente que quiero. Y, como dice San Pablo en Filipenses 4:12: «Sé vivir en pobreza y sé vivir en prosperidad; en todo y por todo he aprendido el secreto tanto de estar saciado como de tener hambre, de tener abundancia como de sufrir necesidad».

Siempre me han llamado la atención aquellos que otorgan a las cosas un lugar predominante en sus vidas, incluso dándoles más importancia que a las personas. Esa vinculación emocional intensa hacia los objetos es la principal fuente de sufrimiento. Yo intento hacer un esfuerzo cada día por no apegarme a nada material, cuando lo haga, entonces si que habré empezado a fracasar. Cuando lo comprendí, anoté en *Mi cuaderno de reflexiones:*

TRAS LA APARIENCIA DE SEGURIDAD QUE PROPORCIONA
EL APEGO, SOLO HAY DEPENDENCIA Y ESCLAVITUD.

Me preguntan muchas veces que qué es lo que espero en la vida. Y yo siempre cuento la misma historia.

Mis padres tuvieron ocho hijos. Mi madre se encargó de todos nosotros y nos sacó adelante con el modesto sueldo de mi padre. Cuando tuvo la oportunidad, se puso a estudiar la oposición de maestra, que aprobó con más de cuarenta años. Los últimos veintiséis los pasó de profesora de matemáticas y ciencias naturales en colegios públicos de la zona donde vivíamos.

Fue una persona muy querida por sus alumnos. Aún, paseando por el barrio donde crecí, me siguen preguntando por la señorita Angelines. Recientemente, por su ochenta y cinco cumpleaños, esos niños que antes tenían doce años y ahora están a punto de cumplir los cincuenta, le han hecho un precioso homenaje. Escucharlos hablar de mi madre es de las cosas más emocionantes que he vivido, y de las que un hijo puede sentirse orgulloso. Todos la recuerdan con un cariño increíble. Seguramente no se acuerden de ninguna lección de ciencias y hayan olvidado las operaciones matemáticas

que les enseñó, pero la bondad, la generosidad y el cariño de mi madre han quedado impregnados en sus vidas. Creo que no hay mayor recompensa para alguien que ver retribuido el fruto de su trabajo en forma de amor.

Así que solo deseo que cuando acaben mis días, alguien pueda recordarme como los alumnos de mi madre la recuerdan a ella.

Epílogo

Querido lector, aún no me creo que hayamos llegado al final de este libro. Te agradezco su lectura, y espero que hayas encontrado en estas páginas, si no inspiración, que al menos hayas visto cubierta tu curiosidad y te haya interesado el mundo de los detectives.

Por mi parte, creo haber alcanzado el propósito para el que creé esta obra: dar a conocer una parte de mi profesión haciendo un recorrido por mi trayectoria profesional, y mostrando el ser humano que existe dentro del personaje, con sus aciertos y sus errores. Pero, sobre todo, el investigador que busca y encuentra. No solo pistas para resolver sus casos, sino elementos que den sentido a su existencia y motivos para ser feliz.

Escribir este libro me ha servido para hacer introspección y entender a la persona en la que hoy me he convertido. Hacer inventario de las cosas que he aprendido y trazar un esquema de mi evolución que pueda servir a cualquiera que se encuentre en alguna de las situaciones que viví en el pasado.

La soledad con la que me encontré al inicio de mi actividad profesional me ayudó a conocerme a mí mismo, a encontrar un camino cierto sobre el que empezar a sentar las bases de mi futuro. Me ayudó a entender la importancia de la formación, y del desarrollo intelectual para mejorar en cualquier ámbito profesional.

Ser un buen subordinado me enseñó a reconocer mis carencias y a admirar a aquellos que ya habían alcanzado sus metas. El respeto y lealtad que mostré a mis jefes me ayudó a adquirir confianza, vocación de servicio y recursos para aprender a ser el líder que pretendo ser hoy en mi empresa.

Vencer el miedo a la incertidumbre fue uno de los factores clave para alcanzar lo que hoy considero el éxito de una persona, triunfar hacia el interior de uno mismo, encontrar el sentido de tu propia existencia, estar en paz y ser capaz de ayudar a los demás.

Todos los errores operativos que he cometido en mi trabajo me hicieron más humilde, y los que cometí en la vida me han enseñado a saber hacer borrón y cuenta nueva, a ser honesto conmigo mismo y a ser coherente con mis decisiones.

Convertir el sacrificio en una costumbre me ha dado estabilidad económica y proyección para el futuro; bienestar para mí y los que me rodean.

El susto de salud que viví a causa del estrés y de la adicción al trabajo me enseñó la importancia de hacer las cosas poco a poco, de saber que no soy invencible, que nadie está exento de sufrir una enfermedad. Aprendí a poner en valor otros aspectos importantes de la vida como la amistad o la familia. Y a entender que de nada sirve ser un buen profesional, tener trabajo o dinero, si no se es feliz. También para comprender muchos de los problemas por los que atraviesa la gente que me rodea y ahora poder ayudarles mejor.

Los grandes retos a los que me he enfrentado en mi trabajo y las dificultades económicas del pasado me enseñaron que la suerte existe para el que la busca, y que la fe, ese estado de confianza elevado a la máxima potencia, es un activo imprescindible. Reconocer que hay algo o alguien que te ayuda en tu camino te libera de mucha carga emocional y te aporta confianza y gratitud. Elementos esenciales para prosperar en la vida.

Las personas tóxicas y los personajes desagradables que han pasado por mi vida todos estos años me han ayudado a ser mejor persona, porque he visto reflejado en ellos, como en un espejo, mis propios defectos.

Vivir años sumergido en las miserias de mis clientes e investigados, conocer muy de cerca la mentira, el engaño, la traición, y otras cosas aún peores, me han hecho saber en lo que no quiero convertirme el día de mañana.

Contra todo pronóstico, a medida que avanzaba profesionalmente, los logros, los títulos, los éxitos alcanzados iban perdiendo importancia. Conseguí algo mucho más importante, vencer al ego, desprenderme del apego y dominar las pasiones.

Escribo, divulgo, doy conferencias y salgo en los medios de comunicación porque, sencillamente, tengo cosas que compartir, no por notoriedad o fama, eso ya lo tengo más que superado. Lo considero un acto de generosidad para devolver de algún modo todo el bien que me ha hecho esta profesión.

SIEMPRE QUISE SER UN BUEN DETECTIVE,
AHORA SOLO QUIERO SER UN BUEN SER HUMANO.

Este libro se publicó en octubre de 2022, ciento sesenta y ocho años después del nacimiento
de Daniel Freixa i Martí (Reus, 1854 - Barcelona, 1910), considerado el primer detective privado español.